



**Kate L. Morgan**

El regreso de

*Lady Malory*



**El regreso de  
Lady Malory  
Kate L. Morgan**

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[EPÍLOGO](#)

## PRÓLOGO

*Mi nombre es Rowan Malory, y soy el cuarto conde de Shildon. Fui un hombre enamorado, fui un hombre abandonado, ahora soy un hombre despechado que busca venganza. Mi esposa Alesha me dejó hace tiempo, decía que tenía miedo de nuestro hogar, de la vida social que teníamos, que se ahogaba en la cárcel de oro que yo le había proporcionado.*

*Pero todo fueron excusas, lo sé.*

*Ahora que la he encontrado, ya no soy el mismo hombre de antes pues ella me ha convertido en un hombre cínico y amargado. Escéptico e iracundo: un hombre deseoso de vengar una ofensa.*

*Debí repudiarla entonces, pero soy un hombre orgulloso, y no lo consideré siquiera. Me arrepentí muchas veces, pero tenía la esperanza de que ella volviera a nuestro hogar.*

*Y por fin mi deseo se ha hecho realidad.*

*Bienvenida mi querida esposa, bienvenida al purgatorio marital donde no tendrás ni un minuto de paz ni descanso.*

*Puede que la vida me vaya en ello, pero juro que pienso hacer de la tuya un completo infierno.*

# CAPÍTULO 1

## *MANSIÓN MERSEYSIDE, LANCASHIRE*

Alesha Malory, institutriz aplicada de dos niñas, iba a dejar de serlo en cuestión de horas, tenía que abandonar su trabajo porque sus pupilas la habían acusado de robar. La madre se había sentido engañada por ella, y, horrorizada de que la mujer a la que había contratado de buena fe fuera una ladrona, había terminado por retirarles su confianza.

Tras la acusación de las niñas, la mujer le había demandado explicaciones, ella se las había dado, pero la había despedido de todas formas, así de sencillo.

Las hijas eran unos diablillos que engañaban a su madre de todas las formas posibles. A ella le resultaba imposible controlarlas todo lo que le gustaría porque la señora Stone no se lo permitía: creía que sus hijas eran verdaderos angelitos, pero estaba muy equivocada.

Las niñas hacían bien su papel pues parecían compungidas ante su despido. Alesha era la cuarta institutriz que era despedida en Merseyside en dos años.

—Sus hijas han mentido —le dijo a la madre que la miró ofendida—. Yo no he cogido ninguna joya.

—¡Nosotras la vimos! —exclamaron las niñas al unísono.

Alesha no pudo evitar una mirada de censura pues le parecía horrible que dos muchachas trataran de incriminarla.

—Es una acusación muy seria, niñas —dijo la madre sin apartar la mirada de Alesha.

—Nosotras nunca le mentiríamos, madre —afirmó la niña mayor.

—Llevo varios meses en esta casa —respondió Alesha en un tono de voz neutro—, me conoce, y jamás he cogido nada que no me perteneciera.

La madre le ordenó silencio a la mayor. Alesha sintió cierto alivio porque erróneamente creyó que estaba dispuesta a creerla.

—¿Por qué motivo la acusarían mis hijas? —quiso saber la mujer—. Nunca me han mentido, y nunca lo harán.

Alesha miró a la chica mayor con suma atención. La pequeña había salido de la estancia muy deprisa, y se preguntó de nuevo el motivo que tendrían ambas para engañar de esa forma a su madre, y de perjudicarla a ella.

—¿Está convencida señora Stone? —preguntó tajante—. Porque le aseguro que sus hijas mienten.

A ninguna madre le gustaba que acusaran a sus retoños.

—¿Y por qué debería creerla a usted y no a mis hijas?

Alesha estaba comenzando a cansarse porque la discusión no llevaba a ningún lugar.

—¿No le parece cuanto menos extraño que las cuatro institutrices que han tenido sus hijas hayan sido despedidas por ladronas?

La pregunta había sido formulada con un filo que cortaba, pero antes de que la mujer pudiera responder, el mayordomo anunció una visita, y la señora Stone se apresuró a recibirla.

La institutriz y la hija mayor, quedaron frente a frente.

—Tendrá que irse de la casa —dijo la chica altanera—. Usted es una ladrona.

Alesha inspiró hondo antes de responder.

—Sé cómo os comportáis, las mentiras que decís. —La chica abrió los ojos con espanto, y su mirada la delató—. Vuestra madre no se merece que la engañéis, os quiere... —Alesha hizo una pausa muy significativa—. No es correcto acusar a inocentes —continuó—. Es mezquino, ruin. Sabéis que yo no he robado nada.

Lucy terminó bajando la cabeza con cierta vergüenza, y, justo en el momento en el que iba a decir algo, apareció la pequeña con un objeto en la mano. Alesha creyó que la niña le mostraba un rosario de perlas, pero cuando lo observó más de cerca comprobó que se había equivocado, no eran perlas de un rosario sino de un collar, y ella no lo había visto nunca.

La señora Stone regresó en ese momento. La pequeña le mostró la joya.

—Lo encontré en su alcoba —la acusó la pequeña.

Lady Stone reconoció el collar pues pertenecía a su suegra. Alesha sintió de repente un rechazo profundo hacia esa niña mentirosa. Había tratado de quererla, la había enseñado bien durante el tiempo que había sido su tutora, pero era una niña mala que hacía daño a terceros, y ahora le había tocado a ella.

—¿Hay más joyas como esta? —le preguntó a su hija.

La niña hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras la miraba a ella con triunfo.

—Queremos mostrarle el lugar secreto donde las esconde, madre.

La señora Stone se giró hacia Alesha, y la miró creyéndola culpable.

—¿Tiene algo que objetar?

Alesha sabía que estaba todo perdido. La madre no pensaba escuchar la verdad pues estaba ciega ante la manipulación de sus hijas. Las dos niñas habían decidido que no la querían en Merseyside, y habían ideado un plan para desprestigiarla.

—La verdad —dijo de todos modos—, pero estoy convenida de que no desea escucharla.

—¿Está acusando a mis hijas de mentir?

En ese momento hicieron su aparición en el salón un policía de Scotland Yard precedido por el mayordomo.

—Pase agente, parece que tenemos que esclarecer un asunto delicado.

Alesha tragó saliva. Si la acusaban de robo, iría a prisión. Suspiró profundamente para tratar de serenarse. Ella no era una ladrona, no había mentido. Las niñas le habían sustraído el collar a su propia abuela para inculparla, perseguían que la madre la echara a la calle con cajas destempladas.

Y durante las siguientes horas, Alesha respondió a todas y cada una de las preguntas que le formuló el agente de la ley, que le dejó bien claro que tenía un grave problema porque era la palabra de las niñas contra la suya, además, el policía le había recordado que existían pruebas de que había sustraído las joyas.

Le preguntó si tenía a alguien que respaldara su versión pues necesitaba ayuda, y, por primera vez en su vida, Alesha mintió. Alegó que estaba sola, que no tenía a nadie a quien acudir.

Lady Stone se quedó horrorizada al saber que Alesha era una huérfana sin familia ni amigos. Se espantó al conocer que le había mentido sobre las referencias que le había entregado, y en ese momento creyó todavía más a sus hijas.

Alesha, en su defensa, afirmó que iba a llegar hasta el fondo de la acusación, que pensaba contratar al mejor abogado de Londres, y que pensaba tomar medidas legales contra ella y sus hijas. Reveló que se pondría en contacto con las anteriores niñeras para conocer su versión, y que no descansaría hasta aclarar todo el asunto. Afirmó que los culpables serían llevados ante la ley.

Lady Stone se puso roja como un tomate porque la institutriz que siempre le había parecido

una mojigata que apenas hablaba ni tenía relación con nadie, se había descubierto como una mujer de personalidad fuerte, y de ideas claras. Ella la contrató en un principio porque le pareció muy culta, con amplios conocimientos, y ahora entendía el motivo: era una picapleitos que mentía más que hablaba.

La señora Stone quiso quietarle hierro al asunto, pero Alesha estaba dolida, enfadada. Esas dos mentirosas no iban a acusar a nadie más de ladrona, pero estaba sola. Tenía ahorrado algo de dinero, pero se preguntó si le serviría para pagarse un abogado que la ayudara. Mentir sobre su estado civil y su estatus social había estado mal, pero ella no quería que la policía se pusiera en contacto precisamente con el hombre al que ella había abandonado, un esposo que le demandaría explicaciones, y no de buenas maneras.

No pensaba regresar a Stapleton House así la vida le fuera en ello.

Ella que lo había abandonado, ella que había jurado no regresar nunca, pensaba cumplir su palabra así tuviera que pasar la mayor parte de su vida tratando de esclarecer la verdad de lo sucedido en Merseyside.

Alesha no podía regresar, pues mucho se temía que él iba a ser implacable si lo hacía. Ella prefería rendirse a su suerte y pudrirse en una cárcel de Londres durante el resto de su vida antes que regresar.

Solo de pensarlo se le apretó más fuerte el nudo que sentía en el corazón, el mismo de su noche de bodas en esa casa fantasmal...

## CAPÍTULO 2

### *PRISIÓN DE ROSSALL POINT*

Un dedo le recorría la mejilla, y se detuvo, de forma breve, en la comisura de su labio superior. El aliento tibio en la oreja la había despertado de golpe, pero Alesha estaba acostumbrada a los sobresaltos. Mantuvo los ojos cerrados en un intento de que la creyese todavía dormida en el áspero jergón lleno de polvo. No había oído abrirse la puerta, no lo había escuchado avanzar hasta situarse a su lado.

El corazón le latía en las sienes con un golpeteo incesante.

El dedo seguía deslizándose por su barbilla de forma juguetona, y, entonces, el estómago de Alesha se contrajo involuntariamente ante la caricia inesperada. ¡Maldita fuera! Entreabrió los ojos discretamente para observar al hombre que estaba en el interior de la celda con ella. La escasa luz que se filtraba por la pequeña abertura le indicó que era una hora avanzada de la madrugada. En las paredes irregulares y húmedas se podía oler el moho y sentir la humedad.

Tratar de mantener el control cuando estaba en su presencia resultaba imposible porque su esposo poseía una personalidad arrolladora, y determinante. Ella había sufrido en el pasado su intransigencia y arrogancia. Se había armado de valor y lo había abandonado. Ahora, estaba a su lado.

¿Qué podía decirle? Su primordial preocupación residía en ganar tiempo.

—Hola, Alesha —el tono grave le penetra directamente en el cerebro.

La mano templada y suave descendía osada por su cuello hasta alcanzar la curva de su hombro. Mantenerse completamente inmóvil resultó el mayor esfuerzo de su vida. Apenas podía controlar la respiración, así como los latidos que se acumulaban en su garganta.

—Tienes mucho que explicarme —la voz profunda le provocó un vuelco en el estómago.

Se apropiaba de sus sentidos, y cada vez que la tocaba, sentía una descarga. Resultaba inútil ocultar por más tiempo que estaba con el total control de su conciencia, por ese motivo Alesha decidió actuar de inmediato. Con una agilidad inusitada se reincorporó, tenía el vestido rasgado en varios sitios. Los jirones de tela colgaban laxos a sus costados.

Estaba dolorida y desgredada por la pelea que había tenido con otra presa en el patio. La mujer había insistido en quitarle el vestido, ella lo había impedido, y su ropa había terminado rota en la refriega. La mujer no había logrado quitárselo, pero se lo había dejado hecho jirones.

Viendo el lamentable estado en el que se encontraba su esposa, algo se rompió en el interior del pecho del hombre. La sed de venganza había sido sustituida en parte por el deseo de reconciliación.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó seria—. ¿Cómo me has encontrado?

—A la vista está de que necesitas mi ayuda, aunque no la merezcas.

Era una crítica en toda regla, aunque ella la esperaba.

—¿Qué te hace suponer que necesito tu ayuda?

La mirada de su esposo se paseó por su maltrecha figura y por las paredes húmedas de la celda.

—¿Qué estás detenida en la prisión de Rossall Point?

Alesha desvió la mirada bastante incómoda.

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó.

Rowan Malory, cuarto conde de Shildon, apretó los labios al escuchar la pregunta.

—No ha sido fácil, pero tengo mis métodos. ¿Por qué me abandonaste?

La mujer soltó un suspiro largo.

—No me dejaste otra opción —argumentó dolida—. Tuve que dejar Stapleton House.

Alesha había intentado evitar esa situación: estar frente a él ofreciéndole explicaciones, pero él nunca se había rendido. Ella sabía que la buscaba, y por eso se había ocultado muy bien. Si no fuera por la acusación que pendía sobre ella, no la habría encontrado.

—No se abandona a un esposo.

Le recriminó con el mentón apretado.

—No hace falta que te explique el motivo por el que no quiero tratar contigo, no lo quise antes ni lo deseo ahora.

No, no hacía falta, pero Rowan no pensaba olvidar que ella lo había abandonado sin darle una explicación. Estaba furioso con ella, dolido, pero para culminar su venganza, tenía que llevarla consigo de regreso.

Alesha suspiró.

—Te has convertido en una verdadera belleza. No guardas nada de aquella muchacha tímida de dieciocho años con la que me casé —le dijo él, y las alarmas se desataron en su cabeza.

—¡No por favor —le advirtió y rogó con profunda determinación.

Se sentía sucia, maloliente. Tenía el cabello enmarañado, la ropa rota, y estaba mortificada de que él la viera así.

Rowan era uno de los aristócratas más poderosos e importantes de Inglaterra. Sus padres, Gerard y Jennifer Malory, habían invertido buena parte de su fortuna en la Sociedad de Ferrocarriles de Londres, y la prosperidad del negocio había incrementado su fortuna de forma considerable. Rowan era el único hijo de ellos, y había heredado la clarividencia de su padre en los negocios, y la intuición de su madre para tratar a las personas. Era tan rico que no tenía necesidad de invertir su fortuna, pero Rowan era un hombre intelectual que no podía mantenerse ocioso.

—Quería comprobar que te encontrabas bien —le dijo, y Alesha retrocedió sobre el jergón sin quitarle la vista de encima.

Su corazón se aceleró, y se quedó paralizada al sentir como esos profundos ojos dejaban su rostro y recorrían su cuerpo de arriba abajo. Contuvo el aliento ante la inspección meticulosa, y se sonrojó cuando vio que su mirada se centraba en sus senos. Y Alesha pudo sentir el poder que de él emanaba, y que penetraba en su cuerpo acariciándola de la cabeza a los pies. Como acto reflejo se escudó en su genio, entornó los ojos pero no pudo moverse lo más mínimo.

Le hormigueaban los pezones del escrutinio al que la sometía.

—Deja de hacerlo —le exigió en un intento de desviar la atención de su persona—. No me desnudes con la mirada.

Rowan apretó los labios. Tras su abandono la había desdeñado, pero la deseaba con la misma intensidad del principio. Era una mujer que se le había metido en la sangre. La veía en ese estado lamentable, y sentía una ira ciega porque era una estúpida taimada. Él le había ofrecido un reino, y ella lo había despreciado.

—Sabes por qué estoy aquí —respondió él—, en esta miserable celda perdida y olvidada de la mano de Dios.

Los ojos de ella se oscurecieron al escucharlo. Su esposo no temía a nada ni a nadie, y ella

no lo había olvidado.

—¿Lo sabes? —preguntó mientras él le sonreía de una forma intensa mostrándole una hilera de dientes blancos, y perfectamente alineados—. Aquí estoy más a salvo que en tu casa.

Rowan entrecerró los ojos porque la afirmación de ella le había causado extrañeza.

El pecho de Alesha se contrajo con una ansiedad peligrosa. La presencia que tenía ante sí era puro magnetismo sexual. El poder de su atractivo había aumentado con los años. Percibió con notable claridad los latidos entre sus piernas, la incomodidad de su vientre, y la respiración que se le aceleraba. Creyó de forma estúpida que podía mantener sus sentimientos bajo control, y no era cierto. Rowan siempre tendría un lugar privilegiado en su corazón aunque hubiera huido de él.

—Me ha costado más de lo que imaginas dar contigo. Instalarte en esta zona rural apartada de todo ha sido el mejor truco que has utilizado hasta ahora, y te conozco unos cuantos.

Esa admisión logró sorprenderla. Alesha se fijó en su mentón perfectamente rasurado. Se le había oscurecido el cabello que ya no era rubio sino castaño claro, y los ojos, el oscuro e intenso iris azul con motas plateadas podría rivalizar con una noche estrellada.

—Crees que me conoces, pero te equivocas porque no soy la misma Alesha del pasado —se defendió.

—Sigues siendo la muchacha que conocí y que desposé —no hacían falta más explicaciones aunque se las dio—, la que me robó y me destruyó el corazón.

Ese había sido un golpe inesperado porque ella no quería recordar el pasado.

—Nunca quise hacerte daño —confesó sincera—, pero tenía que irme.

Rowan entrecerró los ojos.

—¿Por qué me abandonaste? —insistió.

Alesha lo había estado evitando durante mucho tiempo, ahora lo necesitaba, estaba a su lado, pero se resistía a pedirle ayuda.

—¿Cómo lo has hecho? —inquirió realmente interesada—. Lo de encontrarme tan fácilmente.

Rowan chasqueó la lengua.

—Te asombraría de lo que soy capaz, pequeña —Alesha estaba encerrada entre la pared y él—. Me encanta como me miras... creí que lo había olvidado, pero sigues muy presente en mi sangre.

Era una admisión que lo sorprendió incluso a él.

—Deja de hacerlo, por favor, deja de intimidarme —le pidió.

Él, soltó una carcajada ausente de humor.

—Es la consecuencia por tus actos de traición —Rowan entrecerró los ojos mientras hablaba—, de tu huida y escapada. Me hiciste quedar en ridículo delante de todos.

Alesha respiró profundamente varias veces porque no había contado con que él la encontrara.

Los ojos de Rowan recorrieron la esbelta figura con insolencia deteniéndose en la suave curvatura de sus senos, en las redondeadas caderas. Se bebió el aliento que ella exhalaba porque era dulce. Alesha era la mujer que le había robado el corazón, y que lo había dejado a los cascos de los caballos.

—Nunca quise hacerte daño —respondió queda—, lo lamento mucho si sucedió así.

—¿Cómo? ¿Te disculpas? —se burló él—. Pues tu arrepentimiento llega un poco tarde

Alesha se sentía terriblemente vulnerable y consciente de la clara ventaja que tenía Rowan sobre ella. Su sola presencia le provocaba estremecimientos que nada tenían que ver con la precaución. Cuadró los hombros y tensó la espalda, ambos rostros quedaron a unos escasos centímetros.

—El arrepentimiento está muy lejos de mi pensamiento —susurró queda.

Las ansias de huir podían más que la prudencia, pero no tenía modo de escapar de él ni de su magnetismo.

—Pues hoy es el comienzo de tu penitencia —le advirtió él—. Ni te imaginas lo que te espera en Stapleton House.

Fue escuchar el nombre y estremecerse de pies a cabeza. Se levantó del jergón de un saltó y puso una distancia prudente entre su esposo y ella.

—¡No voy a regresar allí! —exclamó llena de pánico.

Su vehemente negativa lo sorprendió.

—Ya lo creo que lo harás, y volveremos a ser el matrimonio ejemplar que siempre debimos ser.

Alesha negó con la cabeza. Él, no decía la verdad, jamás podrían continuar en el punto donde lo dejaron porque habían sucedido demasiadas cosas entre los dos.

—Ya no es posible tener aquello que compartimos una vez —le explicó cauta—, porque no deseo regresar contigo.

Las palabras de ella lo agujonaron.

—Regresarás y volverás a ser la obediente y sumisa esposa que nunca fuiste —Alesha se mordió ligeramente el labio inferior—. Cumplirás con todas tus obligaciones como condesa de Shildon de una vez por todas.

—Si piensas que puedes hacerme cambiar de opinión, es porque no me conoces lo suficiente —Rowan alzó una ceja ante las palabras de ella, pero no lo molestó esa falsa seguridad. Estaba presa en un lugar aislado, si él no mediaba por ella, se pudriría entre esas cuatro paredes, ¿y todavía le cuestionaba su autoridad? ¿El poder que tenía sobre su libertad?

—No hará falta que lo intente —respondió seguro. Alesha soltó un suspiro largo—. Imagino que no pensaste en las consecuencias de que te encontrara.

—Sí, cada día y noche en todo este tiempo.

A él le dolió esa respuesta, y por eso la miró de forma amenazadora. Alesha no retrocedió, se sentía demasiado desolada como para mostrarse precavida. Rowan la miró fijamente con ojos brillantes, y ella sintió como se resquebrajaba su voluntad. Trató de concentrarse en un punto a la derecha de la cabeza de él, pero fue inútil.

—Aunque te cueste admitirlo, necesitas mi ayuda —le informó llanamente.

—Soy consciente de que necesito ayuda, pero no he pedido la tuya.

Rowan tensó la espalda.

—¿Deseas seguir en esta celda maloliente?

No, no lo deseaba, pero regresar a Stapleton House era impensable.

—Olvidame Rowan —le pidió ella—. Divórciate de mí y rehaz tu vida.

Cuando los dedos de la mano de él rozaron apenas su hombro derecho, sintió cientos de agujas que se clavaban en sus puntos nerviosos. La excitación creció hasta un punto insospechado.

Podía hacer que estallara con un simple roce, tal era el poder que tenía sobre ella.

—Llevas mucho tiempo huyendo —le recordó él, y entonces el deseo comenzó en su vientre y fue ascendiendo hasta su estómago donde eclosionó con una descarga que la dejó atónita. Estaba a punto de sufrir un orgasmo—. Es hora de regresar conmigo.

Él se refería a Stapleton House, un lugar que ella odiaba con todas sus fuerzas.

Rowan inclinó la cabeza para besarla, pero si lo hacía, estaba perdida. Su control era muy fuerte, tanto, que estaba a punto de caer de rodillas lanzando gemidos. Giró la cabeza para rehuir

sus labios, sin embargo, parecía que una fuerza superior la mantenía clavada al suelo, y en la posición más ventajosa para él.

—¡Por favor...! —su voz sonó vencida—. Estoy sucia...

Rowan parpadeó, y soltó un suspiro largo. Quería castigarla, sentía la necesidad de hacerle pagar el oprobio que había vertido sobre él al abandonarlo. Sí, estaba sucia, sí, su cabello no olía a flores, pero seguía siendo tan hermosa, tan seductora, que le quitaba la respiración.

—Trataba de recuperarme de la sorpresa de verte de nuevo después de tanto tiempo —se excusó él.

Un gemido de alivio salió de la garganta de la mujer. Seguía sintiendo un hormigueo en el vientre, pero creyó que había pasado el peligro.

Alesha cerró los ojos durante un instante porque se tambaleó ligeramente.

—¿Te encuentras bien? —Rowan seguía ejerciendo control sobre ella a pesar de la disculpa anterior—. Sólo trato de ayudarte.

¡Nada de eso!, se dijo ella. Había intentado quebrar sus defensas, y, lo más preocupante, era que lo había conseguido. La había azotado un deseo brutal como en el pasado. Junto a Rowan dejaba de ser ella misma para convertirse en un ser deseoso de sus caricias y atenciones. Su esposo no sólo anulaba su voluntad, sino su fuerza interior como mujer.

—No vuelvas a tocarme... —le advirtió aunque poco convincente.

Que él la viera de esa forma tan indignante le provocaba un malestar infinito en el corazón. Él vestía de forma impecable bajo la capa oscura.

—Lo haré siempre que lo desee —afirmó rotundo.

Alesha suspiró.

—Entonces me veré en la obligación de detenerte.

Rowan sonrió de oreja a oreja por la mentira descarada. Como si pudiera evitarlo: ella no podría negarle nada, ni sus derechos como esposo, ni el poder que tenía sobre ella... que siempre había tenido.

Se masajeó la base de la nuca porque sentía los músculos tensos. Era tan bella que lo desquiciaba. Y se dijo que seguía teniendo un poder de atracción increíble. Se preguntó como ella no lo percibía.

De pronto, los ojos zafiro de Rowan brillaron de una forma especial.

—Me ocuparé de ti —la afirmación quedó suspendida en el aire.

Alesha se giró sobre sí misma y lo miró.

—No puedo regresar.

—Pero es que no tienes más opción —dijo Rowan en un tono de voz más duro de lo normal—. O Stapleton House, o la Torre de Londres... tú eliges.

Al momento se llamó estúpida. Las discusiones entre ambos en el pasado habían sido provocadas precisamente por la diferencia de opiniones que mantenían sobre la sumisión, la obediencia. Los derechos de él sobre las obligaciones de ella.

Alesha se había casado enamorada, pero pronto sus ilusiones se marchitaron ante el posesivo y dominante esposo. La había encerrado en una jaula de oro, y no la había dejado respirar. ¿Acaso no se había percatado de lo infeliz que había sido a su lado? ¿Del agobio de los compromisos sociales a los que tenía que atender sí o sí mientras él se encontraba ausente?

Ella siempre había sido una mujer tranquila y de gustos sencillos, pero Rowan había convertido su vida en infierno. Su futuro, en una prisión todavía peor que en la que se encontraba en ese momento.

—No voy a regresar a Stapleton House —le dijo.

El rostro de Rowan se transformó por completo.

—Harías bien en mostrar prudencia —le advirtió con semblante serio.

—Regresar a Stapleton House sí me provoca verdadero pavor —admitió sumisa.

—Tu deber como condesa de Shildon es morar junto a tu esposo, allí donde me encuentre — Rowan llamó al carcelero—. En una hora serás libre.

Alesha decidió no contestarle, en una hora sería de nuevo presa de sus miedos, de sus temores. Su esposo salió por la puerta de hierro, el carcelero la cerró tras él, y se quedó de nuevo sola.

Y durante los siguientes minutos recordó su pasado en una casa donde se había sentido muy infeliz. De esas mujeres aristocráticas que siempre la miraban con ojo crítico. Les costaba entender que el heredero más deseado de toda Inglaterra se desposara con una mosquita muerta. Hermosa, pero no sofisticada. Rowan la había llevado a la mejor modista del reino. La había cubierto con sedas, diamantes, y todo lo que una mujer pudiera soñar, salvo que él desconocía que Alesha solo quería vivir tranquila a su lado sin tantos compromisos sociales a los que él no acudía porque siempre se encontraba de viaje.

Alesha siguió pensando en el pasado, y, con cada pensamiento, su angustia crecía más y más.

Rowan miraba la espalda del carcelero con semblante frío mientras caminaba tras él en dirección a la celda donde se encontraba su esposa. Aún sentía en las yemas de los dedos el tacto de la suave piel de Alesha, pero era la más terca, también, la única mujer que le había robado el corazón, y se lo había destrozado al abandonarlo. Todo en ella le provocaba un sentimiento convulso: ira, ternura, cólera, pasión.

Era introvertida y había cambiado físicamente, pero no en la forma de pensar y actuar porque seguía siendo la misma impulsiva y alocada de siempre.

El chasquido de la llave en la cerradura lo sacó de sus pensamientos. La figura de ella se encontraba inmóvil en el umbral con el rostro imperturbable. Así la había dejado una hora atrás, y así la encontraba de nuevo.

—¿Estás preparada? —le preguntó.

Alesha negó una única vez con la cabeza, aunque había tenido una hora para pensar y valorar sus posibilidades. No quería seguir encerrada, no quería regresar al hogar conyugal, pero no tenía opción. Cuando admitió su derrota, se dijo si acaso podría negociar una tregua con su esposo hasta que pudiera huir de nuevo. En esa ocasión pondría la mayor distancia entre ambos, se iría a las colonias.

—Estoy metida en un grave problema —admitió al fin. Rowan le ofreció una mirada cargada de superioridad. La voz melodiosa le producía un escalofrío en la espina dorsal—. Pero no soy una ladrona —dijo con un hilo de voz que estremeció el corazón de su esposo—. Necesito tu ayuda.

La confesión de ella le arrancó un suspiro largo.

—¿Qué obtendré a cambio? —Rowan creía que le llevaba cierta ventaja, y era cierto.

Había obtenido su libertad, ahora tocaba negociar su rendición porque él la quería sumisa en su hogar, dispuesta en su lecho, como en el pasado.

Alesha hizo una mueca con la boca.

—¿Obediencia y sumisión? —respondió, y él soltó una carcajada cínica porque había dado

en el clavo.

Siguió quieta en su sitio sin abandonar la mirada del rostro que rezumaba puro magnetismo sexual.

—Necesito tiempo antes de tus reclamos maritales —dijo al fin.

Rowan suspiró profundamente al escucharla, en el pasado, los encuentros sexuales entre ambos, habían sido pura dinamita.

—Sabes de sobra que no puedo estar cerca de ti sin que ocurran consecuencias de resultados imprevisibles —Alesha no respondió, siguió mirándolo sin acercarse a él.

Finalmente lo contradijo.

—Necesito tu promesa antes de regresar contigo —murmuró, y Rowan alzó una ceja con escepticismo ante su respuesta—, no estoy preparada —ahora bajó la cabeza cohibida—. Ha pasado mucho tiempo.

—Eres mi esposa...

Alesha insistió.

—Necesito tiempo para aceptar que estaré de nuevo bajo tu yugo.

Las cejas de Rowan se alzaron con sorpresa pues era una crítica en toda regla.

—Me molesta que me creas un monstruo.

—Quiero ofrecerte un trato —ahora sí que había captado su atención por completo.

—¿Un trato? —Rowan siguió mirándola con suma curiosidad—. Te recuerdo que has sido tú la que me ha abandonado.

Seguía acechándola con ojos brillantes. Alesha no quiso interpretar su mirada calculada.

—Quiero que me ayudes a limpiar mi nombre —Rowan entrecerró los ojos con incredulidad.

Esa petición le pareció absurda porque él se había encargado de ello salvo que no pensaba decírselo para no perder la ventaja sobre ella.

—¿Pretendes que te ayude gratis? No te tenía por una embaucadora sin escrúpulos —¿él la acusaba de embaucadora?

Así, de forma inesperada, soltó una risa contagiosa que lo dejó aturdido, y con los huesos hechos gelatina.

—Sé muy bien la opinión que tienes de mí —replicó sincera—, pero siempre he sido sincera en mis sentimientos.

Rowan redujo sus ojos a una línea.

—¿Necesitas que te recuerde todas tus acciones pasadas? —inquirió él sin un pestañeo—. ¿Y que ahora se te acusa de ladrona?

Ella negó de forma elocuente.

—Siempre he sido consciente de mis defectos y de los tuyos, pero no soy una ladrona.

Rowan abrió la boca pero la volvió a cerrar. Sí lo era porque en el pasado le había robado el corazón.

—Tus palabras me inquietan realmente —los ojos de la mujer se oscurecieron al escucharlo—. ¿Se te ha olvidado por qué estás aquí encerrada?

Alesha parpadeó una sola vez.

—Es la falsa acusación de unas niñas que no desean que siga siendo su institutriz, y por ese motivo urdieron la falsa de hacerme parecer una ladrona.

Eso tenía sentido para Rowan.

—¿Por qué lo hiciste Alesha?

Rowan le preguntaba por algo mucho más personal que la acusación de unas niñas que no se

sostenía. Cualquier abogado preparado tumbaría esa falsa acusación que no se sostenía por ningún lado,

—Te abandoné, pero fue por un buen motivo.

Lo que decía ella era en verdad preocupante porque parecía que se lo creía.

—¿Un buen motivo?

Alesha soltó un suspiro.

—No te abandoné porque no te amara —sus palabras lo descolocaron por completo—. Estaba sola, me sentía abandonada, y sucedió algo...

Ella no quería recordar porque en Stapleton House había sido muy desgraciada.

—¿Qué sucedió? —inquirió él.

Pero Alesha guardó silencio. Rowan se llevó las manos a las sienes y se mesó el pelo. La actitud de su mujer siempre lo había llevado de cabeza porque era introvertida, poco comunicativa, y muy dada a los dramas.

—Deseo vivir en otro lugar —siguió ella—. En Londres, por ejemplo.

Rowan parpadeó sorprendido. Su casa de Stapleton House era una hermosa propiedad en Darlington. Suplía con creces todas sus necesidades. Era la vivienda habitual de todas las generaciones Malory, ¿por qué motivo ella no quería vivir allí?

—Siempre te has alimentado de emociones y sentimientos negativos.

Era una acusación.

—Lo sé —admitió cabizbaja.

Su padre, el juez Darrell Watts, había sido un hombre muy melancólico, y ella había heredado ese rasgo suyo tan particular y que resultaba destructivo porque el exceso de melancolía solía llevar a la depresión.

—Stapleton House es mi hogar, y desapuebo tu rechazo —afirmó él.

A ella no le importaba que Rowan la censurara, pero tenía razón. Ella había sido desgraciada en ese lugar, y lo había pagado con él.

—Rowan, permíteme que te explique lo que me ocurrió, y por qué motivo no deseo regresar allí.

¿Ahora quería darle explicaciones cuando tanto se las había demandado tras su huida?

—Ningún motivo puede ser tan poderoso para querer abandonarme.

Ella hizo oídos sordos.

—Sufrí un accidente en Stapleton House que casi me cuesta la vida.

A pesar de la escasa luz del farol de la celda, Alesha pudo ver que el rostro de Rowan palidecía.

—¿Qué dices?

Su tono era ronco.

—Me empujaron por detrás, y caí por las escaleras —él, estaba de verdad enmudecido—. Estabas de viaje en Nueva York tramitando nuevos tramos de ferrocarril, y tu esposa y su seguridad quedaron olvidadas para ti aquí en Inglaterra.

En aquel entonces Rowan viajaba mucho, y la dejaba a menudo sola.

—Llegué a temerle a la casa, a los sirvientes —siguió confesando.

—¿Cómo que te empujaron? —él todavía procesaba la sorprendente revelación—. ¿Quién osaría hacer algo así?

Alesha no lo sabía, pero había alguien en la casa que no la quería. Ignoraba si era el mayordomo, el ama de llaves, los sirvientes, o el cochero...

—No lo sé, pero no quiero regresar a Stapleton House.

¿La habían empujado? ¡Por San Jorge que pensaba llegar al fondo de la cuestión! Pero se sintió herido por su silencio. Él habría regresado enseguida... al momento se sintió apurado. Había tardado cuatro meses en regresar a Inglaterra de su último viaje a Nueva York, y entonces ella ya se había marchado.

—¿Por qué no me dijiste lo del accidente? —inquirió atónito.

—No fue un accidente —lo corrigió—. Fue un intento de asesinato. Nunca fui bienvenida en tu hogar —él, se mantuvo callado esperando a que ella continuara—. Ignoro el motivo, pero no fue la única vez que atentaron contra mi persona.

La mirada de él era de total incredulidad.

—Eso que dices es muy preocupante.

Alesha no hizo ni un gesto afirmativo ni negativo.

—En otra ocasión, anterior a la caída, me sentí muy mal tras ingerir una cena que contenía algo en mal estado, pasé una semana francamente mal pues vomitaba todo lo que me llevaba a la boca.

Él, había estado de viaje en esa ocasión.

—Nunca me lo dijiste —le reprochó.

—Nunca estabas para contarte mis preocupaciones, mis sospechas.

—Continúa —la instó.

—Sufrí otro accidente cuando uno de los ejes del carruaje se partió —los ojos del hombre se entrecerraron—. Ahí comencé a sospechar que alguien deseaba mi muerte, y lo verifiqué cuando me empujaron por las escaleras.

—¿En Stapleton House?

—Estoy convencida pero... —Rowan la cortó sin brusquedad.

—Todos en la casa te respetan, te obedecen —Alesha iba a abrir la boca, pero él, con un gesto, le conminó a que siguiera callada—. Ninguno alzaría una mano contra ti porque se las vería conmigo.

Alesha tragó saliva al escuchar sus palabras, y no le quedó más remedio que admitir su error, había mantenido sus sospechas en silencio. Quizás si hubiera esperado a su regreso, si le hubiera contado... pero no. Su vida corría de verdad peligro, él nunca estaba con ella sino de viaje. Nada habría cambiado para ella aunque le hubiera contado sus sospechas.

—Temo que si regreso, perderé la vida —admitió de forma humilde consciente del peligro que la acechaba.

Rowan cruzó los brazos al pecho y la miró con una intensidad que no se molestó en ocultar.

—¿Eres consciente de lo que insinúas? Porque tendría que despedir a la totalidad del servicio—ella se mantuvo en un frío silencioso.

—Soy muy consciente de lo que digo —tenía la realidad del pasado para no olvidarlo—. No deseo regresar.

Varias posibilidades se abrieron para él. ¿Alesha corría peligro en Stapleton House? Le parecía inaudito porque la totalidad del servicio servían en la casa desde antes de él naciera.

—Me rompiste el corazón con tu ausencia —lo acusó ella.

Rowan se sintió molesto.

—No te rompí el corazón, me abandonaste, ni te imaginas el daño que provocaste a mi reputación.

Alesha suspiró profundamente. Era cierto. Rowan era un noble respetable, heredero de una

de las mayores fortunas del reino, y ella lo había abandonado sin pensar en nada, sin medir las consecuencias de su acción.

—Al margen del daño que te hice, hay alguien ahí afuera que busca mi muerte.

Rowan se acercó tan rápido a ella que no le dio tiempo a una retirada prudente, pero ella no retrocedió.

—Antes tendría que pasar por encima de mi cadáver —le dijo muy serio.

Sus palabras calmaron en parte su agitación, pero estaba decidida.

—Regresaré contigo —admitió—, pero a otro lugar que no sea Stapleton House.

Rowan entendió el miedo de ella.

—Ya te he dicho que te protegeré —se defendió.

Alesha giró el rostro porque cada vez que él se le acercaba su corazón comenzaba una danza imposible de detener.

—Hasta tu próximo viaje a las colonias...

Por ella estaba dispuesto a dejar de ocuparse de sus asuntos financieros de forma personal, a centrarse en el condado y sus responsabilidades como conde de Shildon.

—Los viajes largos se han terminado para mí —esa respuesta la sorprendió de veras, pero no la movió de su postura.

—Por favor, Rowan, no me hagas regresar a Stapleton House.

El hombre entrecerró los ojos de forma especulativa.

—Es nuestro hogar, nadie te hará daño allí, lo juro.

## CAPÍTULO 3

*Un ruido la despertó del sueño intranquilo. La voz extraña penetraba en su cerebro con férrea voluntad. Se reincorporó en la cama, y se quedó mirando la habitación oscura. Un leve estremecimiento de miedo se apoderó de sus sentidos ante la falta de calidez en la alcoba: el fuego en el hogar se había extinguido. Le extrañó que ningún sirviente lo hubiera avivado.*

*Fue consciente del vaho que exhalaba su boca entreabierta con cada respiración, y que no terminaba de llegar a sus pulmones contraídos por el miedo. Comenzó a jadear inquieta, y completamente alerta. La voz atronadora soltó una risotada.*

*¿Quién se reía de esa forma tan grotesca?*

*Bajó los pies desnudos al suelo, y se alzó quedándose momentáneamente quieta escuchando, recelando. El sedoso camisón comenzó a arremolinarse entre sus piernas con cada paso que daba para alcanzar la puerta. Cuando quedó a escasos centímetros, alargó la mano para asir el picaporte, pero la risa la detuvo. Le hizo retroceder un paso hacia atrás.*

*Inspiró de nuevo y asió el picaporte que cedió a su presión.*

*El largo pasillo oscuro conservaba todavía el ambiente cálido de esa noche de abril. Los rayos prístinos de la luna entraban a través de las rendijas de la cortina, haciendo que las sombras de los muebles se contorsionaran: como espectros que se fundían en un abrazo eterno.*

*Una sombra pasó junto a ella rápida, silenciosa, y la envolvió en un abrazo que logró aterrorizarla. Ahogó un gemido de desasosiego mientras sentía que la empujaban hacia las escaleras. Quiso gritar, pero una mano le tapaba la boca. La persona que la iba arrastrando por el largo corredor era muy fuerte. No podía saber si era hombre o mujer de lo aterrada que estaba.*

*Cuando llegaron al filo de la escalera, sintió un fuerte empujón en la espalda, y cayó rodando por los peldaños.*

Alesha manoteó el aire con fuerza intentado asirse a algo. Abrió los ojos con fuerza mientras se llevaba las manos al pecho para contener un gemido.

¡Era la misma pesadilla de siempre!

—Dios mío —el largo suspiro logró aminorar los latidos desbocados de su corazón que seguía saltando en su pecho completamente atribulado.

«Es sólo un sueño», se dijo más calmada, pero estalló en lágrimas de desesperación e impotencia.

En esa caída había perdido todo... los sollozos entrecortados seguían sacudiéndola sin piedad.

Ella no tuvo la culpa. Estaba sola, Rowan de viaje, como siempre. La habían empujado, y supo que no podía quedarse más tiempo en Stapleton House. La caída le había provocado una fuerte hemorragia interior que la mantuvo dos semanas en el hospital sola, abandonada, y, cuando le dijeron que podía regresar a Stapleton House, Alesha abandonó el hogar conyugal sin una explicación por su parte.

Vendió el anillo de casada, la esmeralda Malory valía una fortuna, con las libras obtenidas había alquilado una casita en el norte, y había buscado trabajo como niñera. Después de un tiempo, había logrado lo impensable: comenzar de nuevo. Pero Rowan le siguió la pista meses

después y a punto estuvo de encontrarla, ella tuvo que abandonar el lugar e irse a otro mucho más recóndito. Le costó comenzar de nuevo, pero lo logró, hasta que su esposo se acercó demasiado a su escondite. Alesha tuvo que desaparecer de la noche a la mañana, y se estableció en el oeste sopesando la idea de embarcar hacia las colonias, pero entonces surgió el trabajo como institutriz de dos niñas adorables, aunque solo en apariencia, y decidió quedarse un tiempo, ahorrar todo lo que pudiera porque el trabajo como institutriz estaba mucho mejor pagado que el de niñera, y entonces comenzaría una nueva vida lejos de Inglaterra, pero se había confiado. Las adorables niñas no lo fueron tanto, e idearon una forma de echarla. La habían encerrado en prisión, y Rowan la había encontrado, salvo que en esta ocasión se temía que ya no la dejaría escapar de nuevo.

«Ha dicho que me protegerá», se dijo.

La mujer buscaba el consuelo en sus palabras, pero la amargura hizo presa de ella desbordándola. Si regresaba a Stapleton House estaba convencida de que moriría.

## CAPÍTULO 4

Rowan había concluido todo el papeleo para la liberación de ella. Que fuese un noble tan importante y un par del reino, había tenido mucho peso en la decisión del juez. No era lo mismo acusar a una pobre infeliz de la calle, que a una condesa respaldada por la misma corona, además, el rey era gran amigo de los Malory pues se había hospedado en varias ocasiones en la fastuosa mansión de Stapleton House.

Antes de emprender viaje a Lancashire, Rowan había contratado a un investigador, también a un prestigioso bufete de abogados, porque Alesha podía ser muchas cosas, pero no una ladrona, y, tras su conversación con el juez, todos los cargos habían sido retirados. Lady Malory seguía teniendo su reputación intacta, y podía regresar a casa.

Cuando concluyó todo, salió al exterior a buscarla. Alesha había decidido no seguir en el interior del feo edificio mientras su esposo se ocupaba de todo, era como si necesitara respirar aire fresco y no viciado. La brisa movía la tela de su falda de forma acompasada. La sensación de paz la llenó por completo, y la sobrecogió en el mismo momento que se asomó al mar desde el borde del paseo de piedra. Contempló los barcos que navegaban, y se sumergió en pensamientos contradictorios.

El aire fresco jugaba con algunas mechassueltas de pelo que no había logrado sujetar con las horquillas. Le azotaron el rostro, pero no le importó. Pasó la mano por su brazo desnudo tratando de borrar la sensación de cansancio que comenzaba a menguar su ánimo. Llevaba años sufriendo la misma pesadilla de siempre, los mismos miedos. Por ese motivo odiaba Stapleton House con toda su alma, porque allí había perdido no solo su seguridad, también su misma esencia, pero odiar agotaba y la sumergía en una vorágine de vacilaciones constantes...

—El carruaje está de camino, espero que no te enfríes mientras esperamos su llegada— Alesha no se volvió al escucharlo.

Llevaba puesta la capa negra de él que tapaba su destrozado vestido.

—Pararemos en una posada donde podrás darte un baño y cambiarte de ropa.

Ella siguió mirando el mar desde su posición en las afueras de Rossall Point, la prisión donde había estado encerrada todo ese tiempo.

—Me gusta contemplar el mar —dijo ella. Rowan siguió mirándole la espalda sin interrumpirla—, parece tan poderoso y nosotros tan insignificantes.

La oyó suspirar mirando el horizonte.

—Lamento tu encierro —se sinceró—. Pero era tu obligación informarme sobre lo ocurrido. Con un solo mensaje no habrías pasado ni una sola noche en prisión.

Esa verdad le resultaba demoledora aunque no lo demostró.

—Me había acostumbrado que no estuvieras nunca... —respondió ella sombría—. Cuando he necesitado tu ayuda, tu consuelo, nunca estabas ahí para mí, sólo estabas para tus socios y tus negocios.

—Yo también perdí mucho con tu abandono —su voz logró que Alesha alzara la barbilla—. Me hiciste el hazmerreir de todo Darlington. Se resintieron mis negocios porque emplee mucho tiempo buscándote.

Alesha se dijo que él no podía ni imaginarse el suplicio por el que pasó tras la caída, y temiendo día y noche que la asesinaran.

—Que tú perdiste mucho —Alesha se giró apenas un cuarto y quedó de perfil frente a él—, ¿cómo te atreves a decir semejante sandez? ¡No fue tu vida contra la que atentaron!

Rowan se sentía enfermo de preocupación. Había llegado a la prisión de Lancashire para ajustar cuentas con ella, ahora no sabía qué hacer o cómo actuar porque nada lo había preparado para esa verdad demoledora: que habían intentado asesinarla. Que había huido de su lado, pero no porque no lo quisiera, sino por miedo.

Él se resistía a creer que había sido una conspiración contra ella de alguien de la casa. Conocía a cada uno de los integrantes del servicio, ella debía de estar equivocada, y se lo demostraría, pero tenía pensado contratar los servicios de un detective, también contrataría a un par de guardaespaldas.

—Si me hubieses informado de tus sospechas, te aseguro que nada de esto habría pasado —esas palabras le hicieron mirarlo con mucha atención y con escasa prudencia.

—¿Habrías dejado de viajar para ampliar tus negocios? —le preguntó ella con ojos reducidos a una línea—. Tenías una esposa, un hogar que cuidar, pero nunca estabas... —Rowan no tomó en cuenta las palabras pues sabía que estaba dolida.

Entendía mucho más de lo que ella se imaginaba.

—Soy un hombre muy ocupado —respondió él—. Con negocios que atender y un condado que cuidar.

Alesha parpadeó.

—Y una esposa olvidada en Stapleton House.

Él, nunca sabría el dolor que la traspasaba cada vez que recordaba su tiempo allí, cada vez que lo recordaba a él. Rowan había sido muy importante en su vida...

Cuando suspiró, ella misma se sorprendió de su ansiedad vehemente. Rowan se acercó un poco más.

—Me gustaría que no te pongas a la defensiva como en el pasado.

Ella inclinó la cabeza un poco.

—Mi postura defensiva siempre me ha protegido de todo.

Rowan apretó los labios al escucharla.

—Te recuerdo que no necesitas protección de mí, de tu esposo, y te aseguro que no me siento acusado por tus palabras porque hasta ahora desconocía tus sospechas —Alesha cuadró los hombros con cautela a su comentario.

—Desconoces tantas cosas Rowan...

Parecía una recriminación.

—¿Y de quién es la culpa? —le preguntó—. Siempre has sido proclive a la paranoia, pero haré que te sientas segura. Nadie osará tocarte mientras estés a mi lado. Soy el único que puede protegerte de tus miedos.

A la vista estaba de que Rowan no la creía.

—Desde luego que eres invulnerable al desánimo —la mujer no pudo parar la réplica—. Como buen hombre de negocios y conde de Shildon crees que lo tienes todo bajo control.

—¿Dudas de mi capacidad?

Rowan se había puesto a la defensiva, como ella anteriormente.

—A las pruebas me remito de lo poco que me protegiste en el pasado —se defendió.

Ese había sido un golpe bajo que lo hirió en su orgullo.

—No se puede proteger lo que desaparece sin dejar una explicación —le increpó.

Ella se molestó.

—Ya no soy la misma Alesha de siempre.

—Te conozco muy bien —le replicó.

—Rowan, ahora no me conoces en absoluto —él, se acercó un poco más a ella—, he cambiado mucho.

Sí, había madurado, pero seguía siendo su esposa.

—En todo caso es una suerte que te haya encontrado, porque de lo contrario te habrías podrido allí dentro —siguió él.

Alesha sintió ganas de llorar porque cuando más lo necesitaba, no estuvo allí.

—Abandonarte fue necesario.

Sí, eso se lo había dejado muy claro.

—Herir a la persona que se ama, abandonarla, nunca es necesario —Rowan la vio encogerse y lo lamentó. Trataba de encontrar un resquicio en la armadura que ella se había colocado. Alesha hizo amago de irse—. Era tu deber informarme de tus sospechas, darme la oportunidad de actuar —le recordó con voz un tanto dura—. Todo esto que ha ocurrido por tu silencio era innecesario, lo sabes —la mujer ya comenzaba a negar con la cabeza de forma enérgica. Las palabras de Rowan le producían en su interior un sufrimiento físico—. Yo estaba siempre ausente, tú te sentías muy sola —Alesha entrecerró los ojos con cierta debilidad—. Ambos somos culpables de esta situación.

La mujer se percató de que la miraba de una forma que le provocaba escalofríos. ¿Por qué su cercanía le hacía revolotear mariposas en el estómago? La miraba de una forma que le resultaba irresistible.

Rowan no había cambiado nada en todos esos años. Y Alesha tuvo que aceptar que se alegraba por ello.

—¿Confiarás en mí? —le preguntó con semblante serio.

Si no llevaba cuidado, su corazón podría sufrir mucho. Rowan estaba consiguiendo que bajara la guardia.

—Sigues siendo el mismo hombre que dejé atrás —contestó—, y me pregunto cómo haré para no sufrir de nuevo tus ausencias.

Rowan redujo los ojos a una línea. Él era el último hombre en el mundo que le haría daño de forma consciente, y supo que ella pensaba huir de su lado en el momento que tuviera oportunidad.

—¿De verdad piensas que te permitiré que te marches de nuevo y me abandones?

Ella deseó que no ahondara en esa cuestión.

—¿Tus palabras significan que cambiaré una prisión por otra?

Él, apretó los labios hasta reducirlos a una línea dura.

—No deseo enfadarme contigo pues soy consciente de lo que estás sufriendo —le dijo él—, pero estás cruzando una línea muy peligrosa.

—Que te quiera no significa que desee vivir contigo —le dijo de todos modos.

—¿Me amas? —le preguntó como si esa posibilidad le extrañara—. Y me abandonaste...

Alesha decidió parar en seco su conclusión.

—Me casé contigo porque te amaba, y me fui de tu lado porque no me sentía segura —lo acusó seria.

El brillo en los ojos de Rowan se acentuó. Ella no le había respondido.

—Cuando te lo propones eres tan aguda como el filo de un cuchillo...

Alesha había pretendido contenerlo porque su fuerte personalidad estaba en claro detrimento de la suya propia, pero él no se dejó intimidar.

—Es la única forma de sobrevivir que encontré.

Rowan suspiró de nuevo. Escuchó el sonido del carruaje que se detenía a escasos pasos de ellos.

—Vamos, es hora de regresar a casa —le recordó él.

El hombre comenzó a enfilear el sendero de piedra, no esperó a que ella lo siguiera porque pensó que lo haría. De pronto, Alesha percibió calor sobre su nuca y un peso sobre los hombros. Sin pretenderlo lanzó un gemido agudo. Rowan se giró de golpe, y, al ver su rostro compungido, corrió a su encuentro.

—¿Te encuentras bien?

—Un mal pensamiento —logró decir.

El carruaje los llevó a una pequeña posada a las afueras de Lancashire. Alesha pudo bañarse y cambiarse de vestido. La posada le había facilitado uno propio: el que se ponía los domingos para ir a misa. Pero lo que había pagado el noble por la sencilla tela, era desorbitante, y se lo había ofrecido encantada.

Horas después emprendieron el regreso a casa.

## CAPÍTULO 5

Para colmo de males, Alesha sufría de claustrofobia.

Inhaló profundamente y exhaló muy despacio. Desde adolescente le tenía pánico a los espacios cerrados, y ese temor en ella se había vuelto atávico. Un miedo continuo y lacerante que no podía controlar aunque se armara de valor. Le suponía un suplicio estar encerrada en un habitáculo tan pequeño, aunque fuera por un corto tiempo.

Había intentado vencer la fobia, pero era inútil, dentro de un espacio cerrado se sentía irremediabilmente vulnerable.

Se echó hacia atrás y desvió sus ojos hacia la pequeña ventanilla. Corrió el pesado tejido de terciopelo para observar los campos. No sabía cómo tranquilizar sus nervios ante las horas que tendría que soportar en ese habitáculo cerrado. Tenía que meditar mucho en la situación tan extraña que se había planteado con respecto a Rowan. Cuando el carruaje comenzó a rodar, cerró los ojos a las sensaciones, y aferró con las manos su bolsito pequeño. Rowan trataba de asir su mano, pero ella no se lo permitió.

Comenzaba a importarle demasiado su contacto.

Un cálido sopor se fue apoderando de ella. Cuando el corazón comenzó a latir a un ritmo normal, abrió los ojos aturdida, pero sin moverse de la postura rígida que había adoptado en sueños. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de él, que mantenía los ojos cerrados. Los dos se habían dormido en el interior del carruaje, y se preguntó en qué momento él había abandonado su lugar frente a ella para sentarse a su lado.

Alesha temía moverse pues podría despertarlo.

Se miró las manos entrelazadas y rígidas. Apenas podía mover los dedos. Al momento notó que él se sacudía con inquietud en un sueño agitado. Rowan comenzó a murmurar palabra ininteligibles. Movía la cabeza de un lado hacia otro al mismo tiempo que apretaba los puños a sus costados. Alesha supo que estaba sufriendo una pesadilla, y se encontró con la circunstancia de no saber qué hacer a continuación. Había resultado toda una sorpresa comprobar que el padecía pesadillas como ella, con su mano sujetó la mandíbula cuadrada para despertarlo con suavidad. El contacto le provocó una descarga que la pilló por sorpresa a pesar de que la esperaba, le recorrió el brazo por entero hasta llegar a su corazón.

Rowan le ponía todos los sentidos al revés.

—¡Rowan, despierta!

Le movió con suavidad el brazo. Él, abrió los ojos de golpe y se volvió hacia ella que no pudo retroceder a tiempo. Se inclinó y se acercó tanto, que Alesha pudo percibir con absoluta claridad el fuego que emanaba de su cuerpo. Rowan estaba tan tenso como las cuerdas de una guitarra. Cuando la puso sin querer en su muslo, cientos de agujas comenzaron a torturarla sin compasión. Alesha ahogó un gemido estrangulado y le apartó la mano con cierra brusquedad, aunque había sido involuntaria.

Él, la miró tan intensamente, que Alesha se asustó por el brillo que asomó a sus pupilas y que le mostraban en su profundidad dolor y olvido al mismo porcentaje.

Rowan parpadeó recuperando la sonrisa, y el control sobre sus emociones.

—Lo lamento, he debido de tener un sueño agitado —Alesha conocía demasiado bien esa

sensación.

Ella sufría pesadillas desde su caída, y no podía deshacerse de ellas por más empeño que pusiera pues seguían torturándola.

—Yo vivo constantemente en una pesadilla —admitió ella.

Aunque viviese toda una eternidad jamás podría olvidar la mirada intensa que le dedicó él cuando terminó de pronunciar las palabras.

El noble volvió la vista al frente sin responderle, y con una serenidad en el rostro que resultaba atrayente.

¡Esa fuerza de control la admiraba, pero no la sorprendía!

—Tú misma eres una pesadilla —respondió molesto.

—Y entonces, ¿por qué motivo te empeñas en llevarme contigo?

—Porque es lo correcto —masculló serio.

—¿A pesar del caos que me provocas?

Contrariamente a lo que pensaba ella, esa afirmación le había gustado mucho, y decidió ser para ella mucho más que un caos.

—No sabes cuánto me alegra saberlo —respondió ufano.

Ella lamentó la ligereza de sus palabras anteriores porque le daba a él un poder sobre ella de proporciones gigantescas.

—Eres un arrogante sin remisión.

Él deseó ponerla en su sitio pues lo hería a propósito.

—¿Sabes lo que es la soledad, Alesha? —inquirió él. Ella hizo como si no hubiera oído la pregunta—. ¿Alguna vez te ha removido hasta el punto de producirte un ahogo físico?

—Nunca me ha molestado la soledad —respondió queda—. Sólo tus ausencias y olvidos.

Rowan mostró apenas una sonrisa que no dejó entrever del todo. Su mirada se mantuvo fija en la distancia.

—Y no te asustó lanzarme al vacío de la soledad aunque yo no la quisiera, ¿verdad? —le reprochó.

—Tenía que irme, Rowan —le recordó—. Por encima de lo que sentía por ti, por encima de lo que sentías tú, tenía que irme porque vivía muerta de miedo.

Él, podía concederle al menos eso.

—A raíz de tu marcha y del dolor que me provocaste, fui consciente de que mi razón se volvía locura —Rowan inspiró antes de continuar—. Cuando la desilusión se adueñó de mis actos, me convertí en un preso de los tuyos.

Alesha comenzó a tragar con cierta dificultad, cada palabra la implicaba a ella como la culpable de lo que había sufrido él.

—Me hiciste despreciarte —continuó él sin dejar de mirarla—. La falta de esperanza por encontrarte llegó a provocarme hastío. A raíz de tu marcha nada tenía sentido para mí pues era incapaz de comprender tus motivos —Rowan calló durante un momento—. ¿Conoces lo que es el olvido ya que tanto me lo echas en cara? —le preguntó muy serio, ella desvió la mirada, pero no le respondió—. Aprendí a vivir sumido en tu olvido cuando fui consciente de que no me amabas lo suficiente para quedarte conmigo, a pesar del miedo que dices que te provocaba vivir a mi lado —Alesha se pegó al lateral del asiento, pero sin dejar de escucharlo. Las palabras de Rowan le provocaban sentimientos contradictorios—. Pero eres impermeable a esa necesidad, ¿verdad? Siempre lo has sido —ella seguía en un silencio oneroso—. Desde que he te encontrado no paras de restregarme mis ausencias, de la falta de protección por mi parte, pero, ¿qué hay de ti? ¿De tu

abandono? ¿De tu olvido?

Alesha sentía ganas de llorar.

—Calla, por favor —un brillo de lo más extraño se paseó por los ojos de Rowan que asintió con la cabeza—. No limpies tu conciencia manchando la mía.

—¡Eres una temeraria al acusarme de algo así! —le susurró él.

Alesha se ahogaba de forma irremediable. Su confesión había removido un sentimiento en su interior que creía enterrado para siempre, pero, ¡maldita fuera que no!

El viaje iba a resultar muy incómodo y sus remordimientos muy largos.

Un momento después, el carruaje se detuvo en una posada, en esta ocasión a mitad de camino hacia donde iban. Ella aprovechó la ocasión para escabullirse alegando que necesitaba adecentarse. Se limpió el rostro, se peinó el cabello y lo sujetó en un moño bajo. Cuando vivía como una condesa, tenía una doncella personal que la ayudaba con todos esos menesteres, pero tras abandonar a Rowan, se las había ingeniado por sí misma. El vestido de sirvienta que llevaba puesto era tan sencillo que iba abotonado por delante, era muy fácil quitarlo y ponerlo por sí misma.

Cuando salió del baño y enfiló el pasillo del comedor, se detuvo con un terrible disgusto en sus ojos, la mesonera tenía su mano izquierda apoyada en el antebrazo de Rowan mientras lo miraba con el rostro arrobado. Las mejillas de la mujer estaban encarnadas, y el brillo de sus ojos había aumentado hasta el límite de parecer a punto de sufrir una lipotimia. Su esposo era tan atractivo y poseía tal magnetismo sexual, que las mujeres podían desmayarse a su paso.

Ser consciente de ese detalle la abrumó. Caminó los pasos que la separaban de su asiento en la mesa más rápido de lo normal, con su cadera separó la mano de ella del brazo de Rowan.

La mujer parpadeó coqueta varias veces sin importarle la presencia de Alesha.

—Disculpe, ¿qué me había pedido? —preguntó la mesonera.

Rowan dirigió su mirada hacia Alesha con extrañeza en sus pupilas pues Alesha no se comportaba de forma normal.

—Asado y vino tinto —le recordó.

La mujer le permitió que tomara asiento en la mesa.

—¿Y usted...? —le preguntó.

Alesha no se lo pensó.

—Si pudiera elegir, una botella de láudano —Rowan alzó sus cejas en un interrogante tras oír la petición de ella.

La mesonera la miró perpleja.

—Mi esposa bromea —dijo él—. Para ella asado y vino también.

Alesha le mostró una sonrisa ausente de humor. La mujer se marchó a la cocina para traerles la cena.

—Gracias por pedir mi cena.

A él le pareció una recriminación.

—Sé que te gusta el asado... —no terminó la frase, la dejó suspendida en el aire tras soltar un suspiro.

Alesha estaba a la defensiva, y tenía que deponer su actitud.

—Disculpa Rowan —él, la miró atento—. Llevo varios días sin dormir y sin sentirme una mujer realmente limpia.

Él, podía entenderla. No vestía como la condesa que era, pero estaba limpia y decente.

—¿Y por eso has sido tan grosera con la mesonera?

Ella soltó un bufido. No había sido grosera.

—Me desconcierta todavía el caos que provocas allí por donde pasas, conde de Shildon — Rowan chasqueó la lengua ante su pulla.

Pero era cierto, su título nobiliario le confería un poder que solía utilizar muy bien allá donde fuera, aunque no era premeditado.

—No sé si es un cumplido lo de que provoco caos a mi paso.

Ella suspiró.

—Provocas una completa vorágine de sentimientos —Rowan sonrió condescendiente—. Alguna vez me gustaría que te comportaras como un hombre normal —confesó.

Él, se mostró incrédulo.

—¿Cómo se comporta un hombre normal? —sonrió abiertamente al hacer la pregunta.

Su gesto desenfadado hizo que el estómago de ella saltase con un júbilo súbito.

—No tengo que deletreártelo —le soltó.

—No tengo la culpa de que las mujeres me encuentren interesante —le respondió con humor—. Ni que parezcas celosa.

La llegada de la mesonera no le permitió ofrecerle una respuesta.

Tiempo después, y ya de nuevo en el carruaje, Alesha lo miró, Rowan tenía los ojos cerrados. El ritmo de su respiración era acompasado, y supo que estaba dormido.

—Te dejé, es cierto, pero te amaba con toda mi alma —susurró apenas con un hilo de voz—. Todavía te amo ...

Cerró los ojos como él, y trató de dormir el resto del viaje.

## CAPÍTULO 6

Rowan le había informado que no iban de camino a Stapleton House en Darlington, sino a su mansión Scaffell Park en Londres. Ella respiró con tanto alivio que él la miró con ojos entrecerrados.

Alesha se sentía muy agradecida por ese cambio de actitud por su parte. Se permitió respirar con cierta tranquilidad después de conocer la noticia, y por eso se dedicó a admirar la ciudad y sus contrastes, sus románticas calles con casas de ladrillos rojos, sus grandes avenidas arboladas, y sus edificios históricos.

—¿Deseas que hagamos un alto antes de llegar? —le preguntó.

Alesha negó con la cabeza al mismo tiempo que volvía la vista de la ventanilla para fijarla en el anguloso rostro.

—Deseo llegar cuanto antes.

—La distancia no es muy larga —le informó—, llegaremos en unos cuarenta y cinco minutos —miró de forma especulativa el rostro concentrado de él mientras el carruaje con el sello condal en la puerta seguía rodando por los adoquines grises.

Su seguridad, su aplomo, y ese atractivo arrebatador, anulaban sus esfuerzos de mostrarse indiferente a la atracción que ejercía sobre ella.

—¿Conoces bien Londres? —le dijo pensativa.

Ella nunca había visitado Londres.

—Viví aquí durante un tiempo antes de conocerte y de casarnos —Alesha se preguntó por qué motivo no se habían mudado a Londres.

—¿Te gustó vivir en Lancashire? —le preguntó él.

Ella negó muy suavemente.

—Me gustó más el tiempo que pasé en Carlisle —eso estaba justo en la frontera con Escocia —. ¿Siguen los mismos sirvientes en Stapleton House desde que me marché? —quiso saber ella.

—Sí —contestó llanamente—. Todo en su interior me sigue recordando a ti, a las noches de pasión que compartimos.

—Antes de tus interminables viajes —ella parecía un loro repitiendo siempre lo mismo: su ausencia.

—A resentida no te gana nadie —le espetó serio.

Sus palabras mostraban lo molesto que se sentía. Alesha se mantuvo en silencio tras escucharlo, y Rowan trató de variar el rumbo de la conversación.

—Te gustará mi pequeña casa en Londres.

Ella se sentía enormemente agradecida de que hubiera decidido ir a Londres y no a Stapleton House, por ese motivo decidió sincerarse.

—Gracias Rowan —le dijo ella—. Es un gesto que te agradezco muchísimo, y que me permitirá dormir por las noches.

Él, la escudriñó a conciencia.

—Me emociona tanto agradecimiento —por primera vez ella mostró una sonrisa auténtica que hizo que el corazón de Rowan saltase en su pecho con una alegría inusitada.

—¿Dónde está tu casa? —le preguntó ella.

—Cerca de Hyde Park.

—¿Cuántas casas posees ahora? —le preguntó con curiosidad pero sin mirarlo.

Ella sabía que poseía una mansión en Londres, otra en Edimburgo, y la de Stapleton House en Darlington.

Rowan hizo un gesto con la boca, y que hizo que el pecho de Alesha sufriese un espasmo de emoción porque le recordó un momento vivido en el pasado.

—Las que son necesarias para un hombre de mi posición.

—¿No eres ya lo suficientemente rico? —preguntó.

Rowan no la contradujo.

—El ferrocarril es una buena inversión, y sería un necio si no siguiera invirtiendo.

La miró durante un segundo con una sonrisa tierna. No quería decirle todavía que había decidido ceder la responsabilidad de las inversiones en un asesor de su absoluta confianza. Rowan admitió que estaba cansado de viajar.

—¿Eso significa más ausencias por tu parte?

Había hecho la pregunta de forma impulsiva.

—Eso significa que no volverás a abandonarme.

Se tenía merecida esa respuesta.

—No quería decir... yo —no pudo terminar.

Rowan se estaba portando con ella mucho mejor de lo que esperaba. La mirada que le había dirigido mientras estaba recluida en la celda, no se parecía en nada a la que le ofrecía en ese momento. Alesha se dijo que se debía a la verdad que ella le había revelado para justificar su abandono.

—Estoy siendo condescendiente contigo —le dijo tras unos minutos de silencio.

—Esa afirmación logra inquietarme —respondió ella.

Él, volvió a mostrarle sus blancos y parejos dientes en otra sonrisa más amplia.

—No tengo la culpa de que mi arrolladora personalidad logre ponerte nerviosa como si fueras una debutante de primer año —era cierto, pero Alesha no lo admitiría ni en cien años, ni aunque estuviese suspendida en el vacío y cogida solamente por los cabellos.

—Siempre me ha molestado que te muestres tan seguro sobre mí.

Como ella era todo lo contrario a él, en innumerables ocasiones se había preguntado qué había visto Rowan en ella.

—Alguna vez tendrás que admitirlo Alesha —ella tensó la espalda algo inquieta—. Admitir que soy lo único que necesitas: el aliento que te permite seguir respirando.

Esa afirmación era una blasfemia, y decidió bajarlo de su nube tóxica de ego, por eso le respondió de inmediato.

—Admito que me provocas un rechazo difícil de disimular —Rowan se cambió bruscamente de asiento. Alesha apretó los labios porque no entendía el motivo de su cambio, y lo supo cuando vio sus ojos encendidos que seguían mirándola con el deseo rebosando por el zafiro de su iris.

—Esa es una provocación que no puedo obviar. Ahora mismo voy a demostrarte el rechazo que te produzco —no fue lo suficientemente rápida o previsoramente.

Las manos de Rowan sujetaron sus hombros que comenzaron a temblar.

Cuando el aliento de él comenzó a resbalar por su barbilla, Alesha supo que algo iba a cambiar en ese preciso momento, y no pudo ni quiso detenerlo. El contacto de sus manos era pura delicia. Cientos de escalofríos comenzaron a recorrer su piel desde los dedos de los pies hasta la punta de sus orejas. Tragó saliva cuando sintió la dureza de sus dedos apretar la tierna carne de sus brazos, la ansiedad que la sobrecogió la dejó paralizada.

¡Por San Jorge!

Y la besó. La besó con un ansia posesiva, buscando y encontrando. La respuesta de ella sorprendió a ambos. Pegó su cuerpo al de él, inclinó hacia atrás la cabeza permitiendo que el beso fuese más íntimo, más profundo. Él la instó con la lengua a que abriera más los labios: como si fuera una flor, y cuando lo hizo, introdujo su lengua en el interior de la cavidad húmeda, y entonces, el hielo de ella se transformó en fuego. ¿Cómo podía hacer que lo deseara solamente con su contacto?

Iba a terminar el beso cuando la escuchó suspirar, y decidió seguir besándola, pero en esta ocasión, cuando los labios de él se posaron de nuevo en los suyos: un suave roce hizo que perdiera el contacto con la realidad. No podía controlar su voluntad, y, en ese preciso momento, no le importó su pasado, su futuro, nada. Lo único realmente trascendental era que Rowan estaba consiguiendo una grieta en su coraza, lograba con su contacto que se sintiera la mujer más hermosa y deseable del mundo, y le despertaba sensaciones que ella no tenía modo de sujetar.

Rowan trató de profundizar el beso para borrar la amargura que habitaba en el interior de ella, pero Alesha reaccionó a tiempo. Con manos temblorosas lo empujó y se separó de él, cuando al fin recobró el control y logró enfocar la vista, los ojos de él prometían una eternidad en el más deseable de todos los paraísos existentes.

—Por favor... por favor Rowan —la precaución la cubría de nuevo—. Así no, aquí no...

La voluntad de tomarla entre sus brazos y hacerle el amor allí sobre el sillón del carruaje era demoledora. Necesitaba alimentarse de su sutil fragancia. Nada le gustaría más que enterrarse de nuevo en ella y estarse allí quieto por los siglos de los siglos.

Alesha, su esposa, volvía a poner distancia, pero él aún se estremecía bajo la intensidad de las emociones que ella le despertaba. Lo afectaba a unos niveles que alcanzaban lo irrazonable. Ninguna mujer antes de ella lo había perturbado así.

—Eres mi esposa, te deseo.

El deseo nunca había sido un problema entre ambos sino sus ausencias y querencias a sus necesidades más básicas como compañía, consuelo, protección.

—Necesito algo más de tiempo antes de que volvamos a intimar.

—No lo necesitas.

Ella respiró profundamente.

—No estoy preparada Rowan, de verdad que no.

Antes la había odiado, ahora la seguía queriendo, Alesha era para él un enigma de difícil solución.

—¿Y sí lo estás para provocarme?

Esa no había sido su intención.

—Te ruego que perdones la ligereza de mi lengua.

—Entonces la próxima vez mide tus palabras cuando presumas del rechazo que te produzco

—Rowan enfrió sus ojos hasta el punto de la displicencia porque se le había pasado el enfado—. Parece que te complace provocarme para comprobar mi resistencia.

Alesha tragó con dificultad, pero pudo mirarlo sin pestañear.

—No pretendía molestarte —confesó sincera—, y te prometo que mediré mis palabras de ahora en adelante.

—Confío en ello —Alesha soltó un suspiro largo.

—No sé qué me pasa pues no suelo lastimar a las personas de forma consiente.

—Lo sé, esa cualidad en ti no ha cambiado con los años.

—Pero conozco tu poder de persuasión —le dijo ella—, tu magnetismo varonil hasta el punto de anular mi voluntad si lo deseas.

—Siempre has sido consciente del efecto que me provocas —fue su sencilla respuesta.

—Por eso te pido tiempo antes de volver a mantener contacto físico —casi rogó.

Rowan volvió a cambiarse de asiento. Se colocó frente a ella como al inicio del viaje.

—Solo un tiempo, recuérdalo —ella se encogió levemente en el carruaje.

Estaba mucho más afectada por el beso de lo que podía asumir.

—Soy arcilla en tus manos, Rowan, no seas muy duro conmigo.

El silencio que siguió al resto del trayecto resultó muy significativo. Alesha no sabía cómo encauzar los sentimientos contradictorios que le habían provocado los labios de él.

El asalto brutal a sus sentidos con el suave beso la había noqueado por completo, se sentía físicamente aturdida y emocionalmente devastada. Los próximos días podían resultar muy difíciles si Rowan seguía en su empeño de recordarle lo que sintió por él en el pasado, afortunadamente, ignoraba lo que sentía por él en el presente.

Ella no había huido porque no lo amara, sino por miedo. Un terrible miedo que la había acosado de día y de noche hasta su marcha.

## CAPÍTULO 7

### *MANSIÓN SCAFELL PARK, LONDRES*

La agradable y cálida mansión de Londres la sumió en una sorpresa inesperada porque no se parecía en nada a Stapleton House. La vivienda era muy grande y luminosa. Antes de subir el primer escalón, la puerta se abrió y una corte de sirvientes hicieron la fila de honor. Alesha volvió a preguntarse por qué motivo Rowan nunca la había llevado a Londres.

—¡Es muy alegre! —la exclamación le hizo volver los ojos hacia ella.

Ver algo diferente en la tormentosa mirada de Alesha resultaba esperanzador.

—Gracias.

—¡Me encanta! —su menuda figura seguía parada frente a la casa una vez que hubo bajado del carruaje.

El palafrenero se encargó del bolso de viaje. Mientras Rowan daba órdenes al mayordomo, Alesha dudó en subir. Él supo qué pasaba por la mente de ella.

—El servicio de Scaffell Park —así se llamaba la casa—, es completamente diferente al de Stapleton House.

Ella se mostró realmente aliviada al escucharlo. Rowan aprovechó para presentarle al mayordomo, al ama de llaves, a la cocinera y a las dos doncellas principales. La precedió al interior, y, cuando cruzó el umbral de Scaffell Park, Alesha creyó que había entrado en otro mundo.

—No hace juego contigo —le dijo.

Rowan ladeó la cabeza.

—¿Demasiado pequeña? —le preguntó.

Ella negó.

—Demasiado ostentosa —la respuesta lo desconcertó.

El rostro de ella se entristeció. Esa casa era una completa desconocida para ella porque su esposo nunca la había llevado a Londres.

—En realidad es perfecta, me encanta —afirmó sincera—. Y está impecable.

—Eso es debido a que tengo personal contratado que la mantienen en excelentes condiciones cuando no estoy aquí para disfrutarla —la mujer se desplazó con lentitud hacia uno de los dos salones que se integraban con perfecta armonía a la casa—. Ven, te mostraré nuestro dormitorio —Alesha se detuvo al escucharlo.

Rowan terminó soltando un suspiro largo. Estaba claro que ella no quería compartir la alcoba con él, y terminó por ordenarle al mayordomo que destinara la mejor estancia para ella. Cuando enfilaron el corredor principal, el mayordomo detuvo sus pasos y abrió una puerta.

—Confío que no estés molesto conmigo —sí que estaba molesto, salvo que no iba a decírselo.

Él, se acercó hasta quedar a un centímetro del cuerpo de su mujer que se tensó involuntariamente. Rowan, de forma suave, le colocó un rizo que se le había soltado del moño, y lo colocó detrás de la oreja que estaba ausente de pendiente. Ella se estremeció a causa del escalofrío que le produjo ese leve contacto.

—Rowan... por favor —le imploró sin mirarlo—. Me has obsequiado con tiempo.

Sus ojos se oscurecieron, pero con un gesto echó la cabeza hacia atrás a la vez que le

increpaba con palabras duras.

—Confío y espero que esta reticencia tuya no sea debida a que quieras castigarme por asuntos que ignoro.

Ese había sido un golpe bajo porque ella no había pensado en ello.

—No, en mi ánimo no está castigarte, lo juro.

Rowan la creyó, pero en esta ocasión, no sonrió, y Alesha fue plenamente consciente de que lo había ofendido con su retraimiento. Cuando se volvió para dejarla sola, a Alesha le costó una eternidad no rogarle que la perdonara. Usó todo su control para contener las ganas de lanzarse a sus brazos como una loca. Cuando la puerta se cerró tras él, bajó los ojos al suelo completamente atribulada.

Se sentía agotada hasta tal punto que creía que no podría soportarlo más. La larga agonía de su aislamiento voluntario hizo que le temblasen tanto las piernas que tuvo que sostenerse en el marco de la puerta para no caer al suelo, desvanecida.

«¿Por qué deseo alejarlo? ¿Por qué me siento así cuando lo tengo cerca?».

Cada fibra de su ser comenzó a estremecerse como si hubiese estado en contacto con el hielo. Rowan le había dejado al descubierto un sentimiento escondido durante mucho tiempo: inseguridad.

Los recuerdos del pasado comenzaron a desfilar por su mente.

Había conocido a Rowan en el baile de los condes de Riverfall en Darlington, y la atracción hacía él fue inmediata. Era el segundo baile al que asistía tras su presentación en sociedad. Era huérfana de madre, y su padre usó toda su influencia para que a su única hija la invitaran los aristócratas más importantes del reino. Que su padre, Darrell Watts, fuese un importante magistrado del condado de York, había sido decisivo pues se había labrado una reputación intachable como juez, además, era un hombre que jamás presumía de los contactos importantes que había logrado con su profesión. Su padre era poseedor de un título nobiliario menor, pero eso a Rowan no le importó.

La vio la primera vez y deseó casarse con ella, o eso al menos le dijo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y los hombros comenzaron a convulsionarse. Dio rienda suelta a su a amargura, y se abrazó las rodillas con una congaja extrema.

Al mismo tiempo que Alesha lloraba en su alcoba, Rowan se paseaba por la suya como un león enjaulado. No podía con su desconfianza. La escuchaba llorar, y su llanto penetraba en su alma produciéndole un anhelo vehemente por acariciarla: protegerla encerrándola en sus brazos. Y se sentía incapaz de comprender el deseo de ella de mantenerlo alejado. El pensamiento de poder acariciar la sedosa piel amotinó la razón en su mente provocándole una rebelión de sentimientos imposibles de controlar.

«Jamás te haría daño, pequeña», se dijo a sí mismo.

Pensó en su confesión, y la ira le oscureció el semblante. Tenía que indagar de inmediato qué había ocurrido. Llamó al mayordomo y le ordenó que enviará un mensaje urgente a su asistente legal. Pretendía contratar a un detective para que hiciera las oportunas indagaciones al respecto.

«Jamás te haría daño Alesha», volvió a repetir.

Inspiró profundamente para recuperar los latidos desbocados. Se miró las manos que temblaban sin control por el deseo que sentían de ofrecerle consuelo.

«Has sufrido mucho, pero yo también», siguió diciendo, «y voy a gastarme la vida tratando de descubrir qué nos ocurrió».

Varias horas después, Rowan se encontraba sólo en el amplio comedor de Scafell Park, ella no había bajado todavía, pero su soledad duró unos segundos. Percibió la presencia de ella tras su espalda, se volvió dibujando en sus labios la misma sonrisa que le ofrecía a cada momento.

Alesha se había convertido en su lucha particular. Atrás quedaba la necesidad de venganza que había sentido por su abandono. Ella había huido de su lado porque había sentido miedo. Su deber como esposo era proporcionarle seguridad, pero había fallado de forma estrepitosa. Rowan tenía que llegar al final de todo porque no podría descansar jamás si no llegaba a la raíz de la cuestión.

Ella estaba parada justo en la doble puerta que unía el salón con el confortable comedor, y sin atreverse a dar el paso decisivo de entrar donde estaba él esperándola para la cena.

—Quiero ofrecerte una disculpa —le dijo. Rowan dio un paso hacia ella, pero Alesha levantó una mano para detenerlo con una súplica en sus ojos que lo enterneció, se veía solitaria e inaccesible—. Soy consciente de lo que te herí con mi marcha —él, se mantuvo quieto sin apartar la vista del rostro de la mujer que mostraba de forma clara las huellas del llanto—, y soy consciente de que te lastimo ahora con mi actitud precavida, pero debo hacerlo porque necesito confiar de nuevo. Necesito seguridad.

Rowan lamentó sus palabras sinceras porque Alesha se mantenía tan lejos de él como la luna del sol.

—Gracias por decírmelo.

—Lamento herirte con mis decisiones en detrimento de todo lo que has hecho por mí, pero debo ser sincera contigo sobre lo que siento.

Él, la miró larga y profundamente.

—Aunque al hacerlo me hagas parecer un hombre insensible y despreocupado —aceptó él.

Ella le hizo un gesto afirmativo.

—Si te sientes así, lo lamento.

—Un hombre no lleva bien que su esposa lo acuse de sentirse insegura a su lado —Rowan tomó aire—. Que constantemente esté erigiendo un muro de separación.

Alesha no quería continuar con ese tema de conversación.

—Por favor Rowan, sólo te pido un poco más de tiempo.

—Está bien —Rowan aceptó—. De ahora en adelante mantendré mis expectativas bajo control.

Era una flagrante mentira porque su deseo por ella aumentaba a cada segundo. El tiempo que había pasado lejos de ella no habían menguado su necesidad ni un ápice.

—Gracias —Alesha sonrió de forma tímida.

Ambos habían dado un paso de gigantes: ella había obtenido tiempo, y él una meta alcanzable. Durante las semanas, meses y años en los que ella se había mantenido separada de él, siempre había creído que cuando Rowan la descubriera, su ira sería infinita, sus ansias de venganzas interminables, pero se había equivocado por completo. Frente a sí no tenía a un hombre vengativo ni colérico, sino un esposo que la miraba con atención.

—No tienes motivos para desconfiar de mí —volvió a insistir.

Era cierto. A Rowan sólo podía reprocharle una cosa: sus ausencias.

—La soledad me ha convertido en una ermitaña —admitió ella de forma contrita—. Desconfío de todo, no solamente de ti.

La silueta masculina avanzó un paso más hacia ella.

—Te enseñaré a que deje de desconfiar de todo —respondió sincero.

Rowan se mantuvo en silencio observándola. Parecía que trataba de indagar en su interior.

—Y yo trataré de ser más comunicativa y menos solitaria —admitió al fin.

—Necesito una promesa, Alesha —dijo él—. Que esta situación no se volverá insostenible ni duradera —Alesha se mantuvo en un silencio largo que a él le resultó incómodo—. Te necesito, te deseo, no permitas que lo que siento por ti sea un castigo eterno.

Las manos de Alesha comenzaron a retorcerse junto a su regazo mostrando el nerviosismo que la embargaba. Cuando habló por fin, él estaba a un sólo paso de ella.

—Te lo prometo —susurró con un hilo de voz.

—Me conoces muy bien, Alesha —contestó serio—. Mucho mejor que yo mismo —ella trató de responderle, pero Rowan le extendió la mano con una invitación—. Ven, sigamos hablando mientras alimentamos nuestro cuerpo. La cena se preparó hace tiempo y sería un desperdicio que se enfriase —tras dudar durante un instante, finalmente permitió que le separara la silla de la mesa para tomar asiento.

## CAPÍTULO 8

Alesha miró con atención la mesa que estaba adornada con un mantel de hilo blanco y bordado con flores de lis en color plata. La comida estaba servida y adornada en una vajilla con grabados de oro muy parecida a la vajilla de Stapleton House. Se le había olvidado lo rico que era su esposo. Contempló absorta los huevos escalfados con caviar en una de las fuentes adornadas con hojas de berros y acedera, así como la ensalada de salmón escabechado con trufa que le habían dado forma de corona. Cuando Rowan le ofreció una copa de champán, ella sonrió.

—Espero que te guste la cena —le dijo él.

Alesha dudó en aceptar la copa de cristal llena del champán dorado que chispeaba.

—Hace tanto tiempo que no bebo.

—Brindaremos por nuestro reencuentro.

La mujer la aceptó al fin. En las palabras de él no había ni un asomo de frialdad o desprecio.

—Estoy asombrada de lo bien que te has tomado este acercamiento. Por un momento llegué a creer que una conversación contigo sería imposible. Me alegro de haberme equivocado tanto —le dijo ella.

Rowan soltó una sonrisa que la perturbó. La tensión sexual entre ellos había disminuido hasta un nivel tolerable, y ella no dudaba de que era obra de él porque sus ojos ya no la devoraban como horas antes.

—Yo también he cambiado mucho, aunque te cueste creerlo —Alesha se relajó y se permitió un respiro—. Estuve enfadado contigo durante mucho tiempo, pero ello era debido a que desconocía tus motivos —Alesha pensó que eso parecía una crítica—. Nos habríamos ahorrado mucho sufrimiento si hubieras confiado en mí.

«Ahí está la acusación, se dijo ella».

—Rowan, aprender a confiar es una de las tareas más difíciles de la vida, lo sé por experiencia —respondió ella.

Si Alesha hubiera sido una muchacha despreocupada, si no hubiera tenido un padre melancólico, si no hubiera perdido a su madre cuando era apenas una niña, ese momento sería una mujer normal cenando con el hombre de su vida.

Rowan miró el rostro de su esposa de forma penetrante.

En ese momento, nada de sus conocimientos le iba a servir de mucho con Alesha. Ninguna de las enseñanzas que había adquirido a lo largo de su vida le valdrían para algo, porque ahora, su verdadero enemigo, era ella misma: ella y sus temores. Él sólo podía mostrarse paciente.

—Pero estoy en el camino correcto de aprender a confiar —se animó a decir la mujer.

Él contuvo su ánimo al verla tan cómoda en su presencia. El puño de hierro que había comenzado a estrujar su corazón, había aminorado un poco la fuerza.

—Créeme, ni te imaginas lo que supone para mí esta actitud tuya —respondió él.

Rowan dejó con suma elegancia la copa encima del mantel para rendirle los honores de servirle el bocado más exquisito de cada plato.

Ella se dedicó a observarlo mientras cenaban.

—Es asombroso como ha pasado el tiempo para nosotros —dijo al mismo tiempo que lo observaba como el noble que fue en el pasado, y no como el hombre que era en la actualidad.

Su rasgo más distintivo eran sus ojos. Poseía unas largas pestañas que serían la envidia de

cualquier mujer, y bajo unas perfectas cejas arqueadas que realzaban los brillantes zafiros que iluminaban su rostro anguloso. A veces había creído ver el universo en sus ojos. Y su apariencia era impecable, de modales exquisitos. Era el perfecto caballero de conversación fluida, atenta, y que lograba con cada mirada penetrante hacer que una mujer se sintiera la más especial de todas... desde el primer encuentro entre ambos tenía esa capacidad de seducción.

—Tú, en cambio, estás más seductora si eso fuese posible, aunque sigues teniendo ese rostro de pilluela —Alesha no se molestó pues era cierto que su rostro seguía siendo el de una muchacha que apenas comienza a vivir, pero su alma era todo lo contrario, la sentía vieja, cansada, pero se dedicó entre bocado y bocado a analizar la figura de él.

Ella pensó que Rowan debía dedicar varias horas al día a duros entrenamientos para tener esos músculos tan bien definidos.

—Adoro cabalgar —le dijo él.

Ella sonrió al escucharlo.

—¿Cómo has adivinado lo que pensaba?

Rowan se adelantaba sus pensamientos.

—Eres un libro abierto —respondió.

—Cuando te vi la primera vez en aquel baile, pensé que eras un hombre afortunado porque habías heredado una buena genética.

—Sí —respondió él—. Siempre he sido un hombre afortunado.

Fijó los ojos en la cena acabada. Todo había sido tan delicioso que ya no se acordaba de lo estimulante que podía ser una cena en compañía de un hombre encantador, y compartiendo comentarios triviales. Inspiró de nuevo y movió las últimas burbujas del champán con ojos de oscura melancolía, y en un debate continuo de lealtades.

—Mi fortuna por uno de tus suspiros —bromeó él.

Alesha alzó los ojos sin poder sonreír la broma. Él, conocía sus pensamientos mejor que ella. Sus razonamientos era un crescendo que iba a terminar por ahogarla.

—¿Alguna vez has sentido que te has equivocado al tomar la decisión de casarte conmigo? —le preguntó muy seria. Rowan negó en silencio la pregunta hecha en un susurro. La mujer bajó los ojos completamente abrumada por el sentimiento de culpa porque ella sí lo había sentido—. Ahora me siento desleal.

Rowan se puso trascendental pues la situación lo requería.

—Puedo asegurarte que nunca te equivocaste al aceptarme —Alesha lo miró perpleja y con la esperanza asomando por sus pupilas—. Eres una excelente mujer, aunque una pésima esposa.

Sus palabras no la habían molestado porque eran ciertas. Como condesa de Shildon tenía mucha responsabilidad, y había tratado de desentenderse desde el mismo principio. No se había preocupado en llevar la dirección de Stapleton House como señora de la casa. Había dejado esa responsabilidad en el mayordomo y el ama de llaves. Había asistido a las reuniones y bailes con hastío, y se había involucrado poco con los servicios sociales que se esperaban de ella.

—¿Por qué motivo te gusta tanto viajar? —quiso saber ella.

Rowan pensó muy bien en la respuesta que podría ofrecerle. Quería ir con pies de plomo para no avivar de nuevo su desconfianza ahora que parecía que existía una cierta cordialidad entre los dos.

—Mi abuelo comenzó un imperio que continuó mi padre con el ferrocarril. El mundo avanza y no podemos estancarnos, además, ver otras ciudades, otras culturas, nos hace ser más objetivos —Alesha volvió a quedarse callada asimilando la información que le ofrecía—. Podías haberme

acompañado en mis viajes —continuó él en un tono de voz más bajo—, si me hubieses explicado tus inquietudes...

Alesha se quedó pensativa unos instantes.

—Soy una persona tranquila por naturaleza, y me pone nerviosa cada movimiento que me saque de mi lugar de placidez.

Apuntó pensativa.

—Eso me lo dejaste muy claro cuando renunciaste a nuestra luna de miel en Italia —contestó él.

—¿Y qué tiene de malo Bath?

Bromeó porque Rowan no disfrutó con la ciudad de los baños.

—Siempre he querido lo más especial para ti, y Bath se encontraba relativamente cerca de Stapleton House.

—Lo sé —contestó casi en un susurro—, pero me agobia todo lo que no conozco.

—Viajar a otros lugares, conocer a otras personas es también una forma de madurar.

—Algunas veces me gustaría pensar como tú —era un pensamiento dicho en voz alta.

Rowan la miró asombrado.

—¿Lo dices en serio? —inquirió él—. No te gusta viajar, cabalgar. No disfrutas con las reuniones sociales, apenas te conozco amigas...

Alesha lo interrumpió.

—Fui una niña solitaria criada por un padre viudo —le recordó—. De pequeña no tuve amigas, de adolescente tampoco.

Ese aire de sufrida nostalgia en sus ojos era lo que más le había atraído de ella en el baile. Alesha era completamente diferente al resto de debutantes.

—Pero una vez casada pudiste enmendar esa circunstancia. Como condesa de Shildon podrías tener el mundo a tus pies —Alesha asintió—. Nadie te negaría nada, complacerían hasta el más insignificante de tus caprichos.

—Pero yo no soy así —lo cortó ella—. Me abruma el lujo, y la popularidad no iba conmigo.

—Eres condesa de Shildon, tienes una responsabilidad.

Alesha bajó la cabeza durante un segundo, otro después lo miró decidida.

—Soy condesa gracias a ti y puedo gozar de innumerables privilegios, pero también soy consciente de los falsos amigos que buscan medrar gracias a ingenuas como yo.

—Deberías aprovechar las ventajas que tu rango te otorga —le dijo él con rostro serio.

—¿Y volverme como esas nobles de cabeza hueca que sólo piensan en la moda y en las fiestas? —Alesha seguía pensativa—. Me moriría de tedio.

—Tu deber como condesa implica mucho más que seguir la moda y asistir a eventos.

Rowan acababa de ponerla en su sitio con ese simple comentario.

—Siempre me hice la misma pregunta, ¿estaría a la altura?, porque me aterra no alcanzar las expectativas que tu título me impone —reveló al fin—. Lo que tú esperas de mí.

—Eres mi esposa, y por matrimonio condesa de Shildon.

Pero Alesha no le contestó, se mantuvo en silencio con una mirada de auténtica desdicha. Unos momentos después soltó un suspiro largo.

—¿Seré digna de tan grande honor?

Rowan se bebió el brillo de los ojos de ella con un suspiro que dejó incompleto. Estaba muy hermosa sentada frente a él, y Rowan ignoraba cómo controlaba la gran necesidad que sentía de abalanzarse sobre ella y abrazarla.

—Cuando estés preparada, posiblemente lo sabrás —la respuesta la dejó más perpleja todavía.

—¿Y si eso no sucede nunca?

En ese momento a Rowan no le importó el pasado, ni que ella lo hubiera dejado con la explicación más absurda de todas.

—¿Quieres que renuncie a mi título? —claramente se burlaba de ella.

—Eso que dices es una sandez —respondió—. Tus privilegios te permiten hacer grandes cambios —continuó—. ¿Cómo podrías renunciar a eso?

Rowan desvió la vista del mantel para fijarla en la mirada de Alesha al mismo tiempo que cruzaba de forma descuidada una pierna sobre la otra, como tomándose su tiempo antes de responder.

—Tengo la oportunidad de lograr grandes cambios, es cierto —la mujer lo miró con ojos especulativos—. Pero ninguno sería lo suficientemente placentero de alcanzar si no estás a mi lado.

Esas palabras eran un verdadero elogio.

—A veces siento que vivo entre dos mundos sin pertenecer en realidad a ninguno: Alesha la debutante hija de juez, y la Alesha esposa del conde de Shildon —Rowan no le respondió de inmediato.

Siguió bebiendo de su copa con naturalidad.

—Alesha... —ella alzó la frente al oír su nombre en sus labios. El sonido había pasado junto a su oído como un susurro aterciopelado—. Deja de preocuparte, por favor.

Sí, tenía que hacerlo.

—No puedo evitarlo —Rowan negó con la cabeza varias veces antes de volver a llenarle la copa.

—Soy fuerte, estoy capacitado para sobrellevar tu carga. Permíteme que lo haga.

La espalda de Alesha se tensó como si fuese la cuerda de una guitarra en el mismo instante que la voz de él penetró en su mente. Durante la cena había olvidado su más recóndito temor, pero la cruda realidad volvió a poner distancia entre los dos.

—Ya lo hago —respondió.

Rowan supo que mentía, que lo decía para tranquilizarlo.

—Te veo cansada.

—Lo estoy —el miedo siempre producía agotamiento tanto físico como mental—. Si no te importa, me iré a dormir.

—Que descanses.

Rowan vio cómo se alejaba llena de dudas otra vez, sin embargo, en esta ocasión, no trató de detenerla. El avance que había conseguido esa noche le sabía con el mismo regusto amargo de la victoria, pero había dado un paso decisivo de acercamiento.

Alesha ya no parecía bloqueada en sentimientos negativos, había abierto una brecha en la coraza que se había puesto, y, para un hombre como él, ese poder resultaba una verdadera tentación.

## CAPÍTULO 9

Los siguientes días fueron tranquilos. Alesha se dedicó a conocer la casa y a los integrantes del servicio. Todos eran más jóvenes que la servidumbre de Stapleton House, pero era algo normal puesto que la casa de Londres no era tan antigua como la de Darlington.

La convivencia entre ambos era muy cordial, y Alesha se propuso hacer actividades con su marido como cabalgar. Cada mañana se levantaba temprano y lo esperaba con la montura preparada. Los primeros días pidió una yegua mansa, después se atrevió con una más enérgica. Los paseos por Hyde Park le gustaban especialmente, y todo transcurría feliz, hasta que llegaron las invitaciones. Rowan Malory, cuarto conde de Shildon, era un personaje muy conocido para mantener su estancia en Londres en el anonimato.

Finalmente, Alesha supo que debía ceder y comenzar a aceptar las diversas invitaciones. La primera cita a la que asistieron fue a un picnic a las afueras de la ciudad, como los invitados eran apenas seis, y dos de ellos amigos de su esposo, la velada resultó tranquila, pero esa noche debían asistir a una fiesta en Rogeville, la residencial del marqués de Wicombe, y Alesha estaba nerviosa.

Descendió por la escalera con el alma en suspenso, su esposo la estaba esperando, vestido de etiqueta le quitaba la respiración.

Rowan la miró con interés al contemplar el atuendo de su esposa. Iba impecablemente vestida con un vestido de seda azul, tenía bordados en la cintura del corpiño margaritas blancas. Llevaba un recogido elaborado, la doncella le había colocado unas florecillas blancas que simulaban margaritas. Los pendientes de diamantes que habían pertenecido a su madre brillaban en sus bonitas orejas. No llevaba el anillo de esmeraldas en el dedo que él le había colocado el día de la boda, y no tuvo que sumar mucho para saber que lo había empeñado. Ningún joyero lo compraría porque la esmeralda Shildon sería un verdadero problema para revenderlo sin que llegase a sus oídos. La miró de arriba abajo y la encontró muy seductora a pesar del vestido recatado.

Reprimió a duras penas el impulso de besarla. Esa mujer lo estaba volviendo loco. ¿Lo estaba volviendo? ¡Nunca había dejado de estar loco por ella! Admitirlo para sí mismo le costó una vida.

—¿Dónde empeñaste tu anillo de boda? —le preguntó.

Alesha lo miró turbada.

—En Merringtonlumley, al este de la ciudad de Sunderland —respondió avergonzada al mismo tiempo que se cubría la mano que no llevaba el anillo con la otra—. Lo siento —se disculpó sincera—, busqué un establecimiento poco conocido.

—Necesito el resguardo —le dijo él—. Tengo que recuperarlo.

Ella hizo un gesto afirmativo y se giró rápida para emprender la subida. Rowan miró su marcha perplejo. Él no se refería a ese momento, pero decidió esperarla. Ella regresó un momento después con el papel del empeño. Lo cogió cuando ella se lo ofreció. Un instante después el mayordomo llegó con la capa y los guantes de la señora, Rowan tomó la capa para colocársela él mismo.

Con esos gestos de caballerosidad podía tocarla sin que ella protestara.

—¿Estás lista? —le preguntó.

Alesha hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Rowan la precedió y bajaron las escalinatas. El carruaje con el sello condal los esperaba al final. El palafrenero abrió la puerta del coche, y Rowan la ayudó a subir. Alesha se acomodó el vestido para que no se arrugara y soltó un suspiro largo, como para prepararse ante lo que se avecinaba.

En Rogeville se encontraba la flor y nata de la aristocracia londinense. Alesha se perdió entre tantos nombres pomposos y vestidos de gala. Las mujeres vestían de forma descomunal sin reparar en gastos: terciopelo, chiffon, georgette, satenes, y, de un colorido tan rico y variado, que su propio vestido parecía demasiado sencillo.

El vestíbulo principal de la casa era tal y como se esperaba: fastuoso. Alesha se paró durante unos segundos para admirar los óleos que había colgados en la pared. Ignoraba qué iba a encontrarse, pero en todo caso nunca una casa tan llena de gente.

El mayordomo de librea plateada los anunció

—El conde y la condesa de Shildon.

Se hizo el silencio, y la mayoría de invitados se giraron hacia ellos. Rowan la sujetó del codo y la animó a avanzar.

Un minuto después el bullicio la sobrecogió.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó casi en un susurro.

Alesha hizo un gesto negativo con la cabeza. No estaba nerviosa sino inquieta porque hacía mucho tiempo que no estaba en un lugar con tantas personas reunidas. Se dedicó durante un buen rato a observar los diversos objetos que había sobre los muebles.

—¡Rowan! Cuánto me alegro de verte —el hombre que saludaba a su esposo era de mediana edad y de porte distinguido—. ¡Sin ti Londres parece vacío! —exclamó el hombre con una sonrisa.

—Permite que te presente a mi esposa —le dijo él—, Alesha, te presento a lord Selby, nuestro embajador en París.

Ella lo saludó cordial.

—Es un placer, lady Malory.

Alesha se sonrojó ante el escrutinio del hombre. Y durante la siguiente hora estuvo escuchando noticias sobre la embajada inglesa en la ciudad de París, también sobre la política del reino, y las últimas andanzas del rey.

—¿La estamos aburriendo lady Malory? —inquirió el hombre.

—En absoluto, lord Selby, siempre es agradable escuchar avances de otras cortes europeas.

Rowan le sonrió con infinita paciencia al escuchar su tono formal.

—¿Tienen pensado asistir al próximo baile que dará el duque de Arringthon?

Alesha miró al hombre cauta pues no estaba segura de dar una respuesta afirmativa o negativa.

—La asistencia a los eventos depende de mi esposo, lord Selby —apuntó decidida.

A Rowan le parecía imposible escuchar semejante afirmación cuando eran las mujeres las que decidían sobre los diversos eventos y reuniones.

—Tienes que explicarme por qué motivo has mantenido alejada a lady Malory durante tanto tiempo, no la veía desde el día de vuestra boda.

Rowan iba a decir algo pero ella lo interrumpió. Alesha se sentía mortificada por su esposo, ¿no le había dicho a nadie que lo había abandonado? Ese detalle lo honraba.

—He estado de viaje —respondió de forma llana.

El embajador miró con censura a Rowan que hizo un gesto casi imperceptible con los hombros.

—Imagino que a las colonias.

Rowan decidió intervenir.

—Nueva York es una ciudad muy interesante —Alesha lo observó con cautela—, y ofrece infinidad de posibilidades.

—Y por cierto que no he visto todavía a lord Sullivan, y a lord Kenig, quizás no hayan llegado todavía —dijo el embajador como de pasada.

—Ambos lores pertenecen al cuerpo diplomático —le susurró Rowan a Alesha—. Hay demasiados invitados en Rogeville, quizás se encuentran en otra sala —contestó al hombre.

—¿Lo crees probable? —preguntó el embajador.

—Si mal no recuerdo suelen estar donde se encuentran las bebidas espirituosas —le aclaró con una mueca.

El embajador masculló algo ininteligible. Se disculpó y se giró para marcharse en busca de los dos diplomáticos.

—Un hombre muy interesante —dijo Alesha en voz baja.

—Lady Malory —escucharon ambos.

Hacia ellos caminaba lady Selby. Cuando Alesha se iba a dar la vuelta, Rowan la sujetó por el codo e impidió que se alejara demasiado de él, pero en el mismo momento en que la tocó, el deseo prendió en el vientre de ella de tal forma que le hizo soltar un gemido ahogado. Los siguientes minutos le resultaron eternos porque lady Selby se embarcó en una cháchara insustancial, y él estaba deseando rescatar a su esposa y llevarla a un lugar más tranquilo que el salón de recepciones.

No la soltó durante ese tiempo ni permitió que ella deshiciera el contacto íntimo que mantenían.

Mientras la veía asentir, escuchando a la anfitriona de forma educada, suspiró. El contacto entre ambos era premeditado por su parte. En un principio se dijo que era para infundirle ánimo, pero se engañaba así mismo. La necesidad que sentía de tocarla era superior a sus fuerzas. Cuando lady Selby trató de llevársela hacia un grupo de invitados, Alesha entró en pánico. Rowan actuó de inmediato, se disculpó con la anfitriona, sujetó a su esposa, y la condujo hacia el jardín situado en la parte trasera de la vivienda desatendiendo los intentos de varios invitados de interceptarlos, y cuando al fin alcanzaron uno de los rincones del frondoso jardín, Alesha se giró hacia él con las manos apoyadas en las caderas a modo de jarra, y con la mirada oscurecida.

—¿Tienes idea por un momento de lo que me provocas cada vez que me tocas aunque no sea de forma intencionada? —Rowan optó por mantenerse callado, aunque no borró la sonrisa de sus labios—. Tienes que tratar de mantenerte a una distancia prudente cuando estamos rodeados de extraños.

—¿A distancia de ti? Imposible —respondió el otro en voz baja.

Ella lo miró con súplica.

—¡Me descentras! Cada vez que me tocas, me provocas caos —Rowan amplió la sonrisa, y ella lo miró compungida.

Acababa de admitir el poder de atracción que tenía sobre ella una vez más.

—Alesha, yo siento exactamente lo mismo por ti. Cada vez que te toco, salto al vacío —ahora los abrió completamente perpleja.

Que él admitiese su debilidad por ella la dejó enmudecida, pero reaccionó antes de dar un

paso en falso.

—Mayor motivo para que te controles —volvió a pedirle—. Me moriría de la vergüenza si nos convierten en un chisme en nuestra primera aparición en público después de tanto tiempo.

Rowan alzó la mano para coger la de ella, aunque lo pensó mejor, la bajó de nuevo tratando de resistir el impulso ciego de besarla.

—Cada vez que te toco, cada fibra de mi ser se estremece con una descarga que soy incapaz de controlar. Cuando mi piel roza la tuya, todas las sensaciones parecen desvanecerse en una zambullida aleatoria que me sumerge en un volcán que me abrasa los intestinos con un deseo que me atormenta, y cuando pones distancia entre los dos, es como si me rodease la negrura de la noche eterna. El aire se vuelve tan pesado que me resulta imposible de respirar... —Alesha se había puesto mortalmente seria—. Dime, ¿es lo mismo que sientes tú?

Su declaración se le había clavado en cada poro del cuerpo con una marca que no iba a poder borrar en la vida.

—Cuando me tocas, ya no me siento perdida —respondió llana y sencillamente.

El pecho de Rowan se llenó de un sentimiento desgarrador, y respiró profundamente. Alesha se había cubierto con la coraza de siempre.

—¿Por qué negarnos lo que sentimos el uno por el otro? —le preguntó él.

—Porque el deseo que me provocas no logra que olvide el miedo que siento, y, de los dos, creo que el segundo es el más fuerte —ella lo hería de nuevo.

Se dio la vuelta y enfiló la entrada hacia el interior de la casa sin esperarlo. Rowan, tras un momento, la siguió golpeado nuevamente por sus palabras. Intentó abrirse paso entre algunos invitados antes de que ella alcanzara el último escalón de subida.

—¡Cuidado, Alesha!

Algo la empujó con fuerza, la desequilibró, y ella no pudo asirse a nada. Cayó por los escalones rodando. Afortunadamente la escalinata del jardín era de suave pendiente y sólo tenía cuatro escalones. Rowan se abalanzó sobre ella para sujetarla aunque no llegó a tiempo.

—¿Lo has visto? ¿¡LO HAS VISTO!?! —gritó la mujer fuera de control.

Pero Rowan sólo la miraba a ella, no sabía con qué había tropezado. Cuando se aseguró de que ella estaba bien, le ordenó que se metiera en el carruaje pues regresaban a Scaffell Park. Rowan se disculpó con los anfitriones que se espantaron al saber la caída de ella en el jardín. Cuando Rowan se introdujo en el interior del carruaje junto a ella, Alesha temblaba como una hoja. Estaba atarida, casi en estado de shock, Rowan maldijo por lo bajo porque mucho se temía que todo el camino andado hasta ahora, no habría servido de nada si ella entraba de nuevo en pánico.

—No vi qué te provocó la caída —se disculpó al mismo tiempo que la miraba de arriba abajo sin ocultar un brillo oscuro preocupación.

Alesha era la imagen misma de la desolación.

—Yo tampoco —le informó poco después en un tono neutral—. Andaba demasiado distraída, e ignoro con qué o quién tropecé.

—Puede ser una circunstancia casual, ¿verdad?

Ese detalle hizo que frunciera sus labios.

—Puede ser —le dijo seria.

Alesha seguía algo conmocionada, y Rowan esperaba que le hiciera preguntas, pero ella guardaba un silencio preocupante. Golpeó el techo del carruaje para que comenzara la marcha.

—¿Sigues asustada? —preguntó él.

Alesha negó. Contra todo pronóstico no lo estaba. Rogeville estaba tan llena de invitados que incluso el jardín principal y el posterior estaban abarrotados. Cuando subió la escalinata, nadie se interpuso en su camino, pero puede que en el último escalón algo la desestabilizara desde atrás... como en Stapleton House, pero entonces, ¿cómo no lo había visto Rowan que había quedado detrás de ella?

—Realmente estoy preocupada —fue su sencilla respuesta.

—¿Por qué? —inquirió él con sorpresa.

—Porque Rogeville no es Stapleton House, nadie de allí sabe que estoy aquí contigo, ¿verdad?

—Le envié un mensaje a mi administrador.

Alesha cerró los ojos.

—¿Sigues dudando de mi palabra? —le preguntó ella.

No, Rowan no dudaba salvo que él no había visto a nadie que la empujara. Posiblemente se había pillado el ruedo de su amplio vestido, y había perdido el equilibrio. Pero no él no la tenía por una patosa ni por una sicótica.

Alesha suspiró hondo y soltó el aire de forma lenta. Se giró brevemente hacia él.

—No estoy loca Rowan, es la segunda vez que me empujan, se repite la misma historia de Stapleton House.

—Me cuesta asimilar que quieran hacerte daño —respondió con voz baja y sin dejar de mirarla—, pero he visto tu caída, y estoy realmente preocupado.

Alesha se quedó callada unos instantes.

—En el jardín estaba tan pendiente de ti que no me percaté de nada —eso tenía su lógica porque a él le ocurría lo mismo—. Bajé la guardia, pero mis sospechas son ciertas, no estoy equivocada.

—Voy a llegar al fondo de este asunto Alesha, lo juro.

—Confío que ahora aceptes que no soy una maniática compulsiva —le dijo.

—Nunca lo había pensado.

—¿Estás seguro?

No, no podía estarlo porque ella siempre se había mostrado distante, poco comunicativa y muy solitaria.

—Por ese motivo tengo que hablar con una persona —le dijo él.

—¿Con quién? —quiso saber ella.

—Con alguien que puede protegerte cuando yo no esté a tu lado.

Alesha resopló.

—Estabas conmigo en el jardín —le espetó con sequedad.

—Lo sé —respondió—. Y me siento terriblemente culpable.

## CAPÍTULO 10

El carruaje se detuvo cerca de unos sauces llorones que tenían las ramas tan bajas y frondosas que llegaban a rozar el suelo. A esa hora de la mañana, el Holland Park estaba prácticamente vacío.

Rowan le ordenó al cochero que esperara antes de asomar la cabeza por la ventanilla y clavar sus ojos azules en el rostro de su esposa. Alesha se había negado a quedarse sola en la casa porque todavía tenía el susto en el cuerpo.

—Quédate aquí, y no es una sugerencia —le dijo el esposo muy serio.

Rowan enfiló el sendero que quedaba hacia la derecha del camino donde estaba situado el carruaje. Lo contempló alejarse con paso decisivo, y ella tomó la decisión de no seguir esperando en el carruaje. De forma sigilosa abandonó el interior y se fue ocultando entre las adelfas al mismo tiempo que caminaba hacia donde estaban las dos figuras conversando en murmullos.

—Lady Malory —dijo una voz tras su espalda.

Era el palafrenero que la había seguido. Ella había estado tan absorta tratando de escuchar la conversación que mantenía Rowan con el desconocido, que no se había percatado de que la vigilaban a ella.

—Regrese al carruaje, por favor —insistió el sirviente.

Ella se mantuvo en silencio, pero Rowan había escuchado las palabras del palafrenero. Alesha lo vio entrecerrar los ojos con enfado al comprender que le había desobedecido.

—¡Te dije que me esperaras dentro del carruaje! —la irritación era claramente manifiesta en el tono de la voz.

—Me siento más segura contigo —le replicó sin dejar de mirarlo—. Y hace bochorno en el interior del carruaje.

Rowan resopló al mismo tiempo que le recriminaba al sirviente su descuido.

—Está bien Peter, yo me ocuparé de lady Malory.

El sirviente regresó al carruaje donde esperaría junto al cochero. Alesha clavó los ojos en el hombre enjuto y de mediana edad que miraba distraído hacia un punto indeterminado del parque.

—Bill, te presento a mi esposa, lady Malory.

El hombre le prestó atención. Alesha le tendió su mano para saludarlo.

—Un placer lady Malory —el hombre dijo las palabras con tono neutro, y Alesha sintió de pronto desconfianza.

No parecía un hombre de la clase de su marido. Vestía ropas elegantes pero de telas más baratas. Llevaba un sombrero ladeado, y guantes en las manos que no se había quitado.

—Alesha, te presento a Bill Connor mi hombre de confianza.

Ella ignoraba a qué se refería la palabra *hombre de confianza*.

—Es un placer lord Connor —dijo sin dejar de mirarlo.

—¡No soy milord, lady! —la corrigió—. No pertenezco a la nobleza.

—Lamento mi equívoco —se disculpó.

Rowan seguía en un profundo silencio.

—¡Por Dios milady no hay nada que disculpar! —exclamó el hombre con un brillo de humor en sus ojos castaños.

Alesha dejó de mirar al hombre para clavar sus ojos en su marido que seguía en silencio tras

la presentación.

—Bill Connor es un investigador privado —le explicó Rowan—. Puedes hablar en su presencia, Bill —dijo Rowan con voz suave.

—No me gustaría soliviantar a la dama —se excusó el hombre.

A él no le atraía mantener según qué tipo de conversaciones delante de mujeres, se consideraba un caballero aunque no tenía título. Y hablar de asesinos no era tema de buen gusto para nadie, pero sobre todo para oídos tan delicados.

—Bill ya está al corriente de tus sospechas... —le dijo él a ella.

Alesha apretó los labios porque la hacía parecer una neurótica.

—¿Podría hablar con su padre, lady Malory? —preguntó el hombre.

Rowan cruzó los brazos al pecho al mismo tiempo que separaba ligeramente las piernas al escuchar la petición.

—Mi padre no se encuentra en Inglaterra —le explicó—. Lleva varios años en Estados Unidos. Hace mucho tiempo que no mantengo contacto con él.

Si al hombre le extrañó la respuesta de ella, no lo demostró.

—¿Existiría alguna forma de contactar con él?

Rowan seguía expectante. Imaginaba el motivo por el que Bill deseaba mantener una conversación con el juez Darrell Watts.

—Mi esposa puede facilitarte su dirección actual.

Alesha hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Contempló la amplia sonrisa de Rowan cuando la miró, y una oleada de dicha la golpeó con fuerza dejándola momentáneamente mareada.

—¿Por qué motivo desea hablar con mi padre? —le preguntó.

Bill no quería compartir con la mujer las líneas de investigación que pensaba seguir. El conde de Shildon había sido muy explícito, y él ya tenía algunas sospechas, salvo que era demasiado pronto para notificarle nada.

En el pasado había hecho varios trabajos para el conde, y había recibido una generosa remuneración, sin embargo, ahora mantenían una estrecha amistad.

De repente, otro hombre con capa y sombrero se acercó a ellos.

—Lord Malory, siento llegar tarde —se excusó.

A ella le parecía ilógico que mantuvieran una conversación en medio de un parque donde ojos y oídos indiscretos podían escuchar la conversación que mantenían.

—Alesha, te presento a John Dowson, inspector de Scotland Yard.

—Lady Malory —la saludó el hombre.

John Dowson se fijó en la mujer, parecía frágil, pero estaba seguro de que era solo una impresión momentánea porque percibía en ella una férrea determinación, podía verlo en la profundidad de su mirada.

—Por favor no me tomen por una loca —les dijo ella a ambos.

Rowan se volvió hacia Alesha al escucharla. ¿De verdad creía que la tomaban por una desquiciada?

—Podríamos continuar esta animada charla en un lugar menos concurrido y más privado —sugirió el inspector.

Algunos caballeros comenzaban a pasear con sus sementales por los diferentes senderos del parque.

—Tienes razón, vayamos a Chaircoffee —sugirió John—, allí podremos hablar sin interrupciones.

Rowan hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Mi esposa y yo os seguiremos, tenemos el carruaje aquí mismo.

Alesha le tendió la mano a Rowan que la tomó rápido.

El corto trayecto les llevó menos de quince minutos. Uno de los rincones del café era el más idóneo para mantener una conversación privada pues hacía de reservado para parejas que querían compartir una cierta intimidad sin ser molestados por clientes gritones. Tras el saludo inicial y las correspondientes presentaciones, el dueño del local les llevó una tetera llena. Abrió un biombo chino para mantenerlos apartados del resto de clientes, aunque a esa hora de la mañana no había nadie.

Rowan la observaba con curiosidad. Los movimientos casuales de Alesha cuando hablaba con el inspector y el investigador lo atrapaban por completo. Se dijo que podría estar eternamente observándola. Ella se pasó la servilleta blanca por la comisura de los labios para eliminar el resto de té, y, ese simple gesto, hizo que el corazón de Rowan se tensara con un dolor agudo. La noche anterior en la fiesta había recibido un buen susto al caerse por la escalinata del jardín, y, sin embargo, ahora se comportaba como si nada hubiera ocurrido.

—¿Cómo se conocieron? —le preguntó Alesha al investigador.

—¿Se refiere a su esposo y a mí? —preguntó a su vez el hombre.

Alesha hizo un gesto con la cabeza.

—Nos conocimos en la universidad —respondió el hombre.

La entrada en la universidad de hombres sin título era realmente difícil porque normalmente los padres no podían costear los elevados gastos universitarios. Como si Bill le hubiera leído el pensamientos, le sonrió.

—Mi padre se casó con una americana adinerada en uno de sus muchos viajes a las colonias.

Ahí estaba la explicación se dijo Alesha, y se preguntó por qué motivo Rowan no había comentado entre sus amistades su ruptura y abandonado. La convivencia mutua había durado poco. A los dos años de casados, Rowan había efectuado un total de ocho viajes, tres de ellos de varios meses.

Rowan terminó por apurar su café de un trago ajeno a las elucubraciones de su esposa.

—¿Hacen investigaciones en conjunto?

Se refería al investigador y al inspector de Scotland Yard.

—Cuatro ojos ven mejor que dos —apuntó John Dowson.

—¿Cómo llegaron a la conclusión de compartir sus habilidades de investigación? —siguió preguntado realmente interesada.

Ahora fue Bill el que respondió, y puntualizando cada palabra.

—Un caso de asesinato —respondió Bill—. La familia de la muchacha me contrató de forma independiente —siguió informando—. John Dowson resultó ser de una ayuda muy valiosa.

El mencionado cruzó una pierna sobre la otra. Alesha estaba fascinada de poder conocer detalles sobre diversas investigaciones. Rowan seguía callado.

—Tú, nos indicaste otro hilo del que tirar.

—¿Cómo fue eso? —los ojos de Alesha brillaban de interés.

—Habíamos llegado a un callejón sin salida —le explicó John—. Pero Bill había hecho sus propias averiguaciones, y pudo avanzar allí donde nosotros nos estancamos.

—¿Cómo es posible? —preguntó atónita.

—Porque normalmente los testigos suelen ser poco comunicativos con la policía —apuntó Rowan por primera vez en la conversación.

—Les provocamos desconfianza y desinterés —siguió diciendo el inspector.

—Y ahí entramos los investigadores privados —medió Bill.

—¿Qué descubrió señor Connor? —preguntó ella.

Rowan desvió los ojos de Bill hacia Alesha con una preocupación en su profundidad que no supo disimular. ¿Por qué motivo se interesaba ella por los detalles escabrosos de un asesinato?

—Que normalmente un asesino suele ser un conocido de la víctima.

Esa información le supuso a ella una debacle.

—¿Un... un conocido? —apenas le salía la voz.

—Amigo o familiar —siguió informando Bill.

Alesha se llevó la mano a la boca para contener un gemido. Rowan lamentaba que ella estuviera escuchando todo eso.

—Quien mató a esa chica fue... —no podía casi hablar—, fue...

—Su tío paterno —terminó John Dowson.

El horror se dibujó en los ojos de Alesha pues le parecía inconcebible un asesinato entre parientes.

—Por eso es mejor ignorar que tratar de conocer —apuntó Rowan muy serio—. Mucha de la seguridad que sienten las personas hoy día se tambalearía si conociesen todos esos escabrosos detalles.

—Si desconocen, ¿cómo pueden protegerse? —preguntó ella con voz aguda.

Alesha estaba pensando en todas las personas que conocía, y tratando de analizar quién podría desear su muerte.

—Para eso estamos los agentes de la ley —afirmó John Dowson—, para protegerles.

—¿Por qué piensa que desean atentar contra su vida? —le preguntó Bill.

A Alesha se le borró la sonrisa de los labios ante la pregunta que le formuló el investigador.

—Porque he sufrido varios accidentes a los que no puedo llamar fortuitos.

Durante la siguiente hora, Alesha les fue informando de la indisposición que sufrió con una comida. Del accidente de carruaje, y del empujón por las escaleras, además añadió la caída por las escalinatas la noche anterior.

Los tres hombres se quedaron pensativos durante un instante meditando las palabras que les había ofrecido ella.

—Tendré que desplazarme a Darlington —dijo Bill de pronto—. Y también haré una visita a Stapleton House.

Alesha lo miró atenta.

—¿Consideras necesario que te acompañemos? —preguntó Rowan.

—¿Acompañarme? —repitió Bill—. No lo estimo necesario.

—Puedes indagar en Stapleton House todo lo que necesites —afirmó el conde—. El mayordomo tiene la orden de mostrarse discreto y cooperativo.

Alesha clavó su mirada en los ojos azules de su esposo. Igual estaba equivocada y la persona que buscaba hacerle daño no se encontraba en el servicio e la casa.

—Lamento los inconvenientes que la investigación cause en el personal de la casa —se disculpó ella.

—Sólo me importa tú seguridad —le recordó Rowan.

—Lo sé —respondió agradecida—. Y no sabes cuánto me alivia saberlo.

Rowan mantenía los ojos entrecerrados. Alesha parecía encontrarse muy a gusto junto al inspector de policía y junto al investigador, y entonces se dio cuenta de lo aliviada que se sentía

de poder contar con ellos.

—Confío que me mantengan informada de sus avances —les dijo con una sonrisa.

—No lo harán —la contradijo Rowan.

Alesha echó la espalda hacia atrás para apoyarse en el respaldo de la silla mientras lo miraba perpleja.

—¿Por qué? —quiso saber.

Rowan no quería explicarle que su tranquilidad era lo más primordial para él, y que por eso no quería que se sintiera insegura o agobiada con los resultados de la investigación. Él decidiría, una vez tuviera todos los hilos atados, si hacerle a ella partícipe o no de lo que descubrieran tanto Connor como Dowson.

Alesha no sabía qué pensar al oír la negativa tajante de su esposo.

—¿Seguiremos mientras tanto en Scafell Park? —preguntó convencida de que su esposo diría que sí.

Rowan pensaba a toda velocidad.

—Según avance la investigación —afirmó sin un parpadeo.

Alesha tembló solo de pensar en la persona que quería hacerle daño. ¿Seguiría en Stapleton House o se habría desplazado a Londres?

—Confíe en su esposo, lady Malory —le aconsejó el inspector de policía.

—Es el mejor tirador del reino —dijo Bill sin dejar de mirarlo.

Estaba clara la admiración que ambos hombres sentía por su marido.

—Desde luego que me tranquiliza que mi esposo tenga tan buena puntería, pero preferiría que no tuviera que demostrarlo.

Rowan medio sonrió de lado al escucharla.

—Bill y John también son expertos tiradores —le explicó Alesha llanamente—. A menudo hemos competido... —Connor lo interrumpió.

—No creo que a su esposa le agrade escuchar nuestra rivalidad en esos asuntos.

—Es cierto —admitió Dowson—, no queremos quedar en ridículo a tu lado.

Alesha sonrió abiertamente. Le gustaba esos dos hombres. Le parecían muy competentes y buenos amigos.

—Tenemos que irnos —dijo Bill Connor de pronto—. Tenemos mucho trabajo pendiente por hacer.

Los dos hombres se despidieron de ambos y se marcharon. Rowan seguía con una mirada indescifrable en el rostro. El dueño del local les puso sobre la mesa un plato con pastelillos diversos. Alesha se dio cuenta de que estaba hambrienta. Habían salido tan temprano de Scafell Park que no habían desayunado, pero se alegraba enormemente de haber insistido porque así había conocido a dos hombres muy interesantes, y confiaba que pronto le dieran noticias sobre la investigación.

Nada en el mundo le gustaría más a Alesha que dejar de temer por su vida.

## CAPÍTULO 11

Seguía mirando por la amplia ventana la espectacular vista del jardín trasero. Scafell Park la hacía sentir cómoda y relajada, todo lo contrario de Stapleton House. Se apartó de la ventana de forma renuente mientras miraba el reloj. Rowan estaba sumido en un silencio pacífico en el confortable sillón de piel. Leía un libro completamente absorto.

Ella seguía esperando impaciente. Había pasado una semana desde la reunión en Holland Park de ellos con el investigador privado y el agente de Scotland Yard, y no tenían noticias al respecto.

—Pareces nerviosa —le dijo su marido que había alzado la vista del libro para mirarla a ella.

—Impaciente —reconoció.

Rowan detuvo los ojos en los labios de ella con una emoción que Alesha no se animó a descifrar. Se frotó la palma de la mano en el tejido de su vestido de muselina verde tratando de mitigar la incipiente incomodidad, y el hormigueo que comenzaba a bullir en su estómago.

—Cuando me miras así me provocas inquietud —confesó ella.

La boca de él se curvó en una sonrisa enigmática que no fue a más porque ella decidió darle la espalda.

—Me encanta mirarte, y me gusta que mi afecto sea el causante de tu inquietud —repitió él.

Alesha suspiró profundamente por la alusión que él había hecho del afecto que le profesaba. Se volvió para mirarlo.

Le dolía la banalidad con la que él usaba la palabra afecto.

—El afecto nunca ha sido un problema en nuestra relación —respondió. Rowan le sostuvo la mirada con una dignidad tenaz y elocuente—. Otra cosa muy distinta es el amor...

Rowan hizo un leve encogimiento de ceño porque ella hablaba en pasado.

—¿Sabes una cosa? —comenzó—. En el verdadero amor poco importa si el otro no ama —terminó de forma natural—, porque el que ama siempre está dispuesto al sacrificio.

¿Por qué motivo le decía eso? Se preguntó Alesha. Su palabras dichas sin rencor le hizo saltar con un respingo inesperado: la había sentido como una mordedura de serpiente.

—El verdadero amor... —Alesha tragó con fuerza—, puede convertirse en un arma de doble filo.

Al momento se arrepintió de sus conclusiones. Rowan dejó el libro con sumo cuidado encima de la mesita sin dejar de mirarla.

—Parece que te lamentas por tus palabras, pero no te preocupes por mis sentimientos porque han sufrido ultrajes mucho peores, y como ves, sigo intacto en tu empeño de herirme a cada momento.

La vergüenza tiñó las mejillas de Alesha tras escuchar su resignado sarcasmo.

—Discúlpame —le dijo al fin—. Mi lengua va más rápida que mi cerebro.

—Tienes que confiar en mí —le dijo él.

Esas palabras contenían un peligro mortal para ella. Si confiaba, se rendiría a lo inevitable: amarlo con todo sus fuerzas. La desconfianza era el muro que la había mantenido a salvo, o eso al menos creía ella.

—Trato de hacerlo —le confesó. Rowan se fue acercando lentamente hacia ella con cuidado

de no alarmarla—. Pero me lleva más tiempo del que pensaba.

Alesha no retrocedió, aunque siguió mostrándose cautelosa y preparada para un posible ataque a sus sentidos. Ataque que iba a comenzar como siempre que se encontraban a solas. Casi temía y a la vez anhelaba esa tensión que los unía en un lazo emocional.

—Tendría que ser yo el que recelara de ti —le dijo en un susurro.

—Me lo merezco —admitió ella—, y detesto que sigas diciéndome que me quieres y que me sigas recordando lo que te herí en el pasado.

Rowan suspiró profundo.

—Es lo mismo que tú haces cuando enumeras tu desconfianza.

—Pero yo no lo hago con la intención de herirte.

—¿Y por qué supones que yo sí?

Ella se quedó unos segundos callada.

—Porque eres el adversario más fuerte en esta relación.

—Matrimonio —la corrigió—. Y que me veas como un adversario dice mucho de tus sentimientos.

Alesha soltó un suspiro largo.

—¿Nunca te das por vencido? —le preguntó.

—Un corazón inflamado de amor muere peleando aunque le digan que la batalla está perdida, ¿lo sabías? —ahora sí que retrocedió.

Rowan se quedó parado a menos de un paso de ella que no sabía qué hacer con sus manos salvo retorcerlas con nerviosismo.

—Consigues con tus palabras confundir mi corazón, lo admito —Alesha estaba perdiendo terreno.

La penetrante mirada de Rowan no le permitía una retirada decente, seguía clavada al suelo con la única protección de su orgullo.

Rowan no se dio por vencido.

—¿Te das cuenta de lo absurda que sueñas? —Alesha dio otro paso hacia atrás y quedó con la espalda apoyada en el enorme cristal de la ventana—. Me juzgas por las acciones de otro, sobre todo cuando nunca te he causado ningún daño emocional o perjuicio físico.

Esa era una verdad aplastante.

—No te hablo de otro cualquiera sino de alguien cercano que intenta asesinarme.

Desde la conversación que Alesha había mantenido con el investigador, pensaba una y otra vez que familiar o amigo pretendía acabar con su vida.

—En el pasado no confiaste ni en mí ni en mi capacidad para protegerte, pero permíteme que te recuerde que no me diste opción para hacerlo —le espetó dolido—. Y me sigue hiriendo que me veas incapaz cuando no hice nada para merecerlo.

Le costaba respirar. Miraba la puerta de la estancia esperando un milagro que la salvara de las palabras atrayentes de él.

—¿Dónde nos dirige esto Rowan?

Él, sabía el lugar exacto a donde quería llevarla.

—Fuiste alguien muy importante en mi vida, lo sigues siendo porque no he podido superar lo que siento por ti —le dijo sin dejar de mirarla—, a pesar de la desconfianza que llena tu corazón —las palabras de él lograban subyugarla hasta lo irrazonable.

—Trato de superar el miedo —le confesó triste—. Y no te haces una idea de lo que significa vivir presa del temor.

—Déjame que te ayude a vencerlo —pidió Rowan.

—¿Cómo? —preguntó con los ojos llenos de inseguridad.

—Confíando en mí.

Ella sabía que él eludía a la palabra confianza, pero en realidad se refería al lecho conyugal. Confiar para él significaba que ella se entregara en cuerpo y alma. Alesha alzó la mano de forma espontánea para rozar el mentón que seguía ofreciéndole una mirada llena de esperanza.

Estaba a punto de tocarlo de forma voluntaria.

—Dame el incentivo que necesito, Alesha —el ruego había prendido en su cerebro como si un rayo hubiese alcanzado un árbol seco—. Vamos, confía...

Alesha se mojó los labios secos en un gesto lento, indeciso, tratando de ordenar el caos de su cerebro. Confiar... entregarse... compartir...

—El deseo como el amor es un fuego que no podemos esconder —dijo ella—. Es como una agradable llaga, un sabroso veneno, y una dulce amargura...

—Pero el riesgo merece la pena —aseveró él firme.

Su respiración se volvió descontrolada. Si lo tocaba, ya nada importaría. El contacto la abrasaría entera con todos sus prejuicios, sus dudas y sus creencias. Lo sabía, y esa certeza la hizo vacilar un instante antes de posar la yema de sus dedos en la piel del rostro de él.

Detuvo sus dedos en el último segundo.

—Todavía no puedo entregarme a ti como deseas —finalmente bajó la mano, y sintió que las fuerzas la abandonaban—. Perdóname.

Temía no poder sostenerse en pie por la lucha que mantenía con su corazón. Había estado a punto de capitular. La voz dulce de él, su timbre profundamente afectado, había paralizado el dominio de sí misma que se debatía en una lucha constante entre el deseo de entregarse y el sufrimiento que padecía. La decepción en los ojos de Rowan le arrancó un trozo de corazón.

Rowan soltó un suspiro.

—Cuando realmente se ama lo único que se persigue es la felicidad de la persona a la que amamos, incluso si esa felicidad no se la puede brindar uno mismo.

Esa reflexión era de tal calado que la dejó pensativa durante unos momentos. ¿Por qué le afectaba tanto lo que le decía? Porque seguía amándolo.

Las dudas la mordían. Su corazón sufría, y esa certeza no hacía sino acrecentar su anhelo y remordimiento. Se puso el pelo tras las orejas cansada, y soltó un suspiro profundo y largo ante la encrucijada en la que se veía. Controlar lo que Rowan le inspiraba le estaba resultando difícil si no imposible.

—¿Le preparo el baño, milady?

Alesha volvió su rostro hacia su doncella. No la había oído llegar.

—Un baño... —fue incapaz de continuar la frase—. Luego, más tarde.

La doncella esperaba en el umbral de la puerta.

—¿Le apetece un refrigerio?

—Un licor espirituoso —aceptó—, pero lo tomaré en mi alcoba.

Alesha había decidido darse un baño pues se notaba tensa e intranquila.

—Aceptó ese baño que me propusiste —le dijo a la doncella.

—Muy bien milady, lo dispondré todo.

Alesha avanzó hacia el vestíbulo, la doncella le mantenía la puerta abierta.

—Si viene visita confío que me lo hagas saber de inmediato —le pidió a la mujer—. Estamos esperando noticias de Stapleton House.

Una vez en el interior de su alcoba se dispuso a desvestirse mientras la doncella llenaba la tina de agua caliente.

—Por favor, milady, es mi trabajo —le dijo la doncella cuando se percató que ella trataba de desabotonarse el vaporoso vestido de tarde.

—Llevo mucho tiempo vistiéndome y desvistiéndome sola.

Le dijo pero sin intención de ofenderla.

La doncella la ayudó y Alesha quedó vestida solamente con la enagua transparente. Comenzó a deshacerse el elaborado moño con dedos diestros.

Ella estaba tensa, y la sensación aumentó cuando Rowan cruzó la estancia y se quedó parado al verla en ropa interior. Alesha lo miró un breve instante y se percató que acababa de darse una ducha, llevaba puesto unos pantalones negros de montar y la camisa de seda blanca con chorreras. Se tragó la saliva espesa al contemplarlo. Era tan seductor que sentidos se desbocaron.

Rowan caminó directamente hacia ellas.

—No sabía que ibas a bañarte —parecía una disculpa, pero no lo era por la forma de mirarla—. Venía a invitarte a cabalgar conmigo.

Alesha inspiró tan profundamente que creyó que se iba a desmayar con su propio aire. Era una hora inusual para montar a caballo porque quedaba apenas dos horas para la cena.

La doncella le puso la bata por los hombros para que tapara su parcial desnudez.

—Te lo agradezco, pero no me apetece cabalgar ahora —Rowan se había acercado tanto a ella que Alesha y puso su mano en el recio pecho para impedirle que siguiera avanzando, inmediatamente el deseo prendió en sus entrañas y subió hasta su cerebro como una lengua de fuego.

Rowan parpadeó porque ella lo había tocado voluntariamente.

—Sólo pretendía coger el prendedor de cabello de tu hombro para que no cayera al suelo... —Rowan bajó la voz antes de continuar con su explicación.

—Gracias —los ojos de Alesha se contrajeron ligeramente en las comisuras, y le dieron a su expresión un matiz de peligrosa sagacidad.

—Ha llegado la hora, Alesha, acéptalo.

Había llegado la hora de compartir intimidad porque Rowan no pensaba darle más tiempo. Lo miró con sorpresa pues la hizo sentir tremendamente vulnerable, consciente por primera vez de su desventaja en todo, e hizo lo único que se le ocurrió. Se alzó de puntillas y beso a Rowan. Entrecerró las manos tras su nuca al mismo tiempo que introducía su lengua en la boca de él. Rowan la abrazó por la cintura y la alzó para poder besarla mejor.

El deseo entre ambos era incendiario pues Alesha sentía que la sangre hervía en el interior de sus venas. Para Rowan todo giraba en rededor con un silbido caliente.

Tras unos momentos de auténtico frenesí, Alesha cesó el beso y giró el rostro.

—¡Esta noche!

En la estancia se hizo un silencio absoluto. Rowan la miró ardiente, seguía respirando de forma entrecortada porque el beso de ella lo había dejado noqueado.

La doncella estaba realmente cohibida con la escena que estaban protagonizando los dos.

—¿Estás segura? —le preguntó tratando de ocultar el enorme deseo que sentía por ella—. Porque no aceptaré una negativa más por tu parte.

Alesha se lamió el labio inferior.

—Estoy decidida —confesó sin mirarlo.

Rowan miró hacia la doncella y con los ojos le ordenó que se retirara.

—Sellemos este acuerdo ahora.

Rowan la tomó en brazos y caminó con ella hacia el lecho.

—¡No, Rowan, no! —exclamó sorprendida.

Comenzó a patear con fuerza para que él la bajara, y lo hizo cuando la soltó sobre la mullida cama.

—Me tienes a punto de explotar —le advirtió el hombre.

Alesha hizo algo sorprendente, se abrazó a su cuello y lo llevó hasta ella.

—Esta noche...

Le prometió.

—¡Joder! —masculló encendido y sin control.

El beso fue una detonación para los dos, y lo que siguió, un cataclismo para Alesha, pero había capitulado. No quería negarse a lo que Rowan le hacía sentir. La arrancó cabellos en sus ansias para que le hiciera el amor. Se había resistido todo lo que había podido, y se había rendido en el momento más inesperado. Pero ya no quería pensar, solo sentir, y las manos de Rowan sobre su cuerpo eran descargas de adrenalina continua que actuaban en ella como si sintiera un hambre voraz.

Alesha terminó sin la enagua en un abrir y cerrar de ojos.

Rowan quería admirarla a pesar de la necesidad que sentía de tomarla entre sus brazos y de enterrarse en su interior de una sola embestida. De alimentarse de la sutil fragancia de su seductor cuerpo, y de la voluntad de estarse allí quieto sintiendo que volvía a la vida acogido en sus entrañas. Casi quería dejar que la voluntad de ella dominara a la suya, pero por otro lado quería ser él quien dominara la voluntad de ella... como en el pasado.

El deseo en el interior de ella era como un volcán en erupción. El calor la recorría de pies a cabeza sin control, y sin indicios de que menguara, y por eso Alesha no le permitía una mínima separación entre ambos cuerpos.

—¡No puedo esperar más tiempo!

—Y yo no quiero que lo hagas.

Rowan se desvistió y quedó desnudo como ella. Alesha suspiró porque el cuerpo de su marido era el de un dios griego, cincelado y esculpido con mimo. Se inclinó sobre ella y la abrazó. Ella se sentía extrañamente viva entre los fuertes brazos que la sujetaban.

La besó, y el mundo dejó de existir par ambos.

Sus labios se movían sobre los suyos en una caricia tan íntima que ella dejó de pensar y se entregó a las sensaciones que se estaban despertando en ella. Cuando la penetró, Alesha gritó, pero no fue nada comparado al momento en el que la llevó al culmen del placer. Tembló la cama bajo el peso de ellos, y ella se contorsionó de tal forma que los dos cayeron al suelo, donde Rowan continuó despertando en ella un deseo abrasador tan inmenso como en el pasado.

Siguió amándola con todas sus fuerzas, y cuando ella gritó de nuevo, Rowan la acompañó. Minutos después, la llevó de regreso a la cama y se tumbó a su lado. La cubrió con la colcha porque Alesha se había dormido. La abrazó con fuerza y pegó su pecho a la espalda de ella. Su entrega había sido increíble, como en el pasado. Los encuentros sexuales entre ambos eran tan intensos, que los dejaba completamente agotados. Rowan cerró los ojos, y suspiró saciado y sereno.

Alesha volvía a ser suya.

Cuando despertó, estaba sólo en la cama. Necesitó varios segundos para calmar los latidos

de su corazón.

—¡Alesha! —la llamó, pero solo obtuvo silencio.

La figura de la doncella se apareció frente a él y le pegó un susto de muerte.

— ¿Y la señora? —le preguntó.

No quería levantarse del lecho porque estaba desnudo y no quería soliviantarla.

—Recibió un mensaje milord.

—¿Un mensaje? ¿De quién?

—Lo ignoro milord porque no lo mencionó.

—Está bien, márchate —le dijo a la doncella.

Cuando se quedó a solas agarró los pantalones de montar del suelo y se los puso. Hizo caso omiso a la camisa. Tenía que preguntar por el extraño mensaje que había recibido su esposa, e ir en busca de Alesha.

## CAPÍTULO 12

Estaba tan inmersa en pensamientos contradictorios que no se dio cuenta del rumbo que seguían sus pies en los pasos anárquicos que daba sobre la calzada de piedra. Había rehusado llevarse el carruaje porque le apetecía caminar, pero ahora se arrepentía

Alzó la vista un momento para fijarla en el nombre de la calle. Se había despistado de su ruta hacia la casa del doctor que la había atendido en el pasado cuando perdió a su bebé. Tomó el callejón adyacente a la calle principal. Alesha había sentido la urgente necesidad de despejar su cabeza dando un paseo sin ser plenamente consciente de lo lejos que se encontraba el domicilio del doctor O'Sullivan.

¿Por qué no le había enviado un mensaje diciéndole que pretendía verlo? ¿Qué tenía algo muy urgente que comunicarle como su regreso con su esposo? Ella había sopesado enviar a un lacayo, pero el apremio la había decidido. Tenía que hacerle una consulta sobre su aborto sufrido y que la angustiaba, sobre las consecuencias de su caída, y no podía esperar.

De repente, Alesha percibió que la observaban. Se giró sobre sí misma y ojeó la solitaria calle, pero no vio nada. Comenzó a caminar de nuevo hasta que el ladrido de un perro la paró en seco. Segundos después el perro le enseñó los dientes, y un momento después se acostó sobre el suelo de la acera en actitud sumisa. Alesha se puso tensa. Contemplo la calle con suma atención, y un segundo después sintió que algo tiraba de ella. La sujetaron del cabello, le retorcieron el brazo a la espalda, y, de repente, fue lanzada hacia delante con un fuerte empujón.

No le dio tiempo a prepararse.

La pusieron de cara al frío muro del callejón. La boca en su oído le provocó un escalofrío, y el aliento fétido una arcada de repulsión. El terror la hizo retorcerse, y al tratar de darse la vuelta para ver la cara de su atacante, gritó de dolor pues terminó por dislocarse la muñeca.

—Por favor, déjeme —suplicó con un hilo de voz.

Le aprisionaban la garganta impidiéndole el aire. Supo que estaba perdida.

—¡No puedo... respirar! —le dijo al asaltante.

—¡Perra! —bramó una voz tras ella—. ¡Vas a morir!

Los vellos de su piel se erizaron por el miedo,

—¡No! ¡Suélteme!

Ya no pudo decir nada más. Alesha sintió una opresión en el pecho y supo que se estaba ahogando. No podía respirar mientras le aprisionaban la garganta con más fuerza.

El silbido del silbato de un policía hizo que el asaltante la soltara y comenzara a correr. Cayó al suelo casi desfallecida.

—¡Alesha! —la voz de Rowan surgió de entre las sombras—, ¡maldita sea, respóndeme!

Ignoraba que el policía iba a la carrera detrás de su asaltante. Cuando abrió los ojos, Rowan estaba inclinado hacia ella.

—Gra...cias —balbuceó con los ojos llenos de lágrimas—. Estaba desprevenida y no lo percibí.

—No pude verlo, Alesha, estaba des espaldas atacándote, cuando quedaba poca distancia para alcanzarlo, el maldito agente hizo sonar el silbato y lo alertó de nuestra presencia.

Rowan la ayudó a reincorporarse y la abrazó con infinita dulzura.

—Dijo que iba a matarme —se estremeció porque casi lo había conseguido.

Rowan tenía los dientes tan apretados que casi podía partírselos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

Alesha quiso hacerle un gesto de que estaba bien, cuando pasó la mano por la tela de su vestido para secar la humedad de sus dedos, un gemido de dolor escapó de su garganta, Rowan se había percatado de ese detalle.

—Permíteme que te ayude —sostuvo su mano y le palpó la muñeca para verificar si tenía algo roto, afortunadamente, solo había sufrido una luxación menor.

—Creo que me la he roto.

Rowan la contemplaba con cierta precaución.

—No, no está rota. Te la vendaré cuando lleguemos a casa y llamaremos al doctor para que te examine —el dolor había disminuido de forma considerable con el suave roce de los dedos de Rowan—. Tengo el carruaje a la vuelta de la esquina —le dijo él, y ella lo siguió completamente enmudecida.

En cuestión de cinco minutos había pasado del completo miedo a la total admiración. Había creído que moriría, aunque la respiración de ella no volvía a la normalidad por más que lo intentaba. Rowan se acercó tanto que rozó con sus dedos la piel de las mejillas de ella que se incendiaron de forma instantánea.

—¡No quiero seguir aquí! —la preocupación en los ojos de ella hizo que él olvidara por un momento el miedo que había sentido al ver que la atacaban.

Rowan soltó una blasfemia y se dio la vuelta de prisa. Alesha lo siguió con el rostro acongojado. Rowan le abrió la puerta del carruaje y la ayudó a acomodarse porque ella seguía en una nube de tensión. Con el puño tocó el techo del carruaje para que comenzara a rodar, pero su pensamiento estaba centrado en la persona que tenía frente a él en la parte derecha del carruaje. Escuchó su suspiro resignado, y fijó sus ojos en su rostro ovalado durante un segundo.

¡La amaba con una intensidad que lo dejaba febril y vulnerable!

—Tienes que tranquilizarte —Rowan seguía apretando los puños a su costado con excesiva fuerza, y sin quitarle la vista de encima—. Y explicarme el motivo para que te marcharas de Scafell Park sin dejarme un aviso.

Ella escurrió el bulto.

—Estoy muerta de miedo —confesó sin mirarlo a los ojos.

Rowan sí que había sufrido un cataclismo de terror al verla debatirse con el asesino.

—No pienses más en ello.

Alesha suspiró agitadamente.

—Si tú no hubieras llegado —susurró—. ¿Cómo he podido sobrevivir sin ti todo este tiempo?

Esas últimas palabras hicieron que Rowan perdiera la concentración por completo, abandonó su lugar en el carruaje y se sentó al lado de ella. La encerró entre sus brazos y le besó la coronilla

—Confieso que nunca he pasado tanto miedo —admitió.

—¿Tú tenías miedo? —Alesha no podía creérselo.

Rowan no pensaba repetirlo.

—Ahora estoy terriblemente enfadado por tu imprudencia —fue su seco comentario.

No se había recuperado todavía del susto.

—¿Por mi imprudencia? —no podía creérselo—. ¿Ya no puedo salir de paseo? ¿Ir de visita?

—¿Estabas paseando? —quiso saber él.

Alesha apretó los labios porque no podía decirle que había recibido un mensaje del médico

que la atendió. Si lo hacía tendría que explicarle que había perdido el bebé de ambos, y no estaba preparada, todavía no.

—¿Y si el policía no ha conseguido detenerlo?

Era una posibilidad. Rowan quería dejarla en la casa y acercarse a investigar qué había sucedido con la persecución del delincuente.

—No pienses en ello Alesha —la instó.

Alesha soltó un suspiro largo rindiéndose a lo inevitable. Seguía amando a Rowan, lo deseaba, y estaba cansada de luchar contra ello. Sacó del pequeño bolsito que no había perdido en la refriega un frasco, desenrolló la tapa, y se tomó un sorbo.

—¿Qué es? —se interesó Rowan mirándola de soslayo.

—Láudano.

—¿Cuántos te has tomado?

—Un trago corto.

—Ya no tienes de qué preocuparte —le dijo él—. Voy a protegerte de todo.

Ella se reclinó sobre el hombro de su marido y cerró los ojos.

Decirle que no se preocupara era muy fácil cuando no era su vida la que estaba en juego.

## CAPÍTULO 13

Quince minutos más tarde, Alesha se sintió más tranquila.

A Rowan le dolía el cuerpo de las ganas que tenía de besarla. Ella seguía con el rostro quieto mirando por la ventanilla del carruaje, con las manos descansado en su regazo, y los hombros ausentes de tensión.

—Me hiciste el hombre más feliz del mundo.

Él se refería a la entrega de ella horas antes.

—No deseo hablar sobre ello, Rowan —le dijo sin mirarlo.

Rowan creyó que estaba arrepentida de lo que habían compartido.

—¿Sabes, Alesha? No siento remordimiento alguno por lo que hemos hecho, a pesar de tus continuos rechazos en el pasado y en el presente —Alesha suspiró, Rowan siguió en su declaración—. Te reconozco, como tu boca mi sabor, y anhelo una nueva entrega entre ambos que nos haga olvidar esta locura, y da gracias a que estamos en el interior del carruaje, porque de lo contrario volvería amarte de nuevo.

Lo miró de soslayo antes de centrarse de nuevo en mirar por la ventanilla

—Es curioso —reconoció con voz temblorosa—. Pero ya no estoy nerviosa.

Eso era debido al láudano. El doctor O'Sullivan se lo había recetado tras sufrir el aborto. ¿Por qué le había enviado un mensaje? ¿Qué quería comunicarle?

—Lamento que tengas que recurrir a eso para sentirse segura.

Él, parecía decepcionado.

—Para sentirme tranquila —lo rectificó ella.

Los ojos de Rowan relampaguearon tras escucharla.

—Juro que no vas a necesitarlo de nuevo —ella alzó los hombros para reincorporarse—. Estás a mi lado, y no permitiré que sufras nunca más.

—Me importas tanto... —ella, calló un momento.

Oírsele decir era tan maravilloso como entrar en el paraíso.

—Nunca dudes de mis sentimientos —Alesha se preguntó por enésima vez si volverían a atacarla otra vez—. Y nunca volverás a salir sola.

—No deseo ser una esclava en mi propio hogar —le dijo ella.

—Sólo hasta que consigamos atrapar a ese hijo de puta —insistió él—. Y todavía no me has dicho hacia dónde ibas, y quién te había enviado el mensaje.

—¿Y si no era un único asaltante? —ella seguía yéndose por la tangente para no contestarle a sus preguntas.

Rowan entrecerró los ojos ante la afirmación que hacía ella. Él, ya había considerado esa posibilidad, pero hasta que Bill Connor no le informara, iban a ciegas.

—Mayor motivo para que no salgas sola de Scafell Park.

—No lo haré —admitió ella cabizbaja—. ¿Cómo sabías dónde encontrarme?

Eso había sido pura casualidad.

—Ibas caminando y yo en el carruaje, calculé el tiempo de tus pasos desde tu marcha de la casa, y envié a varios lacayos por diferentes caminos, fui afortunado porque tu rumbo era el que escogí yo.

—Y no sabes cuánto te lo agradezco —correspondió ella—. ¿Y el agente de policía? ¿Estaba

cerca de mí?

Rowan no le respondió. El agente acababa de dar la vuelta a la esquina cuando él bajó del carruaje. Los dos la vieron en la distancia, pero el muy necio utilizó el silbato alertando al posible asesino.

—Sí —fue su escueta respuesta—. Voy a enseñarte a disparar.

Alesha abrió los ojos perpleja.

—Nunca he cogido un arma —confesó en voz baja.

Rowan había llegado a la conclusión de que debía prepararla. Todavía no sabía si el policía habría detenido al asesino, y no quería que ella estuviera expuesta de nuevo. Había entrevistado a dos hombres para contratarlos como guardaespaldas, pero había desistido porque no lo convencían. Seguía esperando la llegada de un amigo militar con las mejores credenciales en seguridad, lo creía perfecto para ocuparse de la vigilancia de Alesha cuando saliera de la casa, era escocés, muy fornido, y más inteligente.

—¿Me permitirás que te enseñe a disparar? —le preguntó, y Rowan detuvo el asentimiento de la cabeza de ella con su mano alzada—. Porque no admitiré un no por respuesta —ella bajó los ojos en silenciosa meditación—. Nunca más te pillarás desprevenida.

—No me gustan las armas —acabó aceptando.

Rowan no se inmutó por sus palabras críticas.

—Aprenderás a disparar porque yo te lo pido.

—No necesito un arma que... —pero él desoyó las palabras de ella.

—Es necesario Alesha....

Ella lo interrumpió.

—¿Tratas de decirme que si llevo un arma en el bolso ya no me pillaran desprevenida por la espalda? ¿Qué no me empujarán por detrás escaleras abajo?

Rowan se dijo que ella no lo había expresado bien.

—Un arma te dará seguridad.

Como hija de juez había aprendido que las armas las cargaba el diablo.

—Me siento inmadura emocionalmente para llevar un arma de fuego, un arma cargada que puede quitar una vida, incluso la mía.

Rowan no estaba en absoluto de acuerdo con su conclusión. Las palabras de ella le provocaban un deseo irreprimible de asirla por los brazos y zarandearla con fuerza para hacerla entrar en razón.

—Yo te enseñaré a disparar y a confiar.

—Ya confío en ti, me has salvado, pero no quiero llevar encima un arma.

Rowan se dijo que ella necesitaba tiempo para aceptarlo. Que sus miedos eran superables si tenía con qué defenderse.

—No voy a desistir de esto —le advirtió.

Rowan había roto la primera de sus barreras, el contacto físico. Ahora solo quedaba la segunda, la emocional.

## CAPÍTULO 14

El hombre miró con detenimiento la taza de café que sostenía entre sus manos. El líquido humeaba, y, por eso, sopló suavemente antes de llevársela a los labios. El rictus de su boca seguía siendo severo.

Darrell Watts, juez y padre de Alesha, alzó el rostro, y, cuando lo hizo, el brillo calculador había asomado por fin a sus pupilas negras. Había hecho un viaje muy largo desde Nueva York. La carta que había recibido de su amigo el doctor O'Sullivan no le había dejado más opción. El criminal más peligroso de todo Inglaterra, el mismo al que él había encerrado quince años atrás, había salido de prisión.

—¿Estás seguro? —el juez hizo la pregunta con tono frío.

—Completamente —respondió el doctor—. Fue atacada, pero no le causo daño, sólo un susto tremendo.

El hombre rodeó el escritorio de caoba para alcanzar la ventana. Con dedos largos y cuidados, apartó el visillo celeste hacia un lado para tener una mejor visión de la calle. Miró el horizonte sin fijar las pupilas en ningún punto determinado, completamente ensimismado en sus pensamientos. Llevaba apenas un día en Londres tras desembarcar en Dover. Había pospuesto la visita a Scafell Park hasta hablar con O'Sullivan, no le había dicho nada a su hija para no angustiarse todavía más. Él, era el culpable de los intentos de asesinato que había sufrido ella. ¿Por qué motivo Alesha no le había dicho nada? ¿Por qué motivo O'Sullivan había callado hasta unas semanas atrás?

—¡Maldito cabrón! —dijo con cierta ira.

—Busca venganza.

—Yo lo encerré de por vida —masculló sin creerse todavía lo que sucedía.

—Dejaste tu cargo importante y necesario en el tribunal —le reprochó el doctor—. Tu puesto lo ocupó un progresista que cree en la reinserción.

—¿Reinserción? —preguntó el juez estupefacto.

—El mundo cambia, querido amigo, nuevos vientos en la judicatura que cuestionan las decisiones tomadas por hombres como tú —respondió.

Darrell Watts se volvió sobre sí mismo con rapidez.

—Hay asesinos que no se redimen, y Duncan Hindley es uno de ellos.

—Debiste enviarlo directamente a la horca —le reprochó el doctor.

Duncan Hindley era conocido a lo largo y ancho del reino por su participación en una serie de asesinatos ocurridos en Mánchester. Se le atribuyó el *asesino de Saddleworth*, debido a que cuatro de sus víctimas fueron enterradas en la pradera de Saddleworth, cerca de Oldham, en el condado de Lancashire, entre ellas, el hijo del doctor O'Sullivan.

—Lo envié a Hyde Park Barracks —afirmó el juez—, por decisión de la corona que presionaba todas y cada una de mis decisiones. Ese fue el motivo por el que me marché a las colonias, la injerencia de la corona en la judicatura.

Hyde Park Barracks era un asentamiento en Nueva Gales del Sur. La Corona británica había decidido deportar allí a los presos que atestaban las cárceles inglesas.

—Pues ha regresado y busca venganza.

—Me pondré en contacto con Scotland Yard de inmediato —dijo Darrell pensativo.

—¿Lo sabe tu hija? —le preguntó el doctor.

El juez hizo un gesto negativo.

—Siempre he mantenido a mi hija Alesha en la ignorancia con respecto a mis decisiones como juez.

—Deberías decírselo, prevenirla...

Darrell lo cortó.

—La he citado aquí —respondió pensativo—. Tu casa es un terreno neutro.

—¿Sin su esposo el conde de Shildon? —inquirió el otro.

Darrell apretó los labios en un gesto de ira. Él, no había llevado demasiado bien el matrimonio de su hija con un aristócrata, pero la quería, y había aceptado finalmente su decisión de casarse a pesar de su rechazo. Alesha ignoraba las discusiones que él había mantenido con su esposo, y que casi llegan en una ocasión a las manos porque estaba convencido de que no era el hombre apropiado para ella. El tiempo le había dado la razón. Su hija había terminado por abandonarlo, aunque no lo sabía precisamente por ella sino por amigos fieles. Alesha tenía muchas explicaciones que darle.

El doctor se mantenía callado desde su posición sentada en el lujoso sillón de piel marrón. Cruzó una pierna sobre la otra en actitud despreocupada mientras seguía removiendo su copa de coñac en círculos pausados. Miró el líquido ambarino con el ceño levemente fruncido.

—Confío en ver a mi hija lejos de su arrogante marido —confesó el juez.

Alesha no se había dado cuenta, pero cambió muchísimo tras conocer al conde que la pretendía. Había sido siempre una niña introvertida, solitaria, y respetuosa, pero conoció a Rowan, y sufrió una transformación. De repente, su hija le discutía todas y cada una de las decisiones que él tomaba con respecto a ella. Se volvió exigente, tomaba decisiones sin sopesar las consecuencias: como la de formar parte de una jerarquía que jamás la aceptaría porque no pertenecía a la alta sociedad.

—Así es la nobleza, amigo —apuntó el doctor.

Darrell soltó un suspiro largo.

—Todavía no he aceptado que me la quitara —contestó Darrell.

La respuesta era sincera.

—No te la quitó —fue la escueta respuesta del doctor—. Tu pequeña se enamoró, y debiste aceptarlo.

Darrell asintió al mismo tiempo que pasaba su mano por su mejilla sin rasurar. Clavo su mirada en la figura del sillón y lo observó a conciencia. O'Sullivan era un afamado doctor, y muy importante, tanto como lo fue él en el pasado. Juntos habían logrado grandes progresos para el reino.

—¿Confías que vendrá? —preguntó el doctor.

Darrell vaciló un instante antes de responder.

—Soy su padre, deseo verla, y se lo he dejado muy claro en el mensaje.

El doctor se levantó del sillón para llenarse la copa de nuevo.

—El conde de Shildon lo puede considerar una afrenta —apuntó O'Sullivan sin un parpadeo—, que quieras verla a tu hija lejos de su influencia.

—Me importa una mierda lo que piense ese estirado —las palabras de Darrell le hicieron chasquear la lengua pensativo—. Tengo que hacerle muchas preguntas, hacerle algunas confesiones, y no deseo que él esté presente cuando lo haga.

Se mesó el espeso pelo rubio canoso con impaciencia.

—Lamento haberte enviado ese mensaje tan apremiante.

Darrell se giró hacia el amigo.

—Es mi única hija y corre serio peligro —Darrell meditó un segundo antes de continuar—. Habría llegado mucho antes si ella me hubiese comunicado sus sospechas, o tú las tuyas.

—Cuando sufrió la caída por las escaleras, ignoraba que pensaba irse muy lejos. Durante mucho tiempo nadie supo dónde se encontraba —nuevamente Darrell entrecerró los ojos pensativo al escuchar a su amigo—. No até cabos hasta que me informaron del regreso de Duncan Hindley al reino, y entonces supe que pensaba vengarse de ti como se vengó de mí.

La venganza le había costado al doctor perder a su hijo de diecisiete años a manos de ese asesino.

Darrell dio dos pasos hasta quedar frente a O'sullivan con el rostro mortalmente serio.

—Ahora, no pisará la prisión, lo juro —sentenció el juez.

Ella sentía los nervios crispados. La tensión en Scaffell Park superaba los límites aconsejables para mantener la cordura.

«Necesito relajarme», se dijo Alesha. Se giró con ímpetu, pero seguía sola en la alcoba. Miró hacia un lado y hacia otro de la espaciosa estancia pero no había nadie salvo sus pensamientos.

«No puedo soportar este silencio ni un minuto más», se dijo crispada.

Al momento se quitó la bata de color verde claro, y la tiro sobre el lecho. Su doncella particular tocó la puerta en ese momento. No le dio permiso, como una exhalación, abrió la puerta de la alcoba con un golpe seco.

—Tiene un mensaje, milady —le dijo la doncella al mismo tiempo que le tendía un sobre lacrado.

—¿Quién lo envía? —preguntó.

—Lo ignoro milady —contestó la criada—. Pero debía entregárselo en persona.

—Yo atenderé el mensaje.

Alesha dio un respingo involuntario al escuchar la voz de su esposo.

—¡Me has asustado! —le recriminó.

La doncella hizo una leve reverencia y abandonó la alcoba de su señora.

—Dame el mensaje —le ordenó.

Ella hizo algo insólito, lo escondió tras su espalda. Todavía no había visto el remitente.

—¿Por qué? —le preguntó directa.

Rowan soltó un suspiro largo. Cuando el mayordomo le anunció que había llegado un mensaje a Scaffell Park para lady Malory, él había comenzado a preocuparse de verdad.

Ella fijó su mirada atribulada en el rostro de su esposo que se veía muy serio. Seguía con la mano extendida hacia ella.

—Entrégamelo, Alesha —le ordenó.

Ella se resistía. Era un mensaje dirigido a su persona.

—¿Por qué? —volvió a insistir.

—Porque puede ser un incentivo para que salgas sola de la casa.

A pesar de la advertencia, Alesha no le entregó el mensaje.

—Necesito verlo —Rowan seguía insistiendo—, y que confíes en mí.

Con las emociones descontroladas le resultaba imposible tranquilizar su espíritu. Sentía que estaba encerrada en Scaffell Park como antes lo había estado en Stapleton House.

—Es un mensaje que va dirigido a mí —le contestó suave—. Yo jamás te pediría que me entregaras los mensajes que van dirigidos a ti.

—No han atentado contra mi vida.

Alesha suspiró suavemente. Bajó el brazo que tenía tras la espalda, el que sostenía el mensaje, y lo dejó durante unos segundos apoyado sobre su cadera, otro después alzó la mano y miró el sobre, estaba lacrado, pero no tenía remitente.

—Quiero saber de quién es.

Las cejas de Rowan se alzaron en un perfecto arco.

—No deseo que lo leas si contienen amenazas contra tu vida.

Ella no había pensado en eso. Era nuevo para ella ver a su esposo tan protector. La preocupación era evidente en el tono de voz. Finalmente le tendió el mensaje. Rowan se lo metió en el bolsillo de su batín de seda rojo oscuro.

—¿No vas a leerlo? —le preguntó extrañada.

Rowan hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No delante de ti, y menos desde el ataque en la calle.

Ella no tenía modo de olvidarlo. Salir sola había sido mucho más negativo que enfrentarse a su peor pesadilla.

—Siento que me ahogo aquí dentro.

—Si deseas pasear, te acompañaré.

—No sé qué es peor, si sentir que me ahogo aquí dentro, o sentir que me asfixio afuera.

—He contratado a un amigo mío para que te proteja cuando yo no esté a tu lado.

Alesha hizo un gesto con la cabeza.

—¿Un amigo tuyo?

—Viene de Culloden, en Escocia, por ese motivo no ha llegado todavía.

—¿Va a protegerme un escocés?

Rowan hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Douglas McFire es el hombre más preparado que conozco para protegerte.

—¿Cómo lo conociste? ¿Cómo es que sois tan buenos amigos y yo no he sabido nada hasta hoy? —era una recriminación en toda regla—. En realidad no conozco a ninguno tus amigos.

Rowan se dio cuenta por primera vez de lo ignorante que estaba Alesha de todo lo concerniente a él. La había mantenido apartada de sus amigos, de sus negocios, incluso de sí mismo. Aceptar su parte de culpa en ese asunto le causaba sonrojo.

—Nunca he sido una mujer de sociedad —reveló ella de pronto—, pero siempre me ha gustado salir al mercado.

—Si lo deseas, yo te acompañaré —la voz de Rowan le llegó suave.

Rowan debía ocuparse de muchos asuntos, ella no podía entretenerlo con nimiedades, como acompañarla al mercado.

—Esperaré la llegada de tu amigo escocés para salir de la casa.

Rowan terminó soltando un suspiro largo de alivio.

—Conozco un medio para que no te aburras.

A ella se le entrecerraron los ojos.

—¿Qué medio? —inquirió expectante.

—Hacerte el amor...

## CAPÍTULO 15

Rowan la alzó en brazos y la depositó en el lecho.

Ella se removió cuando sintió una mano fuerte que se deslizaba sobre su brazo desnudo, y por instinto, se giró hacia la mano con el cuerpo expectante y lleno de ansiedad. Rowan se inclinó hacia ella y se apoderó de sus labios. El beso salvaje y ardiente hizo que el deseo prendiese dentro de su interior con una fuerza cegadora. Mantuvo los ojos cerrados para disfrutar del agradable olor a flores frescas. Saborear en profundidad el calor de la boca que invadía sus sentidos por completo. Aferró con sus manos el espeso cabello y asió con sus dedos los gruesos mechones. Él, se apartó ligeramente, pero Alesha no se lo permitió.

—Dios, cómo te deseo.

El susurro posesivo le arrancó un estremecimiento.

—Y yo a ti —le correspondió.

En la oscuridad del lecho no podía visualizar el rostro de su marido. Se dejó abrazar, y permitió que la girase hasta quedar tendida de espaldas, y con él sobre sus caderas. Alesha se mordió el labio cuando sintió el cuerpo duro y viril encima de ella, sin ser consciente de lo que hacía, comenzó a moverse con sensualidad con un ritmo que le hizo a él lanzar un gruñido áspero. La boca cálida y húmeda la buscó de nuevo para comenzar un saqueo en su interior aterciopelado. Ella le mordió el labio superior con infinita delicadeza, tratando con sus dientes de atraerlo todavía más.

Y lo besó más profundamente, abriendo sus labios con su avasalladora lengua y reclamando una respuesta que Rowan no le negó. Las manos masculinas ascendieron por el torso femenino y acarició los pechos de ella sobre la línea de su camisión hasta llegar al cuello para luego recorrer el camino en el sentido contrario. Ella extendió su mano y asíéndole del pelo le acercó más a sus labios con un gemido de triunfo. Una sensación cálida se instaló en su vientre y una extraña humedad amenazó salir de su sexo. Apretó las piernas y volvió a gemir.

Movió sus caderas con frenesí logrando que su virilidad se introdujera en ese canal líquido en el que ella se había convertido. De una fuerte estocada se hundió firmemente en ella hasta la misma raíz. El cuerpo de Alesha se tensó ante la invasión por unos segundos, pero al momento estaba ondulándose bajo él como la marea mecida por la corriente. Rowan pensó que era el mejor sexo que jamás había experimentado con su esposa. El pensamiento lo estremeció de la cabeza a los pies, y lo acicateó a hundirse una vez, y otra, y otra, hasta que sintió que no aguantaría más si derramarse en ese interior que lo volvía loco. Los dedos de Alesha recorrieron la ancha espalda hasta la misma base de la columna, y, un poco más abajo también, hasta las mismas nalgas. Se aferró a ellas e intentó impulsar el cuerpo de él todavía más hacia su interior. Aquello fue la perdición para ambos. Con un gemido de placer, ella se dejó llevar por la corriente del deseo, y su cuerpo explotó en mil pedazos. Rowan la siguió un segundo después.

Cuando los estertores del clímax remitían, Rowan la acercó a su pecho de forma protectora al mismo tiempo que le susurraba palabras de afecto, palabras que ella atesoró.

—Eres maravillosa —las palabras fueron penetrando en su alma agitada de la misma forma que penetraba el cuchillo caliente en la mantequilla—. Hacerte el amor es como entrar en el cielo. Alesha relajó los músculos y se abandonó en sus brazos.

—Que me hagas el amor es como morir lentamente para luego renacer con mucha más fuerza

—confesó llena de seguridad.

—Tengo que besarte... —Alesha lo ansiaba. Rowan se fue inclinando hacia ella lentamente —. Me nutro de tu boca.

—Y yo de la tuya, hazlo ya —lo urgió ansiosa.

Rowan le mostró una sonrisa llena de promesas.

—Ni te imaginas lo que soy capaz de hacer por ti... —la mano de Rowan había sujetado la cabeza de ella con suavidad para girarla al encuentro de sus labios.

En esta ocasión no había prisas ni urgencias. Quería amarla de forma larga y completamente. Tierna y apasionada.

Cuando la boca de él tomó posesión de la de ella, una extraña tibieza comenzó a instalarse dentro del vientre de Alesha, y que ascendió desde su abdomen hasta su cerebro de forma imparable. El sabor de Rowan, el olor de su piel, le trajo a la memoria el aroma de las tortas de canela que tanto le gustaban de niña, así como el olor de la lavanda que se mecen en los campos en un verano caluroso. La lengua de Rowan se movía sobre la suya como si explorase una reliquia exquisita y delicada, buscó los rincones más escondidos, y los acarició con avidez aunque con infinita paciencia. Lamió el hueco en el interior de sus mejillas, mordisqueó sus labios con los dientes con sumo cuidado, sin brusquedad, haciendo con el movimiento de su lengua un rito de mansedumbre que aceptó ella sin una queja.

Alesha se perdía entre las sensaciones que le provocaba la lengua de él.

Los dedos de Rowan se habían deslizado por su cuello hasta sujetar su nuca. Masajeó la zona tensa sin despegar los labios de la boca de ella que seguía abierta a su reclamo. Estaba superada en sensaciones, y se extasió ante la paz que la embargaba, pero Rowan no se conformó. Honró los pechos descubiertos con sus dientes hasta endurecerlos. Alesha se retorció bajo las manos expertas de él, perdida en una nebulosa de placer indescriptible. Sintió la caricia en su centro femenino y se arqueó de forma involuntaria. Cuando instantes después Rowan la penetró, Alesha estaba preparada para recibirlo.

Sentirlo era glorioso, y, cuando comenzó a moverse en su interior de forma acompasada, el tiempo se detuvo para ambos y los arrastró por ríos de lava candente. Nada la preparó para el potente orgasmo que sacudió su cuerpo por segunda vez, se rindió al acto de amor de una forma completa.

Rowan no había dejado de besarla en todo el tiempo que duró su orgasmo, Alesha se sentía feliz, saciada y completa. Supo que podría cerrar los ojos con abandono, y se encontró haciendo precisamente eso. Cuando Rowan despegó sus labios de los de ella, estaba sumida en un sueño profundo, y, por primera vez, libre de pesadillas. Él, seguía con su miembro enterrado en el dulce vientre, y se retiró de forma lenta y cuidadosa para no despertarla. Rozó ligeramente las tersas mejillas, le apartó una guedeja de pelo que dejó descansando en el hueco de su esbelto cuello.

¡Tenía que protegerla!

Rowan inspiró profundamente antes de abandonar el lecho donde descansaba absolutamente vencida. Salió de la habitación en silencio mientras hacía planes urgentes.

Pero el descanso de ella duró muy poco fuera de la protección de los brazos de su esposo y de sus besos.

## CAPÍTULO 16

Alesha se había apeado del carruaje de alquiler a dos manzanas de la dirección. La calle Savile Row era sin duda alguna una de las calles más famosa de Londres. Paso a paso iban apareciendo los elegantes edificios que desprendían un sabor clásico irrefragable: Savile Row era la calle de los grandes sastres, con una leyenda fraguada a través de siglos de vestir a los aristócratas del reino. Casi en cada portal de la calle podía encontrarse una sastrería o tienda de complementos. Los pasos de Alesha eran seguros y firmes. Miró los números de las casas mientras las iba pasando en premeditado silencio.

«Casa de las cortinas azules».

Rowan se había dejado el mensaje que ella le había entregado en el bolsillo de su bata, ella lo había recuperado y leído, aunque con remordimiento por hacerlo a escondidas. El contenido del mensaje era escueto: su padre le anunciaba que estaba en Londres, y que la esperaba en casa de su íntimo amigo el doctor O'Sullivan: precisamente el lugar al que ella se dirigía cuando fue atacada días atrás.

Alesha se había escabullido entre las sombras y el silencio para salir de Scafell Park hacia el lugar que mencionaba el mensaje. No había cogido el carruaje condal porque no quería que alertaran a su esposo de su escapada. Fue pensar en Rowan, y el rubor cubrió sus mejillas. El explosivo encuentro sexual con su esposo le había dejado marcada, y su corazón comenzó un galope temerario y lleno de culpa porque había decidido salir sola desoyendo su advertencia. Mientras caminaba, sus pensamientos regresaron a Rowan. Lo amaba, y ese sentimiento prevalecía al fin sobre el miedo. Estaba decidida a quedarse con él, a no huir nunca más a pesar de la amenaza que pendía sobre ella.

Incluso a riesgo de perder la vida.

Sus ojos reconocieron las cortinas de color azul que adornaban las ventanas de una casa de ladrillo rojo. Detuvo sus pasos frente a la puerta oscura. Su estructura grande y pesada se erguía hacia el cielo. A cada lado del marco de la puerta había dos grandes maceteros de terracota que tenía plantados dos pequeños cipreses, y los escalones tenían huellas de pisadas. Subió la mirada hacia la aldaba con forma de puño. De pronto, y sin previo aviso, a su memoria acudió la visión de una niña pequeña que subía los tres únicos escalones que separaban la casa de la calle arbolada. Unas manos fuertes alzaban a la niña que no había terminado de entrar, y la acogía en su recio pecho.

Ella había estado en esa casa de niña con su padre.

Hizo sonar la aldaba, pero la puerta no estaba cerrada, y nadie vino a su llamada. Retrocedió un paso hacia atrás de forma involuntaria. ¿Por qué motivo estaba abierta?, se preguntó. Inspiró de forma profunda y cuadró los hombros buscando el valor que necesitaba para cruzar el umbral. La puerta cedió a su empuje con un chasquido suave sin haber hecho apenas presión con la mano. La hoja se abrió un tercio, y Alesha pudo atisbar algo del interior antes de decidirse a entrar, cuando lo hizo, escuchó un tintineo.

El interior de la casa olía a cera de limón, justo como ella recordaba del pasado.

El elegante vestíbulo estaba bellamente decorado con oleos que mostraban diferentes grabados antiguos que ella reconoció. Había un único mueble en la entrada para depositar las llaves, y sobre la pared varias campanas de plata de diferentes tamaños: eran las que sonaban

para llamar al servicio. Las mullidas alfombras cubrían la mayor parte del suelo de madera. Hacia la derecha, el perchero contenía un abrigo y un sombrero de tweed inglés. En el suelo había un paraguero con un bate, diversos paraguas, y un bastón con una cabeza de águila en la empuñadura. Las paredes estaban empapeladas de un suave color verde, y los ojos de Alesha volaron hacia la escalera pegada a la pared que subía en un único tramo a la segunda planta.

No había terminado de dar el primer paso cuando la detuvo una voz profunda.

—Te estaba esperando —el tono grave le llegó de forma precisa.

Como su atención estaba centrada en la escalera, no se dio cuenta de la presencia hasta que habló. Giró parte de su cuerpo, y su padre se apareció antes sus ojos.

—Bienvenida —le dijo, ella retrocedió un paso cuando fue consciente de la figura que la seguía observando apoyado en el marco de madera—. ¿No vas a saludar a tu padre? —le preguntó el hombre.

Quería verle el rostro, pero estaba en penumbras. Su cuerpo se mantenía en máxima tensión. Hacía más de cinco años que no lo veía. Tras su matrimonio con Rowan había aceptado un puesto de responsabilidad en las colonias, y se había instalado en la ciudad de Nueva York. En la actualidad ejercía como profesor en la Columbia College.

—Ha pasado mucho tiempo, padre.

La figura no respondió aunque avanzó un paso más hacia ella, entonces la luz dio de lleno en el rostro que se había mantenido parcialmente oculto a su escrutinio. Cuando lo vio, soltó un suspiro largo. Su padre estaba tal y como lo recordaba, y, al verlo, se dio cuenta de hasta qué punto estaba enfadada con él.

El hombre hizo caso omiso a su respuesta, siguió avanzando hasta llegar donde ella, y, entonces, la encerró en un abrazo de oso. El tiempo se detuvo para Alesha al sentir que la abrazaba, y entonces sucedió algo imprevisto, comenzó a llorar. Estaba enfadada, lo había extrañado, quería irse, quedarse, estaba hecha un mar de líos.

—¡Cuánto te he echado de menos!

Ella, continuó llorando.

Rowan se sentía terriblemente furioso consigo mismo. Suspiró con la paciencia hecha trizas. La había dejado apenas un momento cuando el crepúsculo todavía no se había marchado, y cuando había vuelto a la habitación, ya no estaba. Rowan miró con dureza al mayordomo que no le había informado de la salida de ella de Scaffell Park.

—Si lady Malory resultara herida, te haré responsable.

El mayordomo mantuvo la compostura. El conde de Shildon había sido tajante con respecto a la vigilancia de la condesa. A todos y cada uno del servicio le había dado indicaciones expresas sobre estar atentos a los pasos que daba la señora, sobre todo si esos pasos la conducían hacia el exterior de la casa.

—Milord, lady Malory no cogió el carruaje.

Él, ya lo sabía.

—Fui muy claro cuando di la orden para que fuera vigilada.

El mayordomo estaba visiblemente afectado.

—Un error imperdonable, milord —admitió el mayordomo—, pero confiemos que lady Malory regrese pronto de su paseo.

—Lady Malory no ha ido de paseo a esta hora de la madrugada —masculló Rowan que

seguía esperando que le ensillaran la montura para ir en busca de ella.

Con un movimiento brusco se giró hacia las cuadras porque el mozo tardaba demasiado. Había desestimado ir en el carruaje porque quería llegar cuanto antes.

—Quizás se preocupa demasiado, milord.

Rowan soltó una maldición precaria al mismo tiempo que se mesaba el pelo de forma impaciente. Había esperado durante días noticias de Bill Connor, pero no le había informado de nada. El que sí había llegado era su suegro, pero él había esperado conversar de forma tranquila con él por el bien de Alesha. En el pasado, yerno y suegro habían discutido agriamente, en una ocasión casi llegaron a las manos, y ese incidente había marcado un antes y un después entre ambos. Darrell Watts había decidido dejar Inglaterra y marcharse a las colonias, y, durante un tiempo, él había disfrutado de paz en su hogar, hasta que su esposa decidió abandonarlo sin darle siquiera una explicación.

—Lo lamento mucho, milord —se disculpó el mayordomo—. Todos velamos por el bien de la señora, y no fuimos conscientes de su marcha.

Rowan no podía culpar del todo a la servidumbre de la escapada de ella, Alesha había aprovechado la madrugada para escabullirse de Scafell Park como una delincuente, y cuando el servicio dormía salvo el mayordomo, que lo había despertado a él por el mensaje apremiante que se había recibido en Scafell Park de Scotland Yard. Si él hubiera estado en la casa, no se habría marchado, pero había tenido que atender un asunto apremiante a petición de John Dowson. El mensaje había sido urgente, y la información recibida muy alarmante.

—Yo también tendría que haber estado aquí —terminó aceptando.

—Milord, ¿resultó tan preocupante como esperaba, la información que recibió del agente Dowson?

Rowan volvió su rostro hacia la figura del mayordomo. Cuando en un hogar particular se recibía de madrugada una llamada de Scotland Yard, era para preocuparse.

—Peor de lo que imaginaba —la respuesta hizo que el mayordomo lo mirara preocupado.

—¿Milady corre peligro? —se aventuró a preguntar mientras Rowan estaba pensando seriamente en despedir al mozo de cuadra por su tardanza.

En ese preciso momento el criado salió del establo con el rostro desenchajado.

—Milord, los sementales han sido envenenados —el rostro de Rowan estaba estupefacto—. He enviado un mensaje urgente a Peter Owen, el veterinario, pero no tengo ninguna duda al respecto.

Rowan carraspeó para encontrarse la voz.

—¿Todos? —casi gritó.

El mozo de cuadra hizo un gesto afirmativo. Las cuadras de Scafell Park no eran tan grandes como las de Stapleton House, pero tenía un número considerable de sementales.

Dos frentes se abrían para Rowan, la necesidad de ir a por su esposa y la de atender a los animales que criaba. Se decidió por lo primero.

—Iré andando —decidió.

—Despertaré a Louis y René para que lo acompañen, milord —le dijo el mayordomo.

Louis y René eran dos lacayos robustos, los encargados de mover el pesado mobiliario de la casa cuando se hacía limpieza.

Rowan hizo un gesto con la cabeza.

—Que me alcancen, ya conoces la dirección a la que voy...

## CAPÍTULO 17

Seguía en completo silencio observando el rostro que tenía delante de ella. Su padre era un hombre imponente, y tan severo en su actitud como recordaba. La mirada de ella subió desde la fuerte complexión de sus hombros hasta los ojos: ojos que le parecieron fríos y tremendamente peligrosos. Ella no los recordaba así. Observó la gran estatura de él, así como su corpulencia. Su voz le había hablado con excesiva suavidad, pero, para ella, que lo conocía muy bien, esa suavidad era sinónimo de amenaza.

Alesha suspiró largamente porque el abismo entre padre e hija parecía insalvable.

—Me abandonaste —lo acusó.

Recordaba perfectamente la mañana que le anunció que había aceptado un encargo de la corona. El destino era Nueva York. Ella no podía comprender cómo se marchaba tan lejos.

—Estabas casada —le trajo a colación—. Ya no era necesario en tu vida.

—Un padre siempre es necesario en la vida de su hija —le reprochó.

—Y una hija en la vida de su padre —le dijo a su vez.

Si pretendía molestarla con sus palabras, lo había conseguido con creces. El temor que había sentido desde su marcha, se intensificó.

—He sufrido mucho por... —fue incapaz de terminar la frase. Le temblaba tanto los labios que no podía organizar las palabras en la boca para formar una frase coherente—. ¿Por qué me has llamado?

Fuera se escuchó un sonido atronador.

—Porque debo informarte de algunas cosas, y tú debes decirme otras.

Alesha siguió retrocediendo hasta que su espalda dio contra la madera de la puerta de la calle, podría darse la vuelta e irse, pero sus pies siguieron clavados al suelo.

Estaba terriblemente enfadada con su padre.

—¿Qué debo decirte? —le preguntó con voz aguda.

—Por qué huiste y te escondiste. Por qué motivo no me informaste de nada.

Los ojos de Alesha brillaron con entendimiento. Su padre conocía todo lo que había sufrido tras su marcha.

—Te envié varias cartas, y no me respondiste ninguna —la acusó el padre.

—Estaba tan enfadada contigo, que quería vengarme con silencio —se sinceró.

—¿Vengarte de tu padre? —el juez estaba atónito.

—Vengarme de tu abandono —confesó.

Darrell inspiró hondo varias veces. Su hija estaba irreconocible, y le echó la culpa al conde de Shildon.

—¡Alesha! —la exclamación salió como una exhalación por su boca—. No te abandoné, acepté un puesto importante que me ofreció la corona una vez que ya no me necesitabas a tu lado —la capacidad de tergiversar sus palabras era tan fuerte como en el pasado, se dijo Alesha.

—Marcharte de mi lado era tu forma de castigarme por aceptar a Rowan.

Darrell soltó un suspiro largo al mismo tiempo que cruzaba los brazos al pecho. Separó las piernas para afianzarlas al suelo. En parte era cierta la acusación de su hija, pero él no la había abandonado.

—Alesha...

—¿Cinco años, padre! —le recordó—. Cinco años sin venir a verme.

—¿Acaso lo hiciste tú en los diferentes viajes a Nueva York que hizo tu flamante esposo? Ella se mostró avergonzada.

—Rowan nunca me invitó a acompañarlo —se medio excusó.

—¿Necesitabas el permiso de Rowan para visitar a tu padre? —preguntó el juez incrédulo—. Entonces es más canalla de lo que creía.

Las palabras de su padre hacían parecer a Rowan demasiado totalitario. ¿Permiso? Jamás se lo habría pedido, pero era cierto que él nunca la invitó a viajar con él.

—No me gusta viajar —confesó en voz baja.

Darrell se dijo que ese era uno de los muchos traumas que sufría su hija. Detestaba viajar porque su madre había muerto en un accidente, precisamente cuando se encontraba de viaje en Italia. Detestaba estar rodeada de gente, los espacios abiertos. Alesha era un cúmulo de sentimientos negativos a los que no ponía remedio. La mirada que Alesha le dedicó, le produjo un escalofrío que le llegó hasta la base de la nuca. Tenía una compleja personalidad, pero era su única hija.

—Estoy preocupado por ti —admitió el juez finalmente.

—¿Estás aquí por eso? —le preguntó ella.

Alesha suspiró porque quería irse pero algo la retenía en la casa. Su mano sacó del bolsillo de la capa el mensaje arrugado. Darrell clavó los ojos en el papel.

—Siempre has sido mi único propósito, y tu marido lo sabe —ella no entendía nada. ¿Por qué mencionaba a Rowan?—. Es el segundo mensaje que envié a Scaffell Park.

¿El segundo?, se preguntó. ¿Por qué Rowan no le había dicho que su padre había llegado a Inglaterra, y que había enviado mensajes a Scaffell Park para contactar con ella?

—¿Por qué motivo no fuiste a visitarme a mi hogar?

Ella había remarcado la palabra *hogar*.

—Porque quería verte, hablarte, y quería hacerlo lejos de la influencia de tu marido.

Alesha bajó los ojos al suelo pensativa. La enemistad entre su esposo y su padre era manifiesta, y no la había apaciguado los años ni la distancia.

—Lo último que podía esperar del conde de Shildon era que te prohibiera verme —las palabras le hicieron perder la poca serenidad que había logrado reunir—. Pregúntale a tu marido por qué motivo no te ha dado mis mensajes.

No, ella no quería preguntarle porque temía la respuesta.

—Rowan no me ha impedido verte —susurró.

—Desde que te vio en aquel baile y decidió cortejarte, te apartó de mí.

—Eso no es cierto —lo defendió.

—Te deslumbró su riqueza, su título. La Alesha que yo había criado dejó de ser la misma, y se convirtió en la marioneta del conde de Shildon.

Alesha siguió desorientada y perdida allí de pie en el vestíbulo cerrado. Un momento después, se llevó la mano a la garganta como para ahogar un gemido.

—Te hiere lo que te digo porque es la verdad —afirmó el padre.

—Es cierto que cambié, pero no fue culpa de Rowan —al menos no le había temblado la voz.

Darrell entrecerró los ojos con un brillo extraño.

—Me alegro de que estés aquí —dijo con emoción—. Es cierto, pequeña. He tratado de ponerme en contacto contigo en innumerables ocasiones, pero nunca te llegaban mis mensajes.

Alesha no supo por qué, pero se resistía a creer esas palabras.

—Rowan no me ocultaría algo así.

—Soy tu padre, y digo la verdad.

Darrell ladeó la cabeza y la miró con intensidad. Alesha, en dos pasos, cruzó por delante del hombre sin rozarlo, y sin darle la oportunidad de asirla por el codo como había sido la intención de él. Había descartado salir de la casa porque en ese momento necesitaba respuestas a esas graves acusaciones.

Se dirigió directa hacia al salón.

—Si alguno de los dos miente, no es él.

Dijo sin mirarlo.

—Palabras demasiado duras para alguien tan joven —replicó Darrell aunque ella le daba la espalda.

Una vez en la amplia y acogedora estancia, Alesha se mantuvo cerca de la chimenea con el fuego calentándole el dorso, aunque era junio la casa estaba demasiado fría. Tras un momento que a ella le pareció eterno, Darrell terminó de cruzar la estancia con pasos precisos.

—Tu mensaje decía que tenías algo importante que informarme... —calló un momento, como si necesitara reorganizar las palabras en su mente—. Tengo muchas preguntas... —comenzó ella.

—Y yo tengo todas las respuestas, siempre las he tenido —Alesha iba a interrumpirlo, pero Darrell la volvió a silenciar con la mirada—. Estoy muy preocupado por tu seguridad.

Las palabras de él aumentaron su angustia.

—¿Sabes que me atacaron? —Darrell hizo un gesto afirmativo—. Y no una vez, padre.

—El doctor O'Sullivan me avisó —le reveló ecuánime—. Habría esperado que fuera mi propia hija quien me informara, pero tuvo que ser mi amigo el que lo hiciera.

—Estabas muy lejos —murmuró ella.

Padre e hija se quedaron mirando fijamente.

—Si te incité a venir hoy es por un asunto muy importante: tu vida está en peligro.

Su padre no podía ser más claro ni contundente, Alesha supo que se refería al último ataque que había sufrido.

—Va a matarme, ¿verdad?

Darrell la observó completamente serio.

—No lo hará.

Darrell fijó sus pupilas negras en el rostro de ella con una intensidad abrumadora.

—Lo ha intentado varias veces —confesó ella. Él, dio un paso hacia su hija—. Sabes quién es, ¿no es cierto? Por eso has venido, por eso me has llamado.

De repente, el rostro de Darrell se ensombreció.

—Es un error mío del pasado, pero no voy a permitir que te haga daño ni ahora ni nunca— Alesha inspiró profundamente—. Eres mi niña preciosa, la luz de mis ojos —un sonido de sorpresa salió por la boca de Alesha.

Las palabras de su padre la emocionaban.

—¡Tengo miedo! —confesó al fin.

—Lo sé, y me siento muy culpable por ello.

Alesha había abandonado su lugar en la ardiente chimenea.

—Sintiéndote culpable no solucionamos nada.

El juez soltó un suspiro largo que parecía atormentado.

—Estoy convencido que el hombre que ha tratado de matarte es Duncan Hindley.

Los ojos de Alesha se abrieron de par en par.

—¿El asesino de Saddleworth?

Darrell se quedó pensativo, ¿cómo conocía su hija esa información? Él siempre había sido muy cuidadoso con los casos que llevaba.

—Lo envié a Hyde Park Barracks, pero se escapó y regresó a Inglaterra.

Alesha estaba pensativa. Conocer el nombre de su asesino le provocaba un cierto alivio.

—Y desea vengarse de ti —concluyó ella pero sin mirar a su padre.

Unos fuertes golpes dados en la puerta de la calle los distrajerón. Se escucharon pasos que se apresuraba para abrir, y de pronto, Rowan hizo su aparición por el hueco que dividía la sala y el vestíbulo. Alesha observó su semblante serio y preocupado. Era consciente que se sentía así por ella.

El doctor O'Sullivan estaba detrás de él. Llevaba puesto un batín, señal inequívoca de que había sido despertado por los golpes, y por la voz potente del juez. Ella ignoraba que estaba en la casa pues había creído que solo estaban su padre y ella. El rostro de Darrell cuando vio a Rowan mostró una emoción indefinida, y algo más, como un sentido de rechazo. Ambos hombres comenzaron a medirse con la mirada como en el pasado.

—Disculpa Derek si te hemos despertado —le dijo Darrell a su amigo.

—No pasa nada —contestó el doctor—. Me adecentaré y bajaré enseguida.

Padre, hija, y esposo, se quedaron a solas.

—Confío que la hayas tratado bien... —Rowan dejó la amenaza sin concluir.

—Tus palabras me ofenden —respondió Darrell—, pues hablas de mi hija, lo que más quiero en esta mundo.

—De mi esposa —lo corrigió el conde.

Darrell entrecerró los ojos, y Alesha recorrió la estancia tratando de recordar por qué sentía esa sensación molesta en presencia de ambos.

—Antes que tu esposa fue mi hija —le recordó el juez—, y tienes mucho que explicarnos.

Su estómago se sacudía con emociones precisas de afinidad y rechazo porque esos hombres discutían como si ella no estuviera presente.

—¿Cómo qué? —la voz del conde era seca.

Darrell estaba acostumbrado a tratar con hombres arrogantes como él.

—Por qué le has ocultado los mensajes que le he enviado a tu mansión de Scafell Park desde el momento que llegué a Londres.

Alesha miró a su esposo con atención.

—Porque antes pretendía mantener una conversación contigo.

—¿Sobre su asesino? —preguntó el padre.

—Deja que se marche —la orden dada por Rowan a Darrell detuvo sus pensamientos confusos.

¿Rowan quería que ella se marchara? ¿Por qué?, se preguntó.

—Ya sabe la verdad —dijo el padre.

Los ojos de Rowan se entrecerraron.

—Eso no era necesario —masculló enojado.

Los dos la ignoraban. Alesha escudriñó con ojos sagaces a los dos hombres que se mantenían de pie en el salón. La estatura de Rowan y Darrell era bastante similar aunque Darrell era más recio, y con los rasgos del rostro más marcados.

—No estaba preparada, todavía no —argumentó Rowan.

—Conocer la verdad puede protegerla —argumentó el padre—. Sabe quién desea asesinarla, ahora estará preparada.

Rowan crujió los dientes.

—Era nuestra obligación protegerla de todo, incluso de la verdad.

—¡Rowan! —exclamó asombrada.

Con su estallido acaparó la atención de los dos.

—¿Lo sabías y me lo ocultaste? —le preguntó—. ¿Me negaste la posibilidad de conocer el nombre y el rostro del hombre que pretende matarme?

Rowan lo había descubierto hacía muy poco: con su última visita a Scotland Yard que ya estaba tras la pista del asesino. Desde que Alesha le confesó sus temores, había hecho muchísimas indagaciones. Bill Connor se había encargado en Stapleton House de investigar si alguien cercano a él podría ser sospechoso, pero las pesquisas de John Dowson iba por otros derroteros: los delincuentes enviados a prisión por el padre de Alesha.

—Quería protegerte —se defendió—. Que estés en peligro es únicamente culpa de él.

Rowan señaló al juez con un dedo. Ella se giró hacia su padre que se mantenía callado.

—Es la verdad Alesha —concluyó Darrell—, pero pienso subsanar mi error.

El silencio que sucedió a continuación resultó premonitorio.

## CAPÍTULO 18

No le había gustado en absoluto la acusación de Rowan.

Ella quería a su padre, no lo culpaba, y le sorprendía que lo acusara él. La entrada del doctor O'Sullivan los sumergió a los tres en un pesado silencio.

—Soy un anfitrión pésimo —dijo el hombre—, pero no suelo recibir visitas a las seis de la mañana —criticó con cierto sarcasmo.

Alesha había salido a las cinco de Scaffell Park. Había tardado bastante en encontrar un carruaje de alquiler.

—Ya veo que os habéis servido té —dijo el doctor fijándose en la taza de Darrell.

El juez salió de su abstracción.

—Yo mismo lo prepararé —dijo en voz baja—, pero ya está frío.

—Lamento que la falta de mayordomo sea un inconveniente —se excusó e hombre mirando al conde de Shildon.

Solamente las familias aristocráticas podían permitirse la contratación de un mayordomo y ama de llaves. Derek O'Sullivan podía pagar el salario de un lacayo que llegaba a la casa sobre las siete de la mañana, pero poco más.

—Prepararé otra bandeja con té —se ofreció Darrell.

Rowan estaba realmente sorprendido. El juez Watts andaba por la casa del doctor como si fuera la suya propia.

—Si esperamos un poco lo preparará Daniel —anunció O'Sullivan.

Daniel era el lacayo que tenía contratado. Tras el silencio del doctor el conde decidió tomar la palabra.

—Me extraña verte hospedado aquí y no en Scaffell Park.

Las palabras de Rowan eran acusatorias, y Darrell se las tomó tan mal como pretendía.

—Si sintiera que es también la casa de mi hija, allí estaría ahora mismo, pero no es el caso, ¿verdad, lord Malory?

El tono de su padre cortaba como un cuchillo de carnicero, se dijo Alesha.

—Lo es —insistió Rowan sin dejar de mirarlo.

La rivalidad entre su padre y su esposo la agotaba... como en el pasado.

—Por eso te abandonó, porque sentía tu hogar como el suyo —le replicó con infinito sarcasmo.

Esa verdad se la restregó Darrell a conciencia y le escoció a Rowan como si le hubieran echado sal sobre una herida.

—Me abandonó por tu culpa —siseó Rowan—, porque no supiste mantenerla a salvo de tus malhechores y asesinos.

—¿Y tú sí supiste mantenerla a salvo, desgraciado?

Darrell avanzó un paso en actitud amenazante hacia el conde, pero el doctor se interpuso en su camino. Lo sujetó por el brazo, y lo detuvo.

—Acepto ese té, querido amigo —le susurró.

Alesha estaba realmente sorprendida por la actitud de su padre y de su esposo. Se lanzaban dardos sin asegurarse dónde se clavaban, alguno la había alcanzado a ella.

—Ambos sois culpables —afirmó con voz entrecortada—, porque ninguno aceptáis por

completo que soy capaz de tomar mis propias decisiones.

—¡Alesha! —exclamó Rowan al oírla.

—¿Qué dices, hija? —inquirió el padre.

—La verdad —afirmó mirándolos al rostro.

Ambos estaban posicionados en el salón de forma que ella podía mirarlos a la vez.

—Los dos me habéis ocultado la verdad porque creíais que no estaba capacitada para actuar por mí misma —insistió—. Me habéis negado la posibilidad de mostrar mi valía.

—Sé que eres valiente —le dijo Rowan.

Alesha parpadeó al escucharlo.

—Hasta mi caída por las escaleras en Rogeville, no quisiste darte por enterado.

Darrell miró a su hija con tristeza.

—Afortunadamente, no tuvo consecuencias, como la que sufriste en Stapleton House —susurró Darrell en voz baja, pero no lo suficiente, Rowan lo había escuchado.

Demasiado tarde Alesha entendió lo que implicaban las palabras de su padre.

—¿Consecuencias? —preguntó Rowan con ojos entrecerrados.

Alesha no pudo evitar el desenlace. Alzó la mano para detener al doctor, pero éste no la vio.

—Lady Malory sufrió un aborto tras su caída —reveló el doctor que ignoraba que el esposo no estaba al tanto del suceso—. Llegó malherida al hospital, y no pudimos hacer nada por el bebé.

Rowan perdió el color del rostro. Tras la revelación sintió vacío, y una profunda desesperación. Un instante después se giró hacia ella.

—¡Por qué... por qué no me lo dijiste! —tartamudeó.

Ella sentía una opresión en el pecho, aunque pudo mantener la postura.

—Porque estabas de viaje en Nueva York —contestó con un hilo de voz.

Las palabras de Alesha le hicieron subir la bilis por la garganta, donde quedó adherida hasta provocarle náuseas.

—Hubiese venido enseguida —le contestó.

Los ojos de Alesha se llenaron de lágrimas. Ella no había querido contarle la pérdida del hijo de ambos porque no deseaba que sufriera, pero ya era tarde.

—Ahora ya no importa ...

Rowan comprendió entonces todo lo que debió de sufrir, y él no estaba a su lado brindándole el apoyo y el consuelo que necesitaba en una tragedia semejante. Tragó con fuerza y desvió la mirada. Entendía por qué lo había abandonado: ella se sentía en peligro, y él no había estado para protegerla.

¡Se merecía que lo abandonara!

—Lo lamento tanto —fue lo único que pudo decir.

A ella le entró el pánico. ¿Qué lo lamentaba?, se preguntó. Eso era lo último que esperaba de él.

—¡No! —exclamó de pronto—. No me compadezcas.

Rowan parpadeó. ¿Lo hacía?

—Me siento culpable —confesó el noble en voz baja.

—¡Ya era hora maldito cabrón! —lo insultó el padre.

Alesha se sentía incapaz de comprender o captar el sentido de lo que se respiraba en la habitación. Sus nervios estaban crispados. Rowan conocía su secreto además de su miedo. Estaba completamente desnuda de alma para él.

—Te merecías que mi hija te abandonara —insistió el juez.

Alesha bajó los ojos.

—Perder a nuestro hijo fue el detonante —confesó—, pero el miedo que sentía no me permitía vivir en Stapleton House —continuó—, y ahora me doy cuenta de que no estoy segura en ningún lugar.

Darrell enrojeció por la parte que le tocaba. Su hija tenía el rostro contraído y los hombros hundidos.

—¡Nadie osará hacerte daño! —exclamó el padre con voz dura.

—He contratado hombres para protegerla —reveló el conde.

Darrell miró a su yerno con ira.

—Soy perfectamente capaz de cuidar de mi hija —le soltó prepotente.

—Caballeros, caballeros, dejemos las soflamas —intervino el doctor.

Tanto uno como otro respiraban agitadamente, y se sostenían la mirada con dureza. Alesha dio dos pasos para poner distancia entre ambos con una mirada angustiada.

—Acabo de descubrir que no quiero la ayuda de ninguno de los dos! —dijo Alesha finalmente.

Durante una milésima de segundo, ella pudo apreciar en los ojos de Rowan un sentimiento de disgusto.

—¡Hija! —exclamó el padre dándose cuenta del enorme error que habían cometido los dos hombres de su vida.

Enfrascados en su resentimiento mutuo, habían ignorado sus sentimientos... como en el pasado. Alesha no era una niña, ni era la posesión de ninguno de los dos. Comprenderlo le costó a Darrell un mundo, pero lo había hecho al fin.

—¡Alesha! —la llamó el esposo cuando fue consciente de que pensaba irse.

Ella lo ignoró por completo.

—Me marcho —respondió seria—. Podéis seguir jugando al macho alfa que no me importa.

Rowan respiró con cierta dificultad pues sabía todo lo que ella estaba sintiendo en ese preciso momento: desconcierto, despecho, vulnerabilidad, pero ya no había vuelta atrás.

—Queremos protegerte —respondió el esposo franco.

—Debes creernos, Alesha —medió el padre que se acercaba lentamente hacia ella.

—¡No! —gritó rabiosa—. Ya no quiero escucharos... —no podía continuar de la angustia que sentía—. Ambos me habéis decepcionado mucho —Alesha jadeaba al hablar—. Olvidáis que soy una persona con sentimientos...

Rowan trató de acercarse un paso, pero Darrell se lo impidió. Ella necesitaba mantenerse a cierta distancia de los dos.

—Sigue —la instó el padre.

—Me sentí vulnerable, perdida, y ninguno de los dos hizo nada —los acusó con ira—. Por eso mi silencio —le dijo al padre—. Por eso mi abandono —le dijo al esposo. Alesha acababa de abrir la caja de Pandora—. Y ahora os abandono a los dos.

Rowan miró a Darrell completamente furioso, un segundo después un velo amenazador empañó sus ojos de zafiro en una muda advertencia. El giro que estaban tomando los acontecimientos no le gustaba en absoluto. Darrell no estaba llevando bien el asunto.

El rostro de Alesha estaba mortalmente serio.

Rowan la interceptó antes de que alcanzara el marco de la puerta para salir de la casa. La asió del codo, ella trató de soltarse, pero no lo consiguió, y al contacto el deseo volvió a prender dentro de ella con una ferocidad alarmante, jadeó ante la sorpresa del ataque a sus sentidos.

—Quiero irme...

—Deberías escuchar lo que tu padre tiene que contarte. No lo está haciendo de la forma correcta, pero escúchalo —Alesha hizo un gesto airado al mismo tiempo que sus ojos se encendían con una pasión que no podía ocultar.

Subía por su estómago hasta su garganta donde moría con una exhalación sin que ella pudiese hacer nada para evitarlo. Se sentía horrorizada por lo que le contaba su padre, y, al mismo tiempo, excitada por el contacto con Rowan.

El intercambio de miradas entre ambos esposos hizo que Darrell redujera los ojos a una línea por la revelación que se abría ante él: entre Rowan y Alesha había algo más que palabras, como en el pasado. Darrell se había mantenido en un silencio de lo más extraño que finalmente rompió.

—Juré que te protegería —Alesha volvió su rostro confuso hacia su padre con una réplica amarga que no detuvo. Estaba tan enfadada, que ya nada le importaba los motivos o las razones que esgrimía.

—Pero estabas tan ocupado persiguiendo a delincuentes que no te importó la soledad de tu hija ni las amenazas que sobre mí pendían —soltó ofendida.

Era incapaz de contener sus palabras, pero no podía huir porque las manos suaves y tiernas de Rowan se lo impedían.

## CAPÍTULO 19

Se miró las manos que se habían quedado frías aunque seguían cogidas a las de Rowan. De pronto, no soportó el roce de su piel ni el intento de confortarla. Las retiró de golpe mientras cerraba los ojos vencida. No podía mirarlo pues se sentía llena incapaz de descifrar el jeroglífico de sentimientos que la acosaban.

—Te suplico que me escuches —le pidió el padre. Alesha siguió en silencio—, necesito explicarte mi verdad —las palabras de Darrell quedaron suspendidas en la sala.

Nada podía conmoverla salvo el ansia loca de salir a la calle para poder respirar de nuevo. Alesha reunió el último vestigio de dignidad que le quedaba, y se volvió de golpe hacia su padre con un interrogante en sus ojos: interrogante que formularon sus labios de forma áspera.

—¿Qué esperas que haga? —trató de controlar el temblor de su voz, pero inmediatamente después de haber formulado la pregunta, se arrepintió. Había mostrado debilidad—. Porque te recuerdo que hay alguien ahí afuera que desea verme muerta.

Alesha ya se daba la vuelta hacia el vestíbulo cuando la respuesta de Darrell detuvo nuevamente sus pasos.

—Quiero que te marches de Inglaterra —le contestó el juez—. Estarás protegida en Nueva York, allí he comprado una extensa propiedad.

Iba a romper a llorar en cualquier momento, sentía que lo necesitaba.

—¿Marcharme? ¿Seguir huyendo? —captó con su pregunta toda la atención de él—. Aquí estáis lo dos, mi padre y mi esposo, los hombres que deberían protegerme, pero me hacéis sentir culpable.

—¿Qué tratas de decirme? —le preguntó el padre.

—¿Por qué te sientes responsable cuando no tienes la culpa? —le preguntó el esposo.

Alesha abrió la boca pero la cerró durante un momento para pensar bien las palabras.

—Desde niña me he sentido inútil —les dijo a ambos—. Desde nuestra boda me he sentido un estorbo —le dijo al marido—. Siempre he vivido a la sombra del reputado juez Watts, y cuando creí que por fin podría ser yo misma, volví a empequeñecer al lado del poderoso conde de Shildon. Yo quería ser simplemente Alesha, no la hija obediente ni la esposa sumisa...

El padre la cortó.

—Una hija le debe obediencia a su padre.

Los ojos de Alesha se anegaron en lágrimas.

—Un padre que siempre decidía las amigas que debía tener, las reuniones a las que debía asistir, el hombre al que debía escoger.

Rowan se encontró entrecerrando los ojos al escuchar a su mujer. Con cada palabra de ella, una nueva perspectiva se abría ante él.

—Me preocupaba tu seguridad —le espetó el padre—. Me muevo entre delincuentes y asesinos.

Ahora lo cortó ella.

—Y yo me hacía más y más pequeña —le contestó—. Tus normas, reglas, y severidad, me convirtieron en una mujer miedosa, llena de dudas e interrogantes sobre quién era yo y qué hacía en esta vida salvo ocultarme de todo y de todos.

—¡Alesha! —exclamó el padre dolido.

—Y de pronto en aquel baile, alguien que no conocía, que no me miraba como el bicho raro que era, se interesó realmente por mí...

El padre crujió los dientes al escucharla.

—Yo quería protegerte —masculló el juez.

—Y te opusiste a mi relación con Rowan.

—Trata de comprenderme, no era el hombre apropiado para ti —respondió Darrell—. No pertenecías a su círculo social.

—Nunca me ha importado las diferencias sociales —dijo de pronto el conde, pero con voz suave.

—Pensé que Rowan me mantendría alejada de ti —susurró tan bajo que ni su padre ni Rowan la oyeron—, pero también me mantuvo alejada de él.

Darrell tomó las riendas de la conversación.

—Admito mi parte de culpa —fue escucharlo, y Alesha sintió una convulsión—. Pero perdí a tu madre y no quería perderte a ti también.

—Esa es una actitud muy egoísta —apuntó Rowan.

Padre e hija no dejaban de mirarse.

—Daría mi vida por protegerte —le dijo Darrell.

Alesha giró el rostro agobiada. Durante cinco largos años no había mantenido contacto con su padre, ahora se sentía mal, culpable, y, tan miserable como en el pasado. El juez Watts tenía ese poder sobre ella.

Rowan se sentía fatal al verla así de desvalida.

—Desde niña mostrabas una conducta inestable —le recordó el padre.

—¡No es cierto! —exclamó ella.

—Lo es —aseguró el juez—. Detestabas salir al exterior, las multitudes de personas. Odiabas viajar en cualquier medio de transporte, incluso te negaste a aprender a montar a caballo.

—No me gustan los animales —susurró en voz baja—, me asustan.

—Te daba miedo todo —replicó el padre sin dejar de mirarla—. ¿Cómo no iba a vigilar con quién ibas? ¿Dónde te reunías? ¿Qué hombre te pretendía? ¡Eras mi pequeña! —Darrell calló un momento antes de continuar—. Admito que no llevé muy bien tu compromiso con Rowan, pero mi marcha no fue para castigarte sino para aprender a vivir sin que me necesitaras.

Alesha había hundido los hombros.

—Pero te necesitaba —confesó.

En vista del rumbo que había tomado la confesión, Rowan se posicionó, pero el padre no le permitió intervenir. Darrell continuó.

—Eras tan asustadiza, tan introvertida, y poco comunicativa, que tu madre decidió visitar a un especialista italiano para que te viera y te tratara de ser necesario —Alesha parpadeó una sola vez—. Pero sufrió el fatal accidente que acabó con su vida.

Esa explicación la dejó muda porque ella ignoraba que su madre había buscado a un profesional para que la tratara. Rowan no perdía detalle de la conversación que mantenían padre e hija.

—¿Me culpas de su muerte? —quiso saber.

Darrell se dio cuenta de que no se había expresado bien.

—La falta de tu madre te hizo todavía más frágil —Darrell calló un momento antes de continuar—. Mientras crecías fuiste desarrollando más traumas, y te volvías más compleja, y yo me volví mucho más protector contigo si cabe —Alesha se llevó la mano a la garganta.

—Y entonces apareció Rowan —susurró la mujer.

Darrell tardó unos segundos en responder.

—No estabas preparada, pero no quisiste escucharme. Nada de lo que decía o hacía te conformaba.

Todo cobraba unas dimensiones nuevas para ella. Su madre había sufrido un accidente por ayudarla... su padre trataba de protegerla de sí misma.

—¡Oh Dios mío! —casi gritó porque recordó algo que se había mantenido oculto en lo más profundo de su memoria—. Te culpaba de todo.

Los ojos de Rowan se entrecerraron. Él, había quedado aislado de la conversación.

—¿Recuerdas ahora las palabras que me dijiste la noche antes de que se anunciara tu compromiso?

¡Claro que las recordaba! Había sido dura, intransigente con él. Se había mostrado obcecada, decidida, y le había advertido con cortar toda relación con él, y cumplió su amenaza.

—Estaba dolida, confundida, no medía ni mis palabras ni mis actitudes.

—Tendríamos que aclarar todo de una vez —Darrell hizo una pausa bastante significativa—. Para que no existan malos entendidos.

Alesha se quedó en silencio.

—Echaba tanto de menos a mamá —murmuró con un hilo de voz—, que tenía que culpar a alguien.

Rowan decidió intervenir.

—Podríamos seguir esta conversación en Scafell Park —sugirió Rowan paciente pero determinado—. Tenemos que hablar sobre sobre algo primordial como su protección —afirmó el conde que se había cansado de que lo ignoraran, y de estar escuchando las recriminaciones que se hacían padre e hija.

—No, ya no quiero seguir hablando sobre ello —dijo Alesha de pronto.

—Hay que protegerte —insistió el padre.

Ella miró al juez con ojos entrecerrados.

—Si protegerme significa salir de Inglaterra hacia un lugar desconocido, mi respuesta es no, porque no pienso marcharme a ningún lugar —aseveró.

Rowan estaba de acuerdo con su mujer. Él era perfectamente capaz de protegerla, y en modo alguno pensaba permitir que se marchara a otro continente.

Alesha decidió batirse en retirada.

Y durante varios días se recluyó en sus dependencias en Scafell Park. Necesitaba tiempo para pensar, y valor para tomar decisiones. Seguía teniendo miedo, seguía siendo la niña pequeña de mente inestable que había mencionado su padre, pero no pensaba huir, se había cansado de hacerlo.

## CAPÍTULO 20

Alesha miró la espalda de su padre que seguía observando la ventana completamente en silencio. Durante varios días con sus noches había insistido en mantener contacto con ella, pero Alesha necesitaba un tiempo para ordenar sus ideas, para tomar decisiones y actuar de la forma más ecuánime posible, pero él no desistió. Había decidido acudir a Scafell Park contra la voluntad de ella.

Darrell Watts, el juez más reconocido desde hacía décadas, era su padre, y un gran desconocido.

—Lamento no haber atendido a tus mensajes —las palabras de ella fueron pronunciadas apenas en un susurro—, pero tenía que alejarme de ti para aclarar mis ideas.

—Comprendo esa decisión —le dijo Darrell.

—Está justificada —replicó ella.

—Lo sé, y no sabes cuánto lamento que desconfíes de mí.

Se limpió las manos húmedas en la tela de su vaporosa falda de muselina verde tratando de controlar el nerviosismo que sentía.

—Fui injusta al acusarte de esa forma, pero mis recuerdos te hacían ver como un monstruo cuando el monstruo soy yo —dijo de pronto Alesha con un hilo de voz.

Darrell le mostró una sonrisa comprensiva que ella agradeció en medio de la tribulación que sentía.

—Ni te imaginas cómo me afectó tener que ausentarme de tu lado —había partes de su vida que quería olvidar, sin embargo, había sido muy injusta con su padre, y era el momento de arreglarlo.

—Deseo que acabe esta amenaza —le dijo. Los ojos paternos le mostraron que nada en el mundo le gustaría más—. Necesito sentirme segura de una vez por todas —Darrell asintió con la cabeza—, pero no voy a marcharme de Inglaterra.

El hombre extendió la mano derecha en clara sugerencia de acercamiento. Ella aceptó la invitación con una sonrisa nerviosa. Era su padre, pero lo había detestado durante tantos años, que ahora no sabía cómo actuar con él.

Afortunadamente los nudos en su estómago se deshacían al fin.

—Tu esposo ha contratado a un hombre para que te proteja —ella ya conocía esa información—. Sigo pensando que la mejor forma de hacerlo es enviarte lejos —ella iba a protestar, pero Darrell no se lo permitió—, serán unos meses como mucho, o semanas como poco.

—El viaje a las colonias dura más tiempo que el que mencionas —le replicó.

—Es que estoy en un sin vivir desde que mi amigo O'Sullivan me escribió para explicarme lo que sucedía.

—Rowan tiene bastante confianza en Bill Connor, el investigador privado, y en John Dowson, el agente de Scotland Yard.

Darrell meditó un instante antes de responder.

—Comprendo tu negativa, pero mi decisión es alejarte —Darrell calló un momento antes de continuar—. Sé que te niegas, pero deberías obedecerme por última vez.

Alesha supo que su padre no se iba a dar por vencido.

—En estos días he pensado mucho —respondió la hija—, y mi decisión es firme.

—¿Porque te muestras tan terca y desoyes mis consejos?

El padre seguía insistiendo. Alesha decidió variar el rumbo de la conversación.

—Porque deseo enfrentarme de una vez por todas a mis miedos, y en esos miedos está incluido todo, incluso mi posible asesinato.

—¡No puedo perderte, Alesha! —la exclamación dolorosa hizo que la hija se acercara hasta él.

Puso una mano en su recio pecho tratando de infundirle ánimos.

—No me perderás —le aseguró—. Rowan es capaz de protegerme —su padre asintió—. Tú también.

Darrell miró a su hija y entrecerró los ojos. Él había tenido un plan: que se fuera lejos hasta que el asesino fuera detenido, encarcelado y ahorcado, pero su hija era la más obcecada de todas las mujeres.

—Voy a pedir una dispensa a la corona —le dijo el padre—. Deseo regresar a Inglaterra.

Desde que recordaba, su padre hacía las cosas a su antojo, tomaba decisiones como quien se cambia de acera al caminar.

—No deseo ser el motivo que te aleje de tus aspiraciones.

Darrell soltó un suspiro largo.

—Mi única aspiración eres tú —le reveló—. Y no deseo ningún malentendido entre ambos nunca más.

—¿Aunque no me marche de Scafell Park?

Darrell decidió afirmar.

—Aunque tenga que dormir en tu alcoba de día y de noche.

Alesha mostró una sonrisa tímida.

—Dudo que esa acción por tu parte gustara a mi esposo.

—¿Se ha solucionado todo entre Rowan y tú? —le preguntó el padre.

Alesha parpadeó tímida. Era una pregunta muy personal de la que no quería responder, pero se armó de valor.

—Lo abandoné porque sufría mucho con sus continuos viajes, y, tras el último ataque sufrido, decidí huir.

—Me consta que tu esposo te quiere a pesar de tus recelos.

—Lo sé, y me apena el tiempo que hemos estado separados, pero el temor es un lastre que lo ocupa todo, incluso el amor más firme.

—En su defensa he de admitir que es el mejor hombre de negocios que conozco. Nunca comete un fallo, siempre arriesga, no he conocido un hombre como él, pero me preocupaba que te hiciera infeliz por la diferencia de clases entre ambos.

Alesha se dijo que ese tema ya estaba zanjado, y pensó que la confesión de su padre era cuanto menos sorprendente.

—Si no fuera por el miedo, nunca lo habría abandonado.

Los ojos de Alesha divagaron por la estancia.

—¿Me has perdonado? —le preguntó el juez.

—No hay nada que perdonar —contestó.

Darrell no pudo ocultar un suspiro cansado.

—Me he equivocado muchas veces con respecto a ti, y me alegro que no me guardes rencor por mis acciones pasadas.

—Te quiero, no necesito más incentivo —la voz de ella era suave.

Manténia una conversación con un padre que no había visto en cinco años, y parecía como si entre ellos no hubiera existido la separación.

—Fui muy injusta con Rowan —admitió turbada—, y contigo.

—Me alegro de que todo se haya aclarado entre lo tres —le dijo Darrell.

—Quiero que atrapéis al asesino —Alesha guardó silencio durante unos instantes—. Deseo que me deje en paz.

—Solo hay una forma posible, y es enviándolo al lugar donde pertenece.

Alesha se quedó pensativa.

—Tendré que hacer de cebo para lograrlo —admitió asustada.

Darrell quería abrazarla, pero se contuvo, ni loco pensaba permitirselo. Ni el padre ni la hija se dieron cuenta de que la puerta de la estancia se había abierto con sigilo.

—Ha llegado visita de Escocia —anunció Rowan—, y deseo presentárselo a Alesha —padre e hija desviaron los ojos hacia la puerta que mantenía Rowan entreabierta.

El mayordomo lo seguía de cerca. Rowan giró la cabeza.

—Infórmale a la visita que lady Malory lo atenderá pronto —le dijo al mayordomo—. Antes deseo hablar con ella.

El mayordomo hizo un gesto afirmativo con la cabeza antes de marcharse. Darrell no pudo callarse.

—¿Lo crees necesario? —le preguntó el juez.

Rowan alzó una de sus cejas, las mejillas de Alesha se sonrojaron porque supo que su padre estaba al corriente del escocés que había contratado Rowan para protegerla.

—Deseo hablar con mi esposa —insistió el conde.

Darrell supo que lo despedía. Abrazó a su hija y se marchó dejándolos a solas.

Alesha y Rowan intercambiaron una mirada de entendimiento.

—Es hora de que mantengamos una conversación —comenzó Rowan, pero con ojos entrecerrados.

Ella sabía que se refería al malogrado embarazo.

—He cometido muchos errores —murmuró Alesha pensativa—, pero mi silencio no ha sido uno de ellos.

Rowan no estaba de acuerdo.

—Tenía derecho a saberlo.

—Si hubieras estado aquí —le recriminó, aunque se arrepintió de inmediato al decirlo.

—Lamento de corazón lo que te ocurrió —se mostró sincero—, pero a la vez estoy decepcionado y dolido contigo.

Alesha lo miró atentamente.

—Mi silencio fue precisamente para evitarte eso —alegó ella sin dejar de mirarlo—. El dolor de la pérdida.

—Esa pérdida se lleva mejor entre dos —siguió él.

Esa era una verdad irrefutable.

—Duele mucho, Rowan —le confesó—, es una herida que sigue supurando sin importar el tiempo que pase.

—Mi deber es consolarte, pero sigo enfadado por ocultarme que iba a ser padre, y que lo perdimos.

Alesha seguía observándolo con los ojos llenos de cautela.

—¿A dónde nos lleva esto? —le preguntó.

—A sincerarnos de una vez por todas.

Alesha pensó que eso mismo le había dicho su padre.

—Lamento que te enterarás por el doctor O’Sullivan.

—¿Me lo habrías contado voluntariamente? —inquirió.

—Con el tiempo —contestó firme—. Siempre que hubiésemos vuelto a estar juntos —rectificó.

—No pienso permitir que te marches a Nueva York —le dijo de pronto.

—¿Crees que lo haría? —preguntó a su vez.

—Tu padre está muy decidido a lograrlo.

—¿Y piensas que no sé decidir por mí misma?

Ahí estaba el quid de la cuestión. La creían tan vulnerable que padre y esposo se sentían con el derecho divino de decidir por ella.

—Temo que me abandones de nuevo —confesó él serio.

Alesha parpadeó al escucharlo.

—¿Crees que lo haré? —inquirió.

—Tu padre puede convencerte, su fuerza persuasoria es muy grande.

Alesha miró la figura de su esposo con atención.

—No mucho más que la tuya —susurró.

La mujer se quedó pensativa durante unos segundos.

—No voy a abandonarte de nuevo, jamás.

Rowan soltó un suspiro de alivio.

—Te protegeré con mi vida, lo sabes.

Su padre le había dicho lo mismo, y le resultó tranquilizador. Los dos hombres más importantes de su vida le hacían la misma promesa.

—Estoy cansada Rowan. Cansada de sufrir, de sentir miedo...

—Voy a hacer lo imposible para que nunca vuelvas a sentir temor a mi lado.

Ella lanzó un suspiro quedo.

—Jamás volveré a dudar de ti —le prometió.

Y eran las palabras que esperaba Rowan.

Al momento sus manos fueron cogidas con sumo cuidado y encerradas en las de él con ternura, y, por primera vez, Alesha sintió una paz infinita. Volvió sus ojos al rostro del hombre que amaba, y se abrazó a él con todas sus fuerzas. La boca de Alesha fue al encuentro de la de Rowan, y, tras el contacto, el mundo dejó de existir para ambos. Una súbita tempestad se agitó dentro de ella, y todo su cuerpo se tensó con una descarga esperada y conocida. Rowan deslizó sus labios sobre su boca con una lentitud temeraria, también urgente. Cuando la lengua de Alesha envolvió la de él, su respuesta fue instantánea y demoledora. Sus manos se tornaron calientes, atrevidas, era como si Rowan pretendiese marcar con su esencia su alma, y lo estaba consiguiendo. Sólo eran conscientes de la necesidad urgente y abrasadora de acariciarse, de borrar el abismo del miedo con besos profundos.

Se dejó caer junto al recio pecho mientras se bebía sus besos apasionados. Él, no podía separarse, seguía aferrando su cintura como si no pudiese soltarla jamás, pero tras una lucha titánica consigo mismo, separó sus labios de la boca de ella para susurrarle al oído con voz henchida de deseo

—Vamos, tengo que presentarte al que será desde hoy tu protector cuando no te encuentres conmigo.

## CAPÍTULO 21

El asesino había matado de nuevo.

Scotland Yard había encontrado el cuerpo de la muchacha, pero desconocían su identidad porque el cuerpo estaba irreconocible. La habían encontrado en los márgenes del río. El cuerpo estaba desnudo, y, junto al cadáver, la policía había encontrado vello de animal, y restos de piel. Una fuerza maligna había marcado el cuerpo de la muchacha de la cabeza a los pies. Sus ojos habían sido empujados hacia adentro. La policía buscaba al asesino, y la protección sobre Alesha se intensificó aunque le ocultaron a ella el hallazgo de la nueva víctima.

Alesha no se encontraba en la sala de Scafell Park sino en uno de los dormitorios de la planta superior. Rowan y Darrell tomaban té en la biblioteca. El juez había aceptado instalarse en la mansión porque quería estar cerca de su hija.

—¿Estás seguro? —le preguntó el suegro.

—El cerco se ha intensificado en los muelles —admitió Rowan, y logró que Darrell lo mirara con interés desmesurado—. El tiempo se le agota.

—¡Joder! —exclamó el padre—. Creía que la policía sería más competente.

Rowan hizo un gesto negativo con la cabeza bastante significativo.

—Han pasado muchos días... —Rowan calló un momento antes de continuar—. Me preocupa este silencio.

Tanto Rowan como Darrell tenían a colaboradores recorriendo la ciudad, pero no encontraban nada.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó el padre.

—Vistiéndose para la recepción.

El juez había insistido en que no aceptaran ninguna invitación, pero Rowan le había explicado que no podían recluirse. Darrell había insistido, pero Alesha había hecho apoyo común con el esposo. La vida de ambos no podía condicionarla un asesino, además, el escocés era un protector muy bueno que se había convertido en su sombra. Alesha nunca se había sentido más protegida que en esos momentos, cuando su padre y su esposo se desvivían por su seguridad.

—¿No deseas acompañarnos? —le dijo el yerno.

Darrell rehusó.

—He invitado en tu nombre a mi amigo O'Sullivan, vendrá para hacerme compañía. Pasaré a recogerlo cuando termine mi reunión con el gabinete del rey, esperare vuestro regreso.

Darrell esperaba que la dispensa que había pedido a la corona se materializara esa tarde noche.

—No es necesario que nos esperes despierto —le dijo el yerno.

Darrell le había explicado por qué motivo Derek O'Sullivan estaba tan implicado en el asunto. Tiempo atrás, como funcionario médico de prisiones, había autenticado que Duncan Hindley no estaba loco, y que no debía ser ingresado en un hospital psiquiátrico sino en la cárcel, pero la maquinaria judicial era muy lenta, y una semana antes de ingresar de forma definitiva en prisión, su propio hijo fue asesinado, en ese momento fue cuando Darrell Watts decidió tomar el caso entre sus manos.

Si no hubiera sido por la presión de la corona, Duncan Hindley habría muerto en la horca la misma noche que fue detenido.

—Prométeme que no le quitarás ojo de encima —le dijo al conde pensativo y muy serio.

Darrell estaba en un sin vivir porque él no iba a asistir a la recepción, por culpa de la llamada del gabinete del rey, su asistencia era obligatoria porque se decidía si obtenía la dispensa o no. Después regresaría a Scaffell Park hacienda un alto en Savile Row para recoger a O'Sullivan, pero esa noche transcurrió de forma placida y sin contratiempos. Los condes de Shildon brillaron en la recepción, y por primera vez, Alesha disfrutó del evento. Bailó con su esposo, brindaron con champán mientras se hacían confianzas, y sus miedos y traumas quedaron relegados a un segundo lugar. Ella era feliz, se habían acabado los viajes de Rowan que había contratado a un experto asesor para que llevara sus negocios.

Los dos se dedicaban día y noche a recuperar el tiempo perdido.

Alesha percibió el peligro. Creyó que la seguían, era consciente de los pasos sincronizados que daban ambos sobre la calzada gris. Cruzó la calle, y su perseguidor la cruzó también. La volvió a cruzar para hacer otra prueba y cerciorarse, la tentativa resultó positiva. Cuando contempló la fachada de ladrillo rojo de la floristería, se sintió lo suficientemente segura como para aminorar el paso tratando de que su acosador parase los suyos o que la adelantara para marcharse. Ella se detuvo delante del escaparate, fingió que miraba a través del cristal los ramos de diferentes tamaños y colores, pero sus ojos no perdían detalle de la figura borrosa que veía a través de ellos. Cuando siguió caminando, alguien la adelantó sin mirarla, y desapareció por la esquina, Alesha se dio cuenta que no era quien había creído sino un hombre normal y corriente, de rasgos regulares, delgado, pero absolutamente anodino. Soltó el aire que había estado conteniendo para normalizar su respiración ante la sospecha que la había invadido, y que había resultado falsa.

Era la primera vez en semanas que salía sola. Se sentía tan confiada que había prescindido de su guardián pues lo había enviado con un mensaje de su esposo a Scotland Yard, y, sin esperar su regreso, había decidido ir por su cuenta a la floristería. Si Rowan se enteraba se iba a disgustar con ella,

Avanzó hasta la puerta y asió el picaporte para abrirla, pero no hizo falta, la dependienta la había abierto por ella.

—Lady Malory, la veo pálida, ¿se encuentra bien? —vio la preocupación en los ojos de la mujer, y le sonrió.

—Todo bien —respondió—. Me he demorado un poco, y se me ha echado el tiempo encima —Alesha escudriñó el ambiente del local que olía a flores y a hierba recién cortada—. ¿Las tiene preparadas?

Iban a dar una recepción en Scaffell Park esa no che, y ella se había empeñado en escoger el ramo de flores de forma personal. Como la calle era muy estrecha, y el carruaje no podía circular por ella, había decidido ir a pie: la distancia no era muy larga. El joven lacayo la acompañaba y la esperaba fuera del establecimiento. Alesha había decidido hacer vida normal a pesar de los continuos consejos de su padre.

La tenue luz de las lámparas de gas, y los sonidos quedos, le hicieron sentir un escalofrío que acentuaron su atención.

Alesha miró la calle a través de la ventana, y se fijó en las viviendas silenciosas. Divisó varios comercios que ya comenzaban a abrir sus puertas. Volvió sus ojos hacia la dependienta que le mostraba el ramo ya preparado. Era espectacular. La entrada de un nuevo cliente le puso los vellos corporales como escarpas.

El hombre era de complexión media. Andaba de forma desgarbada y tenía el rostro marcado

con diferentes cicatrices, señal inequívoca de su carácter violento, además desprendía un olor a agua estancada.

—¡Enseguida lo atenderé! —dijo la florista.

La tensión olía a la violencia que precede al caos, y Alesha hizo algo imprevisto, salió hacia la calle en busca del joven lacayo dejando a la florista con la boca abierta y con el bonito ramo en las manos. El frío de la calle la sorprendió pues no se había percatado cuando caminaba en dirección a la floristería, pero ahora sí lo percibía en cada poro del cuerpo.

El lacayo no estaba esperándola fuera, y el hombre seguía en el interior del establecimiento. Alesha se dijo que igual era una paranoia de ella, pero su cuerpo se mantenía tenso y a la expectativa. Comenzó a andar hacia el carruaje que estaba al final de la calle. Mas tarde enviaría a alguien a por el ramo. Le pareció significativo que no hubiera nadie más que ella caminando en esa calle estrecha. ¿Dónde diablos se habría metido el chico?

Sus tacones reverberaban en la calzada con un martilleo incesante provocando un eco continuo. Alesha fijó sus ojos en el carruaje, y a punto estuvo de llamar al cochero, pero no quería parecer una desquiciada.

Tenía que haber gritado, pero no lo hizo, y, de repente, sintió cómo la cogían de los hombros con una fuerza brutal.

El atacante la había agarrado por detrás dañándole los hombros, y la arrastró hacia el interior de un callejón oscuro al mismo tiempo que la empujaba de espaldas al muro. La fuerte mano tapaba su boca para impedir que gritara y con la otra le apretaba el cuello. Alesha no pudo ocultar un gemido de dolor al verse aplastada de repente, pero sorprendentemente no mostró miedo. Sentía que caía hacia atrás y su cabeza golpeó el duro suelo, cerró los ojos tratando de controlar las sensaciones dolorosas.

La mano que apretaba su garganta le impedía respirar. Sentía que se asfixiaba y que el aire había dejado de circular por sus pulmones. El aliento pestilente le produjo una arcada. Su mano trataba de encontrar la abertura de su bolsillo donde descansaba el arma. Si conseguía introducir su mano podría dirigir el cañón hacia el corazón del hombre y disparar la bala que terminaría con su vida, pero no hizo falta. De pronto, el peso del cuerpo que la oprimía, había sido alzado sin ninguna ceremonia liberándola. El escocés había llegado hasta ella. ¿Cómo sabía dónde encontrarla? ¿Dónde estaba el joven lacayo? El cochero y el palafrenero venían corriendo hacia ellos. Alesha se reincorporó mientras observaba al asesino siendo sometido por el gigante escocés. Escuchó el crujido del hueso cuando le rompió el cuello.

El cuerpo cayó delante de ella como un muñeco de trapo. Todo había terminado.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme? —le preguntó con un hilo de voz.

—Envié a Ronin con el mensaje —dijo Douglas McFire con marcado acento mientras cacheaba al muerto—. Y seguí a caballo el carruaje.

Alesha cerró los ojos mientras tragaba con fuerza. Tenía marcado en el cuello los dedos del asesinos.

—Rowan me matará —susurró.

Su esposo iba a montar en cólera cuando supiera que había salido sola, que había utilizado una treta para que su guardián no la acompañara.

—Confío que lo haga —respondió el escocés—, pues se ha mostrado estúpida y temeraria ante una amenaza tan grave.

Encima la insultaba. Ese hombre no tenía pelos en la lengua.

—Me confié —admitió abatida sin dejar de mirar el rostro del hombre muerto—. Me sentía

segura por primera vez en años.

El muerto estaba muy flaco y tenía los ojos hundidos. Alesha desvió el rostro para no mirarlo.

Tras el cochero y el lacayo venía un agente de la policía, y durante los siguientes minutos, ella se encontró escuchando la explicación del escocés. El policía insistía en que tenía que acompañarlos a comisaría.

—Necesito tomarle declaración a lady Malory —seguía insistiendo el policía.

—Soy yo el que le ha roto el cuello —volvió a decir Douglas McFire.

—Está bien —dijo ella—. Iré para que me tomen declaración.

Alesha, el cochero, el lacayo y el escocés se dirigieron hacia dependencias policiales mientras se daba aviso del suceso. El esposo y el padre la encontraron en el edificio policial una hora más tarde.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Rowan realmente asustado.

Ella negó reiterativamente con la cabeza.

—No.

Los ojos de Rowan se clavaron en su cuello enrojecido.

—¡Maldita sea! —exclamó angustiado por el miedo—. Gracias a Dios que Douglas McFire estaba preparado porque un segundo más... —Rowan no concluyó la frase.

—Me confié, lo lamento —musitó Alesha en un susurro.

Rowan también se había confiado, y se maldecía por ello. Menos mal que Douglas McFire no porque de lo contrario Alesha estaría muerta.

Darrell Watts había tomado las riendas del asunto y de la investigación. Le sugirió a Rowan que llevara a su hija a Scafell Park, él daría aviso a O'Sullivan para que la examinara y le suministrara un sedante suave. Alesha protestó porque no era una niña indefensa sino una mujer que había sufrido un ataque violento pero que había resistido. No había entrado en pánico, y se sentía orgullosa por ello.

—Aquí ya no hacemos nada —le dijo Rowan.

El cochero, el lacayo y Douglas McFire seguían junto a ella.

—Márchate Alesha —dijo Darrell—, yo me ocuparé de todo.

—Regresemos a Scafell Park —dijo Alesha soltando un suspiro—. Estoy comenzando a tener dolor de cabeza.

A Rowan le dolía el corazón del susto que había pasado.

—Vamos pues.

## EPÍLOGO

### *MANSION DE STAPLETON HOUSE, DARLINGTON*

Seguía oyendo el chapoteo del baño de su marido, pero ella seguía remoloneando entre las sábanas sin decidirse a levantar su pereza. Sobre la piel seguía impregnado el aroma de Rowan, de las caricias que habían compartido, y su boca floreció en una sonrisa de auténtica dicha. Nada en el mundo podía hacerla tan feliz como amarlo incondicionalmente, extasiarse de su ternura, de su paciencia. Disfrutar con su exquisito toque de humor, y esa pasión intensa que la volvía literalmente loca. No podía saciarse de él. El chapoteo se había silenciado, y supo que Rowan iba a aparecer de un momento a otro por el umbral de la puerta de la alcoba sin nada más encima que una minúscula toalla anudada en sus caderas de forma precaria. A pesar del tiempo que llevaban juntos, seguía sorprendiéndola esa sensualidad característica en él, y que derrochaba a manos llenas manteniéndola siempre hambrienta de sus besos, de sus caricias, y de esa mirada limpia que la seducía por completo.

Alesha resbaló sus ojos por el conocido mobiliario hasta divisar su bata celeste dejada de forma descuidada a los pies del hogar encendido. Sus ojos fueron descubriendo el resto de prendas que habían quedado esparcidas en la alcoba cuando comenzaron los juegos amorosos entre los dos. Rowan acababa de hacer su entrada en la alcoba peinándose el cabello mojado con los dedos. Como ella había supuesto, llevaba una pequeña toalla atada a las caderas. Deslizó la mirada por los dos metro de músculos definidos y marcados, por la piel tostada y húmeda tras el baño que le confería un brillo atrayente. Sentía calambres en los dedos de las ganas que sentía de acariciar cada centímetro de piel expuesta.

Fijó sus ojos anhelantes en su torso esculpido, en sus abdominales que ondulaba de forma suave con cada paso que lo acercaba a ella. Suspiró cuando detuvo su mirada en el sedoso triángulo de vello que comenzaba en el ombligo y se perdía bajo el blanco lienzo, pequeñas gotitas de agua seguían escurriéndose por la piel creando destellos seductores...

Si continuaba mirándolo no podría levantarse en todo el día.

—Si me haces un hueco... —ella volvió a sonreír de forma espontánea. Seguía olvidándose de la facilidad de él para conocer sus pensamientos y exteriorizarlos con esa naturalidad que la conmovía.

—Eres demasiado atractivo.

—Y tú demasiado seductora —en dos zancadas Rowan llegó hasta la cama y sacudió su pelo mojado encima de ella en el mismo ritual que ejecutaba cada mañana. Las diminutas cuentas de agua cayeron sobre el cuerpo recostado en una fina lluvia—. ¿Acaso te gustaría que fuese feo? —ella negó repetidamente.

—Pero esta travesura tuya de mojarme se ha ganado un castigo y voy a ser implacable —el colchón cedió ante el peso de él cuando se sentó junto a ella que se arrimó al cuerpo musculoso buscando su contacto.

—Seré un alumno aplicado —Rowan se inclinó buscando los labios que apartó Alesha para ofrecerle la mejilla en compensación.

La carcajada potente y feliz de Rowan le hizo entrecerrar los ojos, pero la complicidad de los dos se vio interrumpida por la llegada del mayordomo que traía un mensaje. El hombre se veía

apurado porque la señora seguía en la cama y las prendas de ambos esparcidas por doquier.

—Lo lamento, milord, pero el mensajero espera una respuesta.

Rowan tomó el mensaje y lo leyó, un segundo después lanzó una maldición.

—¿Por qué no convences a tu padre para que regrese a Nueva York?

Alesha sonrió. El juez Darrell Watts era a menudo un incordio pues casi pasaba más tiempo en Stapleton House que en su propio hogar, cosa que desquiciaba a Rowan pues no le gustaba el monopolio que ejercía sobre su hija. Rowan había hecho varios cambios en la casa como sustituir a parte del servicio. Ella había elegido a la cocinera, y a su doncella personal.

—Sólo tienes que permitir que contrate a Douglas McFire para la judicatura —la boca de Rowan hizo una mueca ante el recordatorio.

—Douglas McFire va a ser siempre tu guardaespaldas. Tienes que hablar con tu padre al respecto —fue el tajante comentario de Rowan que volvió a buscar la boca de ella.

—Creo que es mejor que hables tú con él —contestó ella—. Entre hombres os entendéis mejor, y yo sólo soy una vulnerable damisela.

Rowan seguía mordisqueando los labios seductores, pero finalmente le dijo.

—Es tu padre —afirmó—, y de vulnerable damisela nada.

Ella tironeó del pelo mojado de él al mismo tiempo que enredaba el suave vello ensortijado de su pecho para atraerlo todavía más hacia ella.

—¡Convénceme!

Rowan no necesitó más aliciente, pero antes de tomar posesión de la boca femenina, escucharon unos gorgojeos en la alcoba adyacente.

—Te dije que la habitación del niño tendría que estar al otro lado, sus padres arman demasiado escándalo cada noche.

Alesha se mordió el labio inferior con remordimientos porque era cierto. A menudo lo despertaban con la pasión que compartían, y la niñera ya se había quejado al respecto.

—Está bien —dijo Alesha—, creo que ha llegado la hora de independizarlo de nosotros —Rowan sonrió. El pequeño Rowan Gabriel de dos años tenía mucha más fuerza y voluntad que el padre y el abuelo juntos—. Le diré a la niñera que lo cambie de alcoba pues esa que ocupa ahora vamos a necesitarla...

Rowan la miró extasiado.

—¿Quieres decir... que estamos... que vamos a...? —no pudo continuar de lo emocionado que estaba.

—Sí —confesó ella llena de amor—. Si es otro niño, mi padre esperará que lo llamemos como él.

—¿Y si tenemos una niña? —le preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Todavía tenemos siete meses para pensar un hombre apropiado.

Alesha se levantó del lecho y tomó a su esposo de la mano, juntos caminaron hasta la habitación del bebé.

—¿No esperas que me vista? —le preguntó el conde—. Le puedo provocar a la niñera un soponcio.

Alesha sonrió.

—Meredith tiene prohibido acudir a la habitación del pequeño Rowan antes de las ocho... —hizo una pausa muy significativa—. Para eso nuestro hijo nos tiene a nosotros.

Se había convertido en una buena costumbre darle los buenos días al pequeño nada más despertarse.

©2019 Kate L. Morgan

Corrector de estilo y tipográfico, Carmen Marcos

©Teksomolika/Freepik, de la fotografía de la cubierta

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del autor.